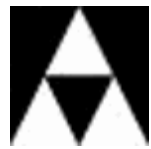
JAVIER MONTES

La vida de hotel

ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

LA VIDA DE HOTEL

JAVIER MONTES



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

Edición en formato digital: enero de 2012

© Javier Montes, 2012

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2012
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3343-0

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

A Vicente Molina Foix

¡Qué mal descanso!; ¡qué multitud de serpientes de diferentes maneras!; ¡qué temeroso lugar!; ¡qué desventurado hospedaje! Pues para una mala noche una mala posada se sufre mal (…), pues posada de para siempre, para sin fin, ¿qué pensáis sentirá aquella triste alma?

TERESA DE ÁVILA,
Camino de perfección, cap. 40, 9

He traído sólo una maleta ligera. Pero habrían podido ser más y más pesadas, porque el viaje fue corto. Ocho manzanas: novecientos noventa y dos metros, según el ticket electrónico del taxi. Me llevó veinte minutos por culpa del atasco. Nadie me despidió ni cerró tras de mí la puerta de casa, nadie me acompañó o mucho menos siguió mis pasos. Sí me esperaban, en cambio, a la llegada: reservado a mi nombre el cuarto donde iba a pasar la noche.

Vivo tan cerca del hotel que hubiera tardado menos andando. Si paré un taxi fue para empezar con buen pie el viaje. No por corto dejaba de serlo, y quería tomármelo en serio desde el principio. Siempre me he tomado en serio mi trabajo y mis viajes: al fin y al cabo son casi la misma cosa.

O quizá se trataba de lo contrario: de saber jugar también, cuando toca. Me he pasado media vida de hotel en hotel, pero hasta hoy no había dormido nunca en uno de mi propia ciudad. Por eso acabé aceptando cuando llamaron del periódico y me propusieron el Imperial. A todos, creo, nos sorprendió que lo hiciese.

-Han acabado la reforma, mandaron el otro día el dossier.

A la primera dije que no. Saben que nunca escribo sobre hoteles nuevos.

-Pero éste no es nuevo. Es el Imperial de toda la vida. Sólo le han lavado la cara.

No me gustan los hoteles nuevos: el olor a pintura, los hilos musicales. Y de los renovados desconfío. Con la cara lavada pierden la solera que en los antiguos hace las veces de sentido común y aun de sentimiento; o por lo menos, de buena memoria. No sé si soy yo muy sentimental, pero sí que tengo buena memoria. Ya voy viendo que a partir de una edad las dos cosas empiezan a ser lo mismo, y seguramente por eso prefiero los hoteles que saben recordar.

Hace mucho que cerré mi trato y puse mis condiciones en el periódico. Yo elijo el hotel semanal. Ellos pagan. Caros o baratos, lejos o cerca, famosos o secretos, una noche en principio pero a veces dos. Sin escatimar (ya escatiman bastante en mi tarifa) y sin sugerirme nunca nada. No acepto invitaciones a cambio de reseñas.

Ni aunque sea mala, como me preguntó una vez por teléfono un relaciones públicas novato o listísimo.

Eso se sabe en el mundillo, pero aun así llegan muchas a mi nombre a la redacción (les tengo prohibido dar mis señas). Por si cuela, supongo, por si llega el día en que me ablando y acabo yendo y

allá en el hotel me miman y me instalan bien en un cuarto bueno y lleno con elogios una página que enmarcarán y colgarán en Recepción o en su web, que les traerá el dinero de los clientes y que aunque no lo traiga o no lo necesiten les dará cosas que valen tanto o más que el dinero a veces: la sanción de la estima del gremio, el calor de la vanidad satisfecha, la certidumbre del buen camino hotelero.

Porque debo decir que mi sección sigue teniendo éxito. Y aunque en el periódico no lo dicen mucho para que no me crezca sé que hay cola de hoteles, líneas aéreas y agencias para meter un faldón de anuncio en *La vida de hotel*. Un éxito relativo, claro, como es ya cualquier éxito de periódico y de papel. Cada poco alguien me anima a abrir un blog con mis reseñas. Hasta a los del periódico se les escapa a veces. Igual es tirar piedras contra nuestro tejado, dicen, pero si abres un blog y metes publicidad y buscas un patrocinador, te forras.

Yo creo que ya será menos.

-Y además, tú vives al lado, ¿no? Sólo tendrías que acercarte una tarde un par de horas para ver cómo lo han dejado.

Volví a decir que no. También saben que no escribo sobre hoteles en los que no haya dormido. Sería como hacer la crítica gastronómica de un restaurante después de oler los platos que van sacando (claro que mi vecino de página en el periódico escribe así, a veces, sus reseñas de *A mesa puesta*: sólo por el olor ya sé al sentarme a la mesa qué se cuece en las cocinas, me dijo la única vez que coincidimos en una de las pesadísimas cenas anuales de empresa a las que hace tiempo que dejé de ir. No me cayó bien y fue mutuo, supongo).

-Bueno, que no sea por eso. Siempre puedes pasar allí la noche.

Quizá era broma pero lo tomé yo en serio. Dormir en un cuarto de hotel con ventanas desde las que casi, como quien dice, podría ver las de mi piso y mi habitación vacíos. No me disgustó la idea, y a lo mejor por una noche me hacía bien la novedad. Me he ido cansando con los años, y son ya muchos en el mismo oficio. Que yo elegí, es verdad. Y que hago, creo, razonablemente bien y hasta mejor que nadie, si debo fiarme de lo que me escribe algún lector por mail y hasta por carta de las de antes, de papel y pluma, sobre y sello, reenviada también desde el periódico.

Las cartas llegan abiertas. Parece que es por seguridad, y pone *Seguridad* en el sello azul que alguien estampa aparatosamente en el centro del sobre rasgado. Exageran, creo: soy áspero a veces, pero no tanto como para merecer paquetes bomba. Está bien igual que las abran y hasta que las lean, si las leen: así ven en la redacción que aún tengo mi público.

Por otra parte, no tiene tanto mérito hacer mejor que nadie este trabajo para el que casi no hay competencia. No quedamos ya muchos críticos de hoteles, por lo menos en los periódicos. Internet es otra

historia, ahí todo el mundo quiere colgar su opinión y desmenuzar su peripecia y hasta redactar cosas con ínfulas de reseña (algunos, creo, me copian los adjetivos). No está mal eso, supongo. Y no están bien las reseñas, por otro lado: casi siempre mal vistas, mal pensadas, mal escritas, por mala gente. O al menos por gente rara: me gusta mi trabajo pero no lo haría gratis.

Acabé cediendo. Con eso debían de haber contado los del Imperial al probar suerte. Se alegraron mucho los del periódico, algún arreglo de publicidad tendrán. Hicieron, como siempre, la reserva a mi nombre. Al de verdad, también como siempre, no al seudónimo que uso en mi página. El apellido del carné despista al gerente y al recepcionista más avispado y me permite estar en los hoteles como un cliente más. Por eso tampoco he dejado que pongan mi foto junto a mi firma, ni voy nunca a convenciones o encuentros de colegas. No es un sacrificio: por lo que recuerdo, resultan tan insípidos como las críticas que publican. La falta de cara conocida me hace el trabajo más fácil y, para qué negarlo, más divertido. Así tiene algo de agente doble o espía infiltrado. De doble agente doble, porque nadie es nunca quien dice ser en los hoteles y cualquiera aprovecha la estancia para jugar sin darse cuenta a los detectives.

Después de tantos años de usarlo sólo al registrarme, el nombre de verdad me parece más falso que el falso: aparte de los del periódico, poca gente lo conoce, y menos aún -yo creo que ya nadie, en realidad- lo usa.

A las doce del mediodía en punto, justo al parar el taxi, ha empezado a llover. Yo iba a cuerpo y sin paraguas. Debía de ser el único que no lo esperaba, porque en un minuto ha fraguado en la calle un tráfico de diluvio. No me ha importado. En realidad hubiese agradecido que el trayecto se alargase, aunque pagaba yo y no el periódico (soy escrupuloso en eso).

A estas alturas, las de taxi son las únicas carreras que me gustan y en las que todavía creo. Por lo demás, no llegué a licenciarme en la mía y en general hace bastante que dejé de creer que participaba en una. No hice, creo, una mala salida. Pero acabé perdiendo de vista a los otros corredores: esos que uno al principio tiene tan presentes, cuando a los veintitantos, a los treinta, mira por el rabillo del ojo a quienes van detrás y tratan de adelantarlo (o eso piensa uno), calcula la distancia que le sacan los que van en cabeza, reserva energías e imagina atajos para el sprint final.

Pero no hay sprints que valgan, creo; y menos de los finales. En realidad hace mucho que dejé de correr. No vale la pena correr. Basta con caminar al paso que más se acomode a los pies de uno y se acaba llegando a donde se iba a llegar en cualquier caso. O quedarse quieto:

últimamente me da la impresión de que son las cosas las que andan. Sólo hay que esperar sentado: no fallan, porque nada falla nunca y todo sucede.

Por lo menos se sucedía todo (y por su orden) tras las ventanillas del taxi: las calles archisabidas, los portales en fila india, el golpe de luz traidor a la vuelta de tal esquina. Incluso parados en el atasco seguía todo pasando, como en los taxis blancos y negros de las películas de gángsters: el interior de los coches quieto, firme como una casa en la que podría vivir uno para siempre pese a las sacudidas de mentirijillas que dan fuera los ayudantes más forzudos del rodaje. Y los actores sobre el fondo de pantalla en el que se proyectan farolas mojadas y aceras borrosas y sombras antiguas de peatones. Por suerte de noche conducían siempre con las luces de dentro encendidas. Y no costaba verle el truco al paisaje en aquellas películas. Estaban todavía tan seguras de sí que quizá lo dejaban adivinar a propósito. Giraba el volante el conductor sin que se apreciara la curva en la perspectiva del fondo; o se limitaba ese fondo a vibrar y agitarse y dejarse surcar por haces de claridad tras las ventanillas recortadas. Como si se hubiese cansado de fingir el responsable de los efectos especiales.

También en los dibujos animados que precedían de niño a las películas de mayores pasaba algo así: corría y corría el oso parlanchín o el gato con sombrero. Y por detrás, velocísimo, se sucedía un juego de árboles y edificios repetidos. Para ahorrar, porque así bastaba con un solo fondo para una sola figura, pies en polvorosa. Sin moverse nada ni nadie nunca en realidad durante aquellas escenas trepidantes. Descubrí muy pronto, de pequeño, el truco aquel de los bucles: antes incluso de encontrarles una explicación ya era un experto en detectarlos.

De camino al hotel se me ha ocurrido que estaba huyendo en aquel taxi innecesario. O jugando a huir, como los policías y los gángsters de mentira. Porque si no es con la idea de dar esquinazo a alguien, nadie se sube a un coche sin equipaje para alojarse en un hotel a diez manzanas. Y si lo hace y realmente alguien le sigue, resultará sospechoso. Dará la impresión de que intenta borrar pistas, como hacían y hacen aún hoy en las películas antiguas.

Pero nadie iba a seguirme a mí ni a decir *siga a ese taxi*. Ni siquiera ha extrañado al conductor lo corto de la carrera, de camino al hotel, en aquel coche que también me ha parecido cuarto de hotel donde parar por una noche e imaginar que uno se esconde de sus perseguidores.

Todo inventado, claro. Si no fuera por las noticias que voy mandando al periódico desde los hoteles, hace ya bastante que se me habría perdido la pista.

Las doce y veinte de la mañana de un martes tonto de octubre: estaba aburrido el portero que no abrió la portezuela del taxi ni cogió el maletín pero sí me acompañó hasta la puerta giratoria con un paraguas inmenso. Más decorativo que otra cosa bajo la marquesina de grandes pretensiones: servía como mucho de batuta para dar el tono al resto del hotel.

Y estaban aburridos en el vestíbulo desierto los dos recepcionistas, y en general se aburría el hotel entero en esa mala hora de los vestíbulos de hotel: cuando nadie sano o en su sano juicio está en su habitación, cuando es tarde para marcharse y pronto para registrarse y muda la marea de huéspedes idos y por venir.

De cerca parecían muy jóvenes y no muy contentos de verme. Quizá lo último que habían esperado nunca de aquel trabajo era verse obligados a registrar a un cliente. Los dos a una se abismaron en la pantalla de reservas. A su edad la displicencia y el desconcierto se distinguen mal.

Desde niño no había entrado en el Imperial. He pasado de largo muchas veces ante la fachada rimbombante, a juego con el nombre, y he visto desde muchas terrazas sus dos torres de esquina. Siguen teniendo un aire advenedizo, pero ya llevan cien años ayudando a localizar el centro y a orientarse al forastero que mira la ciudad de lejos (y sabe dónde mirar). Se construyeron con pretensión de faros del cosmopolitismo patrio y se quedaron sin remedio rancias desde el principio. Tanto como el hotel, que tuvo sus tertulias taurinas y aires de casino comarcal, con mucho ir y venir a la hora del aperitivo pero donde nunca nadie parecía alojarse.

El silencio mortal del vestíbulo estaba hecho de muchos ruidos: vasos entrechocando lejos, galope de aspiradoras en la otra punta del mundo. Y sí, un hilo musical sinuoso, tenue, tecno. Reptaba entre las patas de los muebles antes de enroscarse en los tobillos para entrar por un oído y salir por el otro. Casaba con la nueva decoración, de firma y tan traída y tan llevada en los dossiers reenviados del periódico que no sé aún si me ha gustado. Seguramente no lo sepa nunca, porque de eso se trata en estos casos: de que nunca importe mucho, la verdad, acabar de saberlo.

Dicen que los antiguos dueños vendieron todo por casi nada. Aun así ha faltado dinero para la reforma. En los folletos que leí florecían los clichés del género: refugios para el nómada experimentado, bases de operaciones para el viajero global. Jerga de superhéroes que al final se queda en lámparas aparatosas de luz escasa. Pero suficiente para adivinar que las butacas y las alfombras del lobby resultarán menos buenas al tacto que a la vista. Han desaparecido las flores de cera bajo campanas de cristal que al entrar he recordado

confusamente -no, no confusamente: vívidas como en una pesadilla dentro del recuerdo general borroso-. Pero han escatimado en las naturales y derrochado ambientador sin éxito: todavía vaga por el vestíbulo, a pleno día, el fantasma de los puros taurinos.

También el de los toros, porque en la pared tras el mostrador sí que han dejado, como en broma, las cabezas disecadas de los que antiguamente lucían más bravos. Un Sobrero, un Embajador y un Navegante que lo miran todo ahora estupefactos. Por un momento me ha parecido reconocerles las caras. O han brillado sus ojitos de cristal al reconocerme a mí. Casi me he visto de niño y de la mano de alguien, rodeado de adultos que hablan sin saber despedirse, mirando las mismas cabezotas en el viejo vestíbulo, con sus lenguas púdicas escapando del relleno de pacotilla. No sé si es un recuerdo inventado o si sentí entonces, como hace un rato, el mismo impulso de solidaridad.

Otro hotel que hace las veces de maqueta o mascota del país entero, de mansión de muñecas y versión a escala de la casa de verdad que la exhibe con mal gusto en el salón principal o deja que críe polvo en el desván. Este Imperial ha diluido su tipismo acre, cambiado con mucho trabajo unas asperezas por otras y al final adquirido un precario *confort* con alfileres. Sigue luciendo un tino errático a la hora de disfrutarlo.

Y de ofrecerlo. Se han eternizado los cuchicheos y los tecleos de los recepcionistas. He pensado en sacar este cuadernito, que no suele fallar como último recurso: tomar notas siempre atrae la atención del personal. Por fin la máquina ha escupido la tarjeta magnética de mi cuarto. No han hecho ademán de llamar a alguien para subir mi maletín, y juraría que también la tarjeta me la han tendido los dos a la vez. Pero ha debido de ser culpa de la sonrisa doble, que me ha desconcertado.

El pasillo de mi piso estaba desierto y silencioso, como si fueran las cinco de la mañana. O como si fuera en realidad la hora justa que era, porque a las cinco de la mañana hay a veces mucho ruido en los hoteles. Ni un empleado, ni un huésped. Lo único que casi se oía era el olor a moqueta nueva apelmazando el aire. He llegado a mi puerta y me ha costado encontrar la forma de meter la tarjeta magnética en la ranura junto al pomo. Por fin ha parpadeado una lucecita roja antes de volverse verde. La puerta ha bufado y se ha abierto sola, de mala gana, un par de centímetros. Detrás había un espacio en penumbra: uno de esos distribuidores de cuarto de hotel que sirven de tierra de nadie y aportan el lujo de un metro cuadrado sin muebles ni nombre ni otra función que la de aislar en teoría la alcoba del ruido del pasillo.

A mi izquierda la puerta casi cerrada del dormitorio dejaba entrar

la claridad necesaria para ver enfrente el cuarto de baño abierto de par en par. Goteaba un grifo brillante en la oscuridad. Antes de cerrar la puerta del pasillo he oído una voz adentro. Me ha paralizado un instinto de ladrón sorprendido que ni sabía que tenía ni venía en realidad al caso. Algo se ha movido a mi izquierda, sobre el espejo de cuerpo entero del vestíbulo. En él *sí* podía distinguirse el interior del cuarto que me ocultaba la puerta entornada. Se reflejaba una cama de matrimonio con una colcha beige, a juego con la luz gris de una ventana que no alcanzaba a ver.

En el borde de la cama, hacia la cabecera, estaba sentada una chica. Guapa a pesar de un maquillaje insensato. Me ha parecido muy joven. Sólo llevaba sujetador y bragas. El pelo y la piel eran del color de la colcha. Tenía las manos sobre el regazo y se las miraba con cara de aburrimiento. Hinchaba un poco las mejillas, daba pataditas sobre la moqueta, suspiraba de desdén: exageraba los signos del tedio como el niño que no se aburre.

Por el rabillo del ojo seguía algo que pasaba en el extremo de la cama que no reflejaba el espejo. No estaba sola. Chirrió el somier sin que ella cambiase de postura y alguien -un hombre, desde luego- jadeó una, dos, tres veces.

No he sabido si volverme al pasillo o acabar de entrar y pedir explicaciones. No podían verme, y he dado un paso más sin dejar de mirar el espejo. El reflejo de la chica desapareció. Al otro lado de la cama, arrodillado sobre la colcha, de espaldas al cabecero y a ella, he visto a un chico desnudo. Un poco más joven que la chica y mucho más moreno. No se le distinguía la cara porque inclinaba la cabeza y se miraba el pecho, contrito: sí he alcanzado a verle la frente tensa, el arranque del ceño fruncido. Seguía respirando como quien se prepara para un esfuerzo, y se pasaba la mano por el pecho con un gesto de robot que no siente nada. La chica ha hablado entonces.

-Tócate, ¿no?

El chico ha dado un respingo y la ha mirado como si la tuviese olvidada.

-Ya, ya.

Ha vuelto entonces a concentrarse en su mano, y la ha dejado resbalar despacio por el vientre hacia el ombligo. No muy convencido, ha acabado llevándola hasta un pene blando que ha agitado un par de veces, como un sonajero. Y de repente un escalofrío le ha hecho sacudir los hombros.

-Joder, qué frío.

-Ya.

El «ya» de la chica ha sido muy resignado, como si eso ya se lo hubiesen dicho mil veces, como si se hubiese pasado la vida en

aquella habitación, en bragas, oyendo a la gente quejarse del frío. He supuesto que estaría arqueando las cejas y asintiendo con solemnidad burlona, pero para comprobarlo habría tenido que dejar de mirar la cara del chico. A ella ha debido de gustarle el aire de mujer de mundo que le daba aquel *ya*, porque lo ha repetido.

-Ya.

El chico ha vuelto a resoplar y ha seguido a lo suyo sin resultado. La chica se ha sumado a su siguiente bufido.

-Bueno, qué.

-No sé, tía, ayúdame tú.

-Y dale, y mira que está hablado. Que no, que eso lo tienes que hacer tú solo. Que luego ya sí follamos.

-No me empalmo.

-Pues mira la peli.

La chica ha optado de pronto por un tono de hermana mayor.

-A ver, espera, que subo el volumen.

Se oyó cómo buscaba algo junto a la cama, y cosas cayendo a la moqueta. No me he atrevido a cambiar de postura para volver a verla a ella. Empezaba a darme miedo que me descubriesen. Se había descartado sola la posibilidad de entrar en el dormitorio, hacerme el sorprendido y afirmar mis derechos. Hubiera debido bajar a Recepción. La verdad es que no sé si me he quedado por temor a hacer ruido al salir o por ganas de ver y entender más. Me ha parecido que podía esperar un poco aún: si el chico o la chica se levantaban tendría tiempo de salir al pasillo y cerrar la puerta del vestíbulo antes de que me viesen.

-A ver ahora dónde está el mando.

El chico no ha dicho nada. Amasaba su sexo con las dos manos. Lo hacía con poco cuidado y torpeza rara, como si nunca antes hubiese tenido que tocarlo. Ha atronado de repente un coro de gemidos sobre una música de fondo estúpida e inconfundible: la banda sonora de las pelis porno.

-Ay. Ahí. Ahí. Ay.

Me he dado cuenta de que estaba sonriendo yo en el vestíbulo. Sonreír a solas siempre es sonreír en falso. Seguramente he querido quitarme nervios, y hierro a la escena: vistos los estímulos, no me extrañaba que al chico le costase conseguir su erección.

-Baja eso, que se va a oír en todo el hotel.

-Ya, ya, a ver.

Los gemidos y la música se han apagado justo cuando se sumaba al coro una voz ronca y no muy convincente.

-Sí. Así. Así. Sí.

El chico miraba la pantalla. Debía de estar al lado de la puerta del

vestíbulo, y por un momento me ha dado la impresión de que me veía a mí a través de la madera: me ha latido fuerte el corazón y se me ha subido a la garganta. Pero no: lo que el chico estaba mirando a través de la rendija era su propia imagen reflejada en el espejo. Por lo visto eso ha funcionado mejor que los jadeos mecánicos de la película. El pene apático ha empezado a dar señales de vida. Se ha vuelto un poco y se ha encarado del todo con su reflejo. Este chico, he pensado entonces, ve ahora exactamente lo mismo que yo, y se excita con lo mismo que yo veo sin excitarme: con la imagen de sí mismo que le devuelve este espejo en medio de este cuartito a oscuras; con la imagen que sustituiría mi propio reflejo, la espalda arrugada de mi americana, si avanzase un paso más.

En la penumbra de ese vestíbulo diminuto que no era ni pasillo ni alcoba, a medio metro del espejo, casi me he sentido en presencia del chico. El rectángulo de luz que enmarcaba su cuerpo reflejado me cerraba el paso como una pared de cemento: no podía avanzar hacia el dormitorio sin empujar la puerta entreabierta e interrumpir la escena allá adentro, pero tampoco retroceder hasta el pasillo sin interponerme entre el chico y su doble. Después de unos segundos eternos -casi ni a respirar me atrevía- he oído de nuevo el goteo del grifo del baño, se ha hincado más en mi hombro el asa del maletín, he sabido que iba a cansarme de estar de pie. Quizá dentro de aquella ansiedad insensata iba a abrirse un paréntesis de tedio aún más descabellado. El cuarto a oscuras, la parálisis angustiosa de los sueños con fantasma o los juegos de niños: he notado, sobre todo, que el nudo en la garganta no había dejado de ajustarse despacio y empezaría pronto a parecerse a un pánico negro e infantil.

El chico se masturbaba ya abiertamente. Durante un segundo o dos lo he estado mirando todo sin ver ya nada, y él y yo hemos dado a la vez el mismo respingo al oír, de pronto, la voz de otro hombre dentro de la habitación.

-No, no. Está bien, pero no te des la vuelta. Sigue mirando hacia aquí.

Había alguien más en el cuarto. El chico volvió a girarse y desvió la mirada del espejo. He vuelto a respirar entonces (y a darme cuenta de que llevaba ya un buen rato olvidándome de hacerlo).

-Así mejor. Sí que hace frío. Voy a cerrar la puerta, tú sigue.

Y no hubiera debido hacerlo, a lo mejor, porque el aire nuevo me ha hecho bajar la guardia. El pánico ha cogido impulso y se me ha subido a la cabeza: he notado sus manos sosteniéndome fuerte por los hombros y rozando mi nuca y hurgando en mis lagrimales antes de darme un bofetón silencioso. Ha entendido lo que significaban esas palabras antes que yo mismo. Ahora el dueño de la voz se acercaría a la puerta del vestíbulo y me descubriría y sería terrible. He dado con

la espalda en la pared. Ya no se veía nada en el espejo. Al otro lado de la puerta entornada he escuchado sobre la moqueta los pasos de alguien que se acercaba -claro que quizá los he imaginado o notado en la planta de mis pies o en el recoveco más profundo de mis oídos, porque yo creo que esa moqueta hubiera ahogado el ruido de todo un ejército desfilando. Me he visto desde fuera -desde arriba, para ser exactos- y me ha parecido que tenía toda una eternidad para calcular lo que iba a pasar (y lo que no iba a pasar). Las muchas variantes del encontronazo con el dueño de la voz: la cólera -¡Qué hace usted aquí!-, la sorpresa -¿Usted qué hace aquí?-, la malignidad ominosa y falsamente divertida -Vaya, vaya, mira quién anda aquí…- o peor, el estupor ridículo de ambas partes -¡Ah…!

Sólo ahora, al escribir todo esto, me doy cuenta de que lo único que no se me ha pasado por la cabeza era que al fin y al cabo la habitación era mía y la ley, como quien dice, estaba de mi parte. Claro, claro que sí: pero en ese momento la tierra de nadie de aquel vestíbulo diminuto se situaba fuera de casi todo; de la ley en cualquier caso.

Luego se ha cerrado la puerta. La empujaron desde dentro y se cerró sin más. No he alcanzado a ver nada: ni una mano, ni una sombra siquiera. He sentido un alivio que sabía también a decepción aturdida. Del otro lado se alejaban los pasos del dueño de la voz. Todavía llegué a escucharle.

-Si es que entraba frío.

No oí más: ni las voces del chico o de la chica, ni la banda sonora de la peli porno. He vuelto a respirar hondo y ha rebosado justo entonces el pánico acumulado. Durante otro segundo eterno he notado mis pies soldados al suelo. Jamás saldría ya del limbo de aquel vestíbulo, oscurísimo más bien como un purgatorio ahora que el espejo era sólo una superficie negra. Después, de pronto, de un par de zancadas milagrosas estaba en el pasillo y cerraba la puerta de la habitación muy despacio. El corredor seguía desierto.

Sólo entonces me he fijado en el *No molesten* rojo que colgaba del pomo -y hasta he fingido enfadarme conmigo mismo; a buenas horas, he dicho casi en voz alta-. El corazón se me iba amansando, y he notado la euforia que llegaba siempre de pequeño, tras mis travesuras más bien discretas. Ahora me doy cuenta de que pensaba aún en términos infantiles: estaba bien, estaba entero, estaba vivo, estaba a salvo. *Ellos* -los malos, los mayores- no me habían pillado.

Por fin el adulto ha recuperado su puesto, se ha sacudido las mangas, ha arrumbado de nuevo a algún rincón oscuro al niño valentón y cobardica que se había hecho con el poder durante un minuto. Al fin y al cabo, he pensado, no había hecho ni seguramente visto nada malo. Una escena curiosa, eso sí. Difícil de entender, rara.

No me veía capaz de meterme en el ascensor, y he buscado las escaleras de emergencia. Sin moqueta ni ambientador ni música deshilachada. Hacía frío y resonaban los pasos sobre un zumbido sordo de máquinas mudas al fondo del pozo sin fondo de la escalera.

-Rara no, rarísima.

Eso creo que lo he dicho en voz alta, sin dejar de bajar escalones. De dos en dos, hasta que he llegado al piso cero y he tenido que volver a subirlos de uno en uno.

Sí, efectivamente, tenía que disculparles. Me han sonreído, poco pero ambos a una, los recepcionistas. Es un día complicado, dicen. Han mirado a su alrededor como si los huéspedes quejosos atestaran el vestíbulo; como si estuviéramos o estuviesen ellos aún en el hotel antiguo, en la hora peor del día grande de la Feria de San Isidro. Además de las fichas comunes la máquina puede emitir otras universales que sirven para todas las puertas. Como las antiguas llaves maestras de las gobernantas, han dicho.

Supongo que consideraban sedante esa nostalgia artesanal. No me ha tranquilizado pero no he tenido tiempo de poner cara de alarma: me han asegurado que esas tarjetas las usa sólo el personal autorizado. Puedo dormir sin miedo, la privacidad de las habitaciones es absoluta. El sistema operativo estaba en fase de reconfiguración inoperante. No ha pasado nunca antes ni esperan que jamás vuelva a pasar.

Me ha sorprendido su falta de sorpresa. No han cambiado en toda la conversación ni una sola mirada de reproche mutuo o desdén compartido. Tampoco han hecho más comentarios ni entrado yo en detalles embarazosos. Nos hemos quedado los tres quietos y en silencio: se repetía idéntica la escena de mi primer registro. Como si llegase yo de nuevo al hotel, otra vez por primera vez.

No ha durado: se ha ido cada uno a un extremo del mostrador para repartirse los trabajos. El de la derecha ha manipulado el aparato de las tarjetas. Quizá manipular sea mucho decir: apretó el mismo botón y se quedó mirando. Y ha bastado que el de la izquierda descolgase un teléfono para que se materializase a mi lado un portamaletas también parco en sonrisas. Le acompañará a su habitación, me ha dicho alguno de los dos, no recuerdo cuál. O no se ha dicho pero ha quedado claro.

-Es la 206, no la 207.

No han vuelto a excusarse. Creo que han considerado que el lujo extravagante del botones era ya suficiente disculpa.

La 206 es idéntica a la habitación de al lado, salvo que el dormitorio queda ahora a la derecha del vestíbulo. La colcha beige, los visillos grises que agrisan más aún el resto de día renqueante ya tras las ventanas. Vuelve a llover y podría ser cualquier hora ahora: las siete de la mañana o de la tarde. Y en realidad casi cualquier sitio: visto desde aquí, tamizado por los estores, a la altura de este segundo piso, el pedacito de calle tras los cristales parece una calle indistinta de no importa qué ciudad. Un fondo neutro, como quien dice, para las

aventuras de nuestro protagonista.

Está por ver, claro, qué aventuras sean ésas; si llega a haberlas. Y quién las protagonizará, porque no es la primera vez que me siento como el personaje secundario y sin frase que merodea en torno a la acción principal, fuera de campo.

Siguiendo al botones he pasado ante la puerta de mis vecinos de cuarto. Parecía inofensiva. Ni un ruido estorbaba la paz sobrenatural del pasillo.Tampoco oigo nada ahora. Sólo el tabique separa la almohada de mi cama de la del cuarto de al lado, pero debe de ser un buen tabique, porque no llegan jadeos porno ni voces de carne y hueso. Como si no hubiese nadie del otro lado y casi nada de nada: como si se acabara el decorado o el mundo de este lado de la medianera.

Lo confieso: el botones se ha ido sin esperar propina ni decir palabra y yo me he subido a la cama y he pegado la oreja a la pared. Luego he hecho algo que sólo he visto hacer en las películas: he cogido un vaso del baño, idéntico el vaso e idéntico el baño a los que entreví en el cuarto de al lado. He aplicado a la pared su embocadura y he acercado el oído a su fondo. Con poco resultado: un oleaje pedregoso de cañerías sobre el pálpito del corazón del hotel, en lo más profundo del cuarto de máquinas.

Quizá no me he enterado bien y no lo hacen así en las películas. Quizá, para que funcione el truco, el vaso tiene que tener un agujero en el fondo. En otro tipo de hotel, en este mismo hotel en otro tiempo, lo hubiera tenido: para que escurra el agua del cepillo usado.

Me he sentido ridículo y he venido a tomar notas en el cuaderno, sobre este velador bajo, incomodísimo. Ni rastro de escritorio ni de recado de escribir: los nómadas globales ya no usan. Releo por encima y veo que los apuntes se alargan más de lo que pensaba. No suelo tomar yo muchos cuando trabajo, y no he traído otro cuaderno: está éste ya más que mediado, y no sé si prefiero que baste o si sería mejor quedarme sin páginas para contar todo lo que pase.

Si es que pasa. He debido de saltarme ya la hora de comer, porque me noto con hambre. Acabo de comerme una chocolatina en papel de plata, a precio de oro. La neverita es tan rancia como sus cacahuetes: una reliquia del hotel antiguo emboscada tras la contrachapa metálica que enfría el minibar y lo pone a tono con el aire *cool* del cuarto. Me ha hecho pensar en las fotos que había en el ascensor del hotel, sobre el panel de los botones. Los salones y comedores antiguos rezumaban colores saturados, dispuestos con gran pompa en circunstancias dudosas: drapeados, palilleros, cascanueces de marisco. En una, amarillísimo el arroz, lucían cegadores platos típicos sobre espigas y pámpanos. Las encías de los *maîtres* que sostenían el cochinillo ayudaban a situar todo aquello en los setenta: más o menos por

entonces debí de venir yo por primera vez a este hotel. Si mi recuerdo no se refiere en realidad a otro hotel o no es del todo inventado.

También esas fotos han sobrevivido a la reforma integral: las quitarán en cuanto haya presupuesto para revestir los ascensores del mismo contrachapado del minibar. Son curiosas estas balsas de tiempo que se remansan a veces. Hay que tener cuidado, lo sé muy bien, para no meterse demasiado en sus charcos de horas muertas: como en los tebeos, asoman a veces aletas de tiburón y pueden acabar tragándonos.

Frente a la cama, junto a la puerta del vestíbulo, hay una televisión inmensa y bastante plana (pero hasta yo, que no entiendo, sé que las hay más planas. De eso nadie tiene la culpa: siempre la hay más plana en el mercado). También debe de ser idéntica a la del otro cuarto. Y el mismo espejo me ha devuelto mi reflejo desde el recibidor, a través de la puerta que prefiero dejar por ahora abierta de par en par. Da la impresión de abrirse a un cuarto contiguo donde hace vida de hotel mi doble exacto.

He encendido la televisión, me he tumbado en la cama y he ido cambiando de canal hasta llegar al que daba por descontado: la cadena de películas porno. Durante diez segundos unas mujeres han gemido a coro en posturas acrobáticas. Después la pantalla se ha oscurecido y han brillado melancólicas unas letras verdes: *Pay per view. Canal de pago. Infórmese llamando a Recepción*.

Eso es lo que han hecho mis vecinos, claro: pagar por ver. El éxito de detective, tardío y más bien mediocre, me sabe a poco. Es seguramente el primero y el último de esta aventura que no parece que vaya a dar más de sí. He pensado en llamar a Recepción y pagar para ver lo que ven o quizá verán y en todo caso han visto en la 206. Me ha desanimado la certeza de la sonrisa doble, ahora sí que cómplice, de los dos recepcionistas sobre el auricular.

Descarto también la idea siguiente: hacer guardia en el pasillo. Puede llevar horas, y detesto esperar por cosas que no tienen plazo para pasar y tal vez no pasen nunca. A lo mejor nadie entra ni sale hasta mañana a las doce (como pronto) del cuarto de al lado. En mi vaso de aprendiz de espía me he bebido a palo seco un whisky, yo, que no bebo nunca a estas horas. Ha sido mala idea y me ha caído mal: noto ahora el principio de un dolor de cabeza para el que no va a bastar una aspirina. Quizá esté funcionando mi experimento: siento o me creo obligado a sentir un simulacro de la nostalgia de la patria, la ciudad y la casa de quien viajó a miles de kilómetros y no está seguro del regreso. ¿Y ahora qué? Ahora nada: lo he dicho alto y claro y lo escribo aquí para ver si así vuelvo aún más tonta la decepción que estoy notando desde que entré en este cuarto.

Ya que no otra cosa, seré un buen profesional de lo mío. Inspeccionaré los armarios, examinaré los jaboncitos y champús de regalo. Quizá salga a dar una vuelta por el hotel y tomar alguna nota útil antes de que acabe llenando el cuaderno con éstas, que son más bien de las inútiles. Decidí no traer ningún libro, y si me quedo en el cuarto corro el riesgo de acabar leyéndome los folletos que están en la mesita: visitas guiadas por la ciudad, servicio de lavandería, carta de sábanas por si quiero elegir la textura y hasta el perfume de las mías. Se ha puesto de moda, por lo visto, ofrecer ese simulacro de compañía a quienes viajan solos y ligeros de equipaje.

La vida de hotel

¿Revival *que da en el clavo o taxidermia con alfileres? Nuestro crítico visitó esta semana el nuevo* look *de un clásico envejecido: pasen una noche con él en el viejo Hotel Imperial y vean si consigue rejuvenecer.*

EL TORO POR LOS CUERNOS

O La casa por el tejado. *Les confieso que he estado a punto de titular así esta reseña de la flamante (o casi) reforma del Imperial de toda la vida.*

Porque empezaré por su azotea, que después de las obras está abierta sólo a huéspedes durante el día y por la noche a los clientes del bar-terraza que instalarán allí durante el verano. Es el plato fuerte de las nuevas instalaciones. Así lo anuncian, al menos: ya saben que escribo estos articulitos como huésped de paisano, y debo decir que por ahora no resulta fácil visitarlas.

Insistí en hacerlo. Y no sólo, les confieso, para contarles aquí su aspecto. Tengo debilidad por las azoteas. De niño me gustaba subir a la de mi edificio. No era muy alto, pero el mundo o la ciudad o por lo menos los patios de nuestra manzana (venían a ser las tres cosas lo mismo), tan vistos, desde allá arriba prometían aventuras. Brotaban árboles selváticos y techos de garajes invisibles a ras de acera. Y las ventanas del otro lado de la calle parecían esconder de pronto todo un filón de misterios infantiles.

Lo he dicho muchas veces en esta sección, y tendrán que perdonar que me repita: dormir en un hotel es volver a la infancia. Cuando las sábanas se cambiaban solas y un embozo protector guardaba las cuatro esquinas de nuestra cama durante la noche. También subir a una azotea revive al explorador de andar por casa que fuimos entonces.

La del viejo Imperial no podía visitarse. Y era una pena, porque seguramente sea de las más bonitas de la ciudad (y eso que no hay azotea fea). Con sus recovecos y sus vistas del centro y las montañas a lo lejos, a la sombra de las dos torres de la fachada, que de cerca cogen aire de ruinas de civilización perdida.

Tampoco en la azotea de nuestra casa entraba cualquiera. Mi madre había conseguido del portero un juego de llaves clandestino. A veces, a principios de verano, a la hora de la siesta, cuando remoloneaba por los rellanos un olor a guiso respetable y no se oía ni un ruido detrás de ninguna puerta, subía a tomar el sol. Llevaba traje de baño debajo de la

bata de algodón colorido y un libro que volvía a bajar intacto.

A veces me dejaba acompañarla. Pienso ahora que sí debía de ser algo irregular aquello, porque el silencio era obligatorio y tenía prohibidas las carreras y las voces allá arriba. Nos convertíamos los dos, por una hora, en ladrones o cómplices de un delito a pleno sol, pisando de puntillas el suelo incandescente de la azotea a las cuatro de la tarde.

No era, ya digo, muy bonita la azotea, sin plantas ni toldos ni sábanas tendidas. Quemaban y a la vez daban escalofríos las baldosas bastas en la planta de los pies desnudos. Había en el centro un templete blanco sin ventanas. Por las rendijas de su puerta diminuta se escapaban chasquidos de relés y jadeos de motores: las poleas del ascensor se ponían en marcha cuando alguien, allá abajo, en las profundidades de la escalera remota, subía a su casa o bajaba a la calle en pleno calor de la siesta.

A veces cuando llegábamos ya estaba instalada una vecina francesa, más joven que mi madre. Parecía fingir su acento en broma y tomaba el sol sin moverse más que para empalmar un cigarrillo con otro. Quizá hacía topless. Quizá también me he inventado el recuerdo de sus pechos perfectos. En cualquier caso, era distinta y me parecía más guapa allí que cuando en el portal, vestida de calle y con una sola sonrisa, me hacía sentirme su secuaz y me subía la sangre a la cabeza. No era, lo repetiré otra vez, nada del otro mundo aquella azotea. Pero para mí su puerta oxidada sí que se abría a otro mundo.

Donde sí hay sábanas es en la azotea del nuevo Imperial. Cuelgan de unas pérgolas recién instaladas para formar doseles y techar sofás todavía envueltos en plástico alrededor de la barra del centro. Puede que en las noches de verano luzcan más y mejor. La impresión, ahora mismo, es desoladora.

Quizá lo sabe la gerencia del hotel, porque llegar a esta azotea me fue más complicado que conseguir las llaves que abrían la de mi infancia. Sólo después de muchas bajadas a Recepción, telefonazos, idas, venidas del personal y alguna mirada de desconcierto conseguí que me abrieran la puerta de vidrio que da a las terrazas. Sin propinas bajo cuerda, justo es decirlo. Pero vaya esto como aviso al huésped desprevenido: las vistas merecen la pena, sí. Pero tendrá que ganárselas.

Esto no sirve ni en el periódico va a gustarles. Ya han rezongado últimamente cuando he escrito cosas así. Tu estilo es muy personal, dirán, pero tu sección es de reseñas. Los recuerdos de infancia pueden servir de aliño, pero no ocupar la página entera.

Unos recuerdos, por otra parte, que no recordaba desde hace mucho y que seguramente, de no haber sido por la visita a esta azotea, hubieran seguido mucho tiempo en el último de los sótanos de la memoria. Me he venido al bar del hotel a escribir y entrar en calor. En la mesita de mi cuarto no se puede, y la idea de volver a compartir medianera con mis vecinos mudos me ponía nervioso.

En la azotea, con la que está cayendo, no se podía parar. Después de tanto insistir para que la abrieran, ha puesto mala cara el botones al ver que no me quedaba más de tres minutos. Y, de los tres, dos han sido por darle gusto y amortizar la inquietud que ha cundido en Recepción cuando bajé a decir que quería ver la terraza.

-No han terminado de acondicionarla. En realidad, oficialmente todavía no está abierta.

Por suerte había acabado el turno de los recepcionistas gemelos. Me ha atendido una chica, también muy joven. A ella al menos se le leía en la cara, transparente y puro, el fastidio.

-No va a estar muy agradable, con la que cae.

Y la verdad es que no lo estaba. Pero me ha fastidiado a mí ese fastidio. Seguía sin avistarse un solo cliente en el vestíbulo, y no me ha parecido que tuviera el botones nada mejor que hacer. El panel del ascensor lucía una cerradura junto al botón que llevaba a la azotea. La ha hecho girar en silencio, y no hemos hablado durante el trayecto. Tampoco he dejado que me siguiera en el paseíto por la terraza con su paraguas. Bastante estúpida me estaba pareciendo de pronto la escena como para añadirle toques de comedia de mayordomos. Le he dicho que me esperase a cubierto. Y eso también parece que le ha sentado mal: he notado que le alegraba que lloviese a cántaros y toda la situación resultase desairada.

Me he asomado al pretil más por zafarme de la elocuencia de su cara de póquer que por verdaderas ganas. Olía a aguarrás y a serrín mojado. Las farolas de la plaza se han encendido en ese momento. Humeaban naranjas bajo la lluvia. Atardecía en sordina, sin ambición ni intriga, sobre el horizonte mustio de tejados y antenas. No he alcanzado a ver desde allá arriba, como pensé, las ventanas de mi piso vacío. Pero sí me parece que he podido ubicar, más o menos, el

terrado de mi edificio. No estoy seguro: todo cambia mucho a ras de azotea y nunca, en los veinte años que llevo viviendo allí, se me ha ocurrido subir. De lejos no me ha parecido muy diferente del de la casa de mis padres, que al final no supo cumplir con las aventuras y misterios que prometía.

O sí lo hizo, y no me di cuenta.

Me he inclinado más aún para poder ver, desde arriba, la fachada del hotel. Tenía casi medio cuerpo fuera. Todo el rato sentía la desaprobación del botones clavada en mi espalda, y me habría gustado que creyera que iba a tirarme. Eso sí que habría sido un fastidio, para él y para todo el escalafón del Imperial: no hay establecimiento que resista al suicidio del crítico que lo reseña. Ni crítica más personal, desde luego: eso tendrían que reconocerlo en el periódico. Una despedida de mi sección por todo lo alto.

No me ha costado dar con la ventana de mi cuarto, tres pisos más abajo: es la única abierta en todo el hotel. Mis vecinos debían de seguir encerrados en el suyo. Tras su ventana reverberaban los fogonazos azules de una televisión en la oscuridad.

En realidad ahora me da la impresión de que las nuestras eran las únicas con señal de vida en todo el edificio. Quizá sea otro de mis recuerdos inventados. Sé por experiencia que mi memoria es más selectiva de lo que me parece. Allá arriba, la verdad, sólo he tenido ojos para los parpadeos furiosos del cuarto de mis vecinos.

Se ha levantado aire y encrespado el olor a pintura. Me he mareado al incorporarme sobre la barandilla: como un náufrago al revés sobre su buque fantasma, hubiera querido hacer gestos y dar voces a los paraguas que cruzaban las aceras, a salvo en su tierra firme. El botones ha acabado asomándose también, y me ha dado un susto que podría haber acabado mal.

-Pensé que había un fuego.

Nos hemos mirado a la cara por primera vez. Era uno de esos comentarios incomprensibles que se entienden a la perfección. Creo que se ha arrepentido ya mientras lo decía. Le ha avergonzado la intimidad repentina e involuntaria, inexplicable, un poco repelente, que materializaba entre nosotros: cómplices súbitos de no se sabe qué. No me he visto capaz de hacer otra cosa que sonreír y volverme al ascensor. Destemplado por el olor a trementina, por el frío, por el mal de altura.

-¡La de langostas que tengo que comer para llevar el pan a casa!

Me he replegado estratégicamente al salón de lectura cuando hace una hora el bar del hotel se ha llenado de cincuentones con el cinturón abrochado bajo la panza. Reían a carcajadas y se palmeaban las espaldas. Me estaba resultando fúnebre verlo desierto, pero aquello era peor. Los camareros estaban abrumados por la invasión. He cerrado el cuaderno y preparado la huida. Antes de que pudiera darme la vuelta, de pie frente a la barra, alguien ha ensayado una broma que nadie me gastaba desde los doce años: el golpecito seco en la corva de la pierna derecha que hace que la articulación se venza y que uno casi se caiga si está desprevenido. Es una sensación rara la de perder pie de repente. No del todo desagradable, pero en el momento me ha molestado.

-¡Y caviar, y ostras! ¿Qué tal, vecino?

Era justamente mi vecino de página, el crítico de restaurantes. Al darme la vuelta me lo he encontrado, riéndose, en su silla de ruedas. Lo del golpe en la corva no ha sido, por eso, creo, intencionado: era la parte de mí que le pillaba más a mano. Sin embargo, sí me ha parecido que me trataba con más confianza de la que en realidad tenemos. Sólo nos hemos visto un par de veces, antes de hoy, en las cenas anuales del periódico. Supongo que me lee cada semana, como yo a él: aunque por encima, eso acaba creando un sucedáneo de familiaridad.

Creo que estaba un poco achispado. Quizá sea ésa siempre su forma de tratar a la gente. Quizá esté siempre achispado. Porque ahora recuerdo que también en la última cena del periódico bramó eso de la langosta al sentarse (al acercarse, para ser exactos) a la mesa que compartíamos. Y estuvo todo el tiempo confianzudo y bromista y sin dejar de llamarme vecino. Es curioso, porque no tiene el físico para ese papel: hace bromas pero no bromean ni casi parpadean sus ojos. Y desde luego pierde ese tono al escribir. En *A mesa puesta* se las arregla para dar la impresión de que sus reseñas llenas de elogios le habrán cortado la digestión a los reseñados.

Me ha explicado que los invasores del bar eran los convidados a un almuerzo de prensa en el hotel, que quiere presentar la nueva cocina y los menús de temporada. Enésimo ejemplo de que todo se cumple en tiempo y forma: ya que no voy yo a ninguna reunión de éstas, acaban viniendo ellas a mí. Salían, me ha dicho, de una larguísima sobremesa con discursos, cafés, copas y puros en uno de los comedores.

-Me han invitado porque saben que estoy preparando el segundo tomo de *Cien menús que probar antes de morir*. Ya habrás leído, supongo, el anticipo en el periódico.

No lo he leído, y tampoco el primer tomo. Sí sé que es todo un éxito, que no hay hogar moderno ni pareja al día que no lo tenga y lo siga como la Biblia y que debe de ir ya por la décima edición (imposible no saberlo, por otra parte: en el periódico lo jalean a diario). Tampoco he querido disculparme: jamás ha comentado él ni una línea de mis reseñas, y en realidad dudo que haya leído alguna. A mí de él me interesan los adjetivos: soy incapaz de asegurar que los use con ironía, pero hay que reconocerle la inspiración. En castellano nadie antes se había atrevido a considerar lúdica una gamba o a masticar un solomillo impertinente.

No me ha dejado contestar, se ha reído, me ha palmeado la rodilla. Sus ojos no dudaban: ni por un momento ha creído que lo haya leído.

-Y sí, claro que este sitio debería incluirlo.

Se ha alzado a pulso en la silla y yo me he visto inclinándome para que pudiera cuchichearme algo. No exactamente al oído pero de pronto sí casi a mi altura.

-Porque desde luego éste era un menú de los que se prueban justo antes de morir.

Se me ha quedado mirando, a la espera del efecto. Creo que estaba listo para lanzar una carcajada diabólica a poco que yo hubiese colaborado. Pero es un hombre rápido, y ha preferido en el último momento pasarse la mano por la barbita blanca de ínfulas mefistofélicas y reírse más bien para sus adentros, sacudiendo los hombros más de lo necesario.

Su perilla pincha pero no consigue afilarle la cara. La he encontrado todavía más carnosa de lo que recordaba, estriada en los tonos que van del azafrán al berenjena. La barbita pretende, supongo, ennoblecer el rostro y sugerir una especie de Falstaff de los fogones. Pero lo consigue sólo a medias, igual que sólo a medias remata este hombre su perfil pagano: los brazos fuertes y las manos grandes enmarcan una panza dura de buen comedor. Pero las piernas delgadas y los piececitos enfrentados sobre el escabel de la silla de ruedas impiden que la impresión acabe de cuajar. En la cena del periódico alguien le preguntó a los postres si no le resultaba difícil visitar un restaurante de incógnito. Él se rió y contestó que nos sorprendería saber lo fácil que es pasar desapercibido sobre una silla de ruedas.

-Si no fuera por la silla, a ver si os creéis que iba a estar yo haciendo críticas de restaurantes.

Ese día sí que se rió a carcajadas: todos en la mesa le hicimos coro. Nos recuerdo en realidad a todos incómodos todo el tiempo y riendo

sin parar toda la cena.

-Tú estás aquí también por trabajo, supongo.

Los ojos, fijos de nuevo, desdeñaban la gran sonrisa que se curvaba cinco centímetros más abajo.

-¿O es por placer?

No sólo en su cuerpo, he pensado: también en su cara hay dos mitades que no se corresponden, si es que no se contradicen y anulan. En el momento me ha dado la impresión de que ninguna de sus bromas es inocente. Ahora me parece que es más bien como si la idea misma de inocencia fuese para él la mayor de las bromas.

Puede que sea todo una cuestión de fisionomía: desorientan tanto las caras, a veces. Hay gente que acarreta por ahí sus rasgos como si le hubieran tocado en una rifa; que gesticula al azar y nunca llega a entender lo que significan sus propios ademanes.

Pero apenas nos conocemos, vuelvo a pensar ahora: puede que me mirase así sólo para apuntalar esa franqueza que no existe entre nosotros y él cree imperativo improvisar.

-Bueno, nuestro trabajo es un placer, ¿no?

Mi réplica no ha sido muy brillante, pero él la ha celebrado con la carcajada que antes no pudo lanzar y que ha vuelto a sonar inoportuna. O demasiado oportuna, si de lo que se reía era, en realidad, de mi intento de esquivar con una broma raquítica su verdadera pregunta.

Ahora que escribo me parece absurdo haber dado tantas vueltas a una conversación de trámite. Pero cara a cara este hombre tiene el don de hacerte creer que escondes algo. E incluso de recordarte que de verdad lo escondes. No lo haremos nunca, pero si alguna vez hablásemos de estas cosas quizá podríamos estar de acuerdo en eso. Casi todo el mundo esconde algo, y conviene desconfiar sobre todo de quienes están seguros de no ocultar nada.

-¿Te parece? Yo diría más bien que nuestro trabajo es el placer de los otros.

Me he reído yo con la risa incómoda de nuestros vecinos de mesa aquella noche. «O por lo menos facilitárselo», ha rematado ya sin reírse, aunque justo entonces han sido sus ojos los que por primera vez han sonreído.

-Así que sí. No sé cuántas estrellas te faltan por contar antes de cogerte unas vacaciones, pero a mí me esperan muchos tenedores y mucho marisco esta temporada. Tengo visitas apalabradas por todo el país para los próximos seis meses y soy jurado de cinco concursos. De las charlas ya ni hablemos. En realidad no cuentan, porque doy siempre la misma, recalentada: cambio la guarnición, como quien dice.

No me ha sorprendido su jactancia. Tampoco he pensado que sea mentira todo lo que dice. Hace ya mucho que se me quitó esa idea adolescente de que la gente sólo presume de lo que carece. La vanidad es independiente de los méritos: ése es su misterio. A veces los excede, sí, pero a veces simplemente los acompaña de serie, por pura compulsión o inercia. No es mi estilo, pero en esos casos reconozco que no me resulta del todo antipática: cualquier cosa es preferible a la falsa modestia, y si no es superflua es siempre falsa.

Lo de las visitas apalabradas, sin embargo, sí me ha sorprendido. Se supone que va contra el código deontológico del gremio. Ha debido de notármelo él en la cara.

-En fin, te dejo a lo tuyo. Viene ahí la relaciones públicas del hotel y no querrás que te descubra. Ya sé que tú le das mucha importancia al incógnito.

No sé por qué lo sabe. Cotilleos de redacción, quizá, aunque tengo entendido que él aparece incluso menos que yo por el periódico.

-Espero que tengas el minibar bien surtido, porque no sabría qué recomendarte para la cena. Aquí se han tomado muy al pie de la letra eso de que *vuelven las salsas*. O a lo mejor nunca supieron que se habían ido.

Ha maniobrado la silla con precisión mientras me hablaba. Visto y no visto, se iba ya al otro extremo de la barra. Todavía se ha vuelto un poco antes de alejarse.

-Y ánimo con el trabajo. Por placer no creo que ni tú ni yo acabásemos nunca aquí.

La carcajada le ha valido también para saludar al grupito de gente que venía hacia él.

Me he subido al cuarto después de embarrancar una hora en el salón de lectura, también desierto y todo retapizado en aguamarinas, tono sobre tono. No había toros disecados. Pero sí han sobrevivido, como rasgo de una vena de humor parecido, las campanas de cristal con flores de cera que eché en falta en el vestíbulo. Debieron de presidir antiguamente y muy en serio este salón.

Ni un alma ni una estantería ni un libro ni nada en todo el salón salvo el rótulo de la entrada hacía pensar en la lectura. Ha venido varias veces un camarero anciano y vagamente familiar a preguntarme qué quería beber. Se oía al fondo el ruido de los gastrónomos eternizados en el bar. De vez en cuando un coro de carcajadas contrapunteaba la risa muy reconocible de mi vecino de página.

Ahora puedo confesarme lo que allá abajo he preferido no poner en palabras. Me he quedado en la sala con la esperanza de ver a mis otros vecinos. Desde mi butaca, a través del arco grande de entrada al salón, se dominaban los ascensores. En cualquier momento podían aparecer el chico o la chica o ambos, solos o acompañados por el dueño invisible de la voz que me había cerrado sin saberlo la puerta en las narices. Quizá les hubiese seguido hasta la calle o el comedor, quizá me habría lanzado a darles conversación de butaca a butaca. Pero ni una vez se han abierto los ascensores, y el barullo del bar me ha ido cambiando el humor. No me ha importado mucho en ese momento que lo estuviesen pasando de verdad bien o que fuesen falsas las risotadas: qué jaleo, qué envidia.

El camarero cambiaba incesante ceniceros intactos. Acabo de descubrir, mientras escribo, por qué me era familiar. Nada de recuerdos de infancia. Es, amarilleado el bigote, uno de los *maîtres* de las fotos antiguas del ascensor. También él, por lo visto, ha sobrevivido a la reforma del Imperial.

He doblado allá a duras penas el mal cabo de esa mala hora. Dejaba de escribir a cada poco, alzaba la vista, miraba el reloj: y seguían los ascensores mudos y las manillas donde las había dejado. Ha acabado calándome el cuerpo un desconsuelo pastoso: no hay viajero que no lo lleve en la maleta ni hotel que no lo incluya entre sus obsequios. Somos ya viejos conocidos, y más de una vez he tenido que enfrentarme a él a solas. Prefiero a solas, la verdad. Sólo hay una melancolía peor que la del viajero solitario: la doble de quienes viajan acompañados y notan cómo la propia se agrava con los esfuerzos del otro por disimular la suya.

Pero hoy me noto más acobardado: los viajes y sus dilemas secretos y tontos (cuánto pagamos, dónde cenamos, cuándo dormimos) degeneran en tristezas traidoras, en la desolación distinta y exacta que se agazapa en todos los cuartos de todos los hoteles del mundo. Hace diez años todo parecía menos peligroso, más permeable a la objeción y el regateo; la desesperación del cuarto de hotel apenas abultaba tras las cortinas o asomaba la zarpa dentro del minibar. Llegaba y pasaba rápido: en el fondo la esperaba con ganas, antes, porque la daba por vencida de antemano y hasta me divertía sentir que me rondaba.

El tintineo lejano de copas en el bar -ya más soñoliento: quizá se había ido a casa mi vecino de página- y el silencio submarino del salón de lecturas varadas me ha hecho pensar de nuevo en naufragios: como si estuviese ya bajo el agua, sentado en una de las butacas atornilladas al suelo del *Titanic*. Era mejor huir mientras aún pudiese romper el maleficio y la campana de cristal del cuarto aquel de las flores de cera, antes de que me tragasen las profundidades del sillón verdoso o se pusiera a flotar, emborronada para siempre, mi libreta. He sentido nostalgia por las lamparitas de cabecera de mi alcoba. La misma que debe de sentir el hombre al agua que se hunde y añora las arañas del salón de baile y la cubierta del transatlántico que se aleja, todo él ascua de luz y acordes de violín en la noche negra.

Y en efecto están aquí las lamparitas encendidas, y tintinea la lluvia sobre la acera. La habitación de al lado sigue a oscuras: o apagaron ya la televisión o corrieron las cortinas. Alguien ha repuesto las almendras del minibar y retirado la colcha y abierto por uno de los lados el embozo de la cama. Doble de uso individual: un buen título para unas memorias que nadie me va a pedir nunca que escriba.

Todo en orden, aunque han colocado dos chocolatinas fúnebres sobre la almohada, en los lugares exactos donde reposarían dos hipotéticas cabezas de huésped. Son una emboscada clásica, y sé qué hacer en estos casos: coger una, romper el envoltorio, quitarme los zapatos, acostarme y metérmela de golpe en la boca. Apoyaré la cabeza, efectivamente, en el punto previsto por la chocolatina.

Un vuelo nacional que no ha durado una hora, un aeropuerto de provincias que invitaba, como todos, a quedarse en él viendo pasar dulcemente la vida ajena, regentando su quiosco de prensa. Antes un salto por casa para cambiar de maleta y rematar de cualquier forma la reseña del Imperial. Ahora otro cuarto y otro hotel. Toda una vida, como quien dice, resumida en tres días (y sus largas noches).

Volar también tiene efectos sobre la memoria: no es sólo tierra lo que ponen de por medio los aviones. Me sorprende la claridad con que recuerdo lo que pasó en el Imperial esa noche, porque más que tres días parecen haber pasado tres años o tres siglos. Es como si hubiese confundido maletas idénticas en la cinta de equipajes y llevase conmigo las memorias de lo que le pasó a otro. Siento que debería inquietarme estar al tanto de tantos detalles indiscretos, y al repasarlos noto el pudor y casi la grima de quien se sorprende revolviendo las cremas y cortaúñas de un neceser ajeno.

Ya veo que se quedará corto este cuaderno. El ordenador está bien para los artículos, pero hace ya tanto que no escribo nada más que había olvidado los inconvenientes de la pantalla en blanco: me blanquea a mí la mente y decolora los recuerdos. He salido a comprar otro bloc esta mañana, en una expedición furtiva a la papelería más cercana.

No conozco esta ciudad, y seguí las indicaciones que me dieron en Recepción. Ya no he vuelto a pisar la calle. Por otra parte, es curioso: ¿por qué me pareció furtiva y lo escribo ahora, si era a plena luz del día y con un motivo honroso a los ojos de cualquiera? ¿Quién iba a ser ese cualquiera, sino la versión antipática de mí mismo cuya mirada desaprobadora llevo tres días sintiendo a mi espalda?

Es un cuaderno escolar y feo con un motorista en la tapa: el primero que me han dado, el más barato. No quería una libreta sofisticada, de esas que sugieren que lo que se anota (y quien anota) es importante. Tampoco tenían en esa papelería de batalla. No me engaño: he comprado el bloc más insignificante del mundo para disimular lo que significa haberlo comprado.

No sé si dormí poco o mucho en el Imperial: me hundí en un sueño negro en cuanto toqué la almohada y me envolvió la compañía falsa de su olor a lavandina. Abrí los ojos y me cegó la luz de la lamparita. Volví a cerrarlos y bailó a oscuras la habitación en negativo. Me costó despegar la lengua del paladar, y al hacerlo noté el sabor de la lámina

de chocolate aún sin disolver. Tardaron en recomponerse las cosas: la lluvia fuera, el cuarto de baño, y también la ciudad entera alrededor del hotel, el hotel, la habitación de al lado, la gente de la habitación de al lado. Recuerdo que estaba teniendo un sueño desagradable y violento: alguien gritaba amenazas a mi oído, me golpeaba.

Pero es que de verdad alguien daba golpes, alguien gritaba. Casi a mi oído, en realidad, pero en la habitación de al lado. Me incorporé, despierto del todo. Del otro lado del tabique hablaba a gritos una chica, quizá la que antes había visto en bragas. Sonaban también las voces del chico y del hombre que había cerrado la puerta. Me quedé sentado en el borde de la cama. Se hizo el silencio. De repente la chica lanzó un grito -¿de horror?, ¿de furia?- y pareció que una torre de muebles se desmoronaba contra la medianera. Retumbó el cabecero. Y ese retumbar cambiaba las cosas: lo que pasaba en el cuarto de al lado tenía efectos en el mío, y decidí que el temblor de la cama y el parpadeo de los apliques me conferían autoridad para investigar. De un salto me levanté y salí al pasillo. Seguía desierto y otra vez silencioso. Temí que en eso quedara todo, que el pasillo mudo y las puertas cerradas me empujaran otra vez solo a mi alcoba.

Pero se abrió la puerta de al lado y salió la chica. No en bragas: llevaba una falda corta, y caminó por el pasillo hacia mí mientras se ponía una camiseta que le ocultaba la cara. Tropezó con una arruga en la alfombra, luchó con la camiseta ajustada, consiguió por fin hacerla pasar: era, sí, la chica de antes. De pie y de cerca resultaba sorprendentemente menuda, casi bajita. Me miró, miró en la otra dirección, volvió a mirarme a los ojos y no los desvió. Parecía rabiosa. Avanzó hacia mí como si me conociese muy bien y tuviese algo que echarme en cara. Abrí la boca para decir algo, arqueé incluso las cejas. Ahora, la verdad, pienso que debí de poner gesto de imbécil. Pero ella no dijo poco ni mucho: pasó por mi lado sin detenerse, camino del ascensor. No era tan guapa vista de cerca. Yo me volví. Ella ni me miró.

-Que te jodan.

¿Que *te* jodan, que *le* jodan? ¿O que *les* jodan? No la oí bien, y un momento después había desaparecido en el ascensor, que seguía parado en nuestro piso, donde yo lo dejé: quizá no había dormido yo tanto, entonces, o quizá realmente no había nadie más alojado en todo el hotel. Las puertas, impasibles, se tomaron cinco segundos eternos para cerrarse. A ella le sentó mal. Todavía alcancé a oírla antes de que la ocultaran.

-Venga, coño.

La puerta de la 206 quedó abierta a medias. No se oía nada del otro lado, y se filtraba una luz idéntica (como la puerta, como la rendija) a la de mi cuarto. Me quedé mirando una y otra: parecían

devolverse la invitación. Supe que en un par de segundos empezaría a dudar, así que me lancé a abrir del todo la de mis vecinos.

Tras el otro vestíbulo el otro baño tenía todas las luces encendidas. El chico se sentaba en el borde de la bañera con una toalla a la cintura. Un hombre le sostenía la barbilla con una mano y le soplaba en un ojo.

-Pues no te veo nada.

El hombre de la voz, claro: más viejo o por lo menos más avejentado de lo que me había hecho pensar esa voz.

-Si es que hay que tener mucho cuidado. Por el ojo entra todo. Es una herida abierta.

No esperaba esa escena, casi pastoril o de parque con columpios. No casaba con la truculencia que daba yo por descontada: me di cuenta de que llevaba toda la tarde convenciéndome de que algo indecible estaba pasando en aquel cuarto. Por algo no soy escritor. Ya lo entendí a los veinte, cuando abandoné para siempre en un cajón la novela propia de la edad: mi imaginación es trivial e indócil. No se puede contar con ella para trabajar en serio. Inventa giros alambicados para situaciones comunes, y luego cae sin pudor en el tópico cuando pasa algo que se sale de lo normal (si de verdad pasa).

En este caso ya tenía preparadas fotos fijas de serie B: rastros rojos en los espejos, charcos negros sobre el mármol blanco. Pero ni la chica del pasillo tenía heridas visibles ni había sangre en las baldosas del baño ni tampoco yo a aquella distancia le veía nada al chico. Me quedé quieto en el umbral. Ni el joven ni el viejo se volvieron. Ahora, al recordarlo, no sé si no se dieron cuenta de que yo les miraba o si prefirieron fingirlo. El corazón me latía muy fuerte.

Una voz de mujer me lo paró de golpe. Sonaba muy tranquila.

-Qué quiere.

Su dueña salía del dormitorio. Alta, de mi edad o algo más joven. Llevaba un jersey violeta que pedía y repelía la confirmación de su color al tacto. Me habló sin mirarme, en equilibrio sobre una pierna, abrochándose la hebilla mínima de una sandalia de cuero verde. Hacía aquello -mantener la pierna en alto y doblada hacia atrás, manipular con dedos largos y expertos el cierre de su zapato caro y casi invisible- con un aplomo que era imposible no admirar. Es la primera imagen que durante estos tres días me ha venido a la cabeza cada vez que he pensado en ella.

Por fin me miró a los ojos. Tardó en hacerlo y desvié yo la mirada enseguida. Preferí no contestar. Antes de nada, previsor, eché una ojeada al cuarto. En cualquier momento iban a echarme y no quería quedarme para siempre sin resolver el misterio de aquella habitación que iba a disolverse en el aire, vista y no vista, con muebles y

ocupantes, como en los cuentos.

El cuarto tenía, claro, lo que ya había visto a través de la rendija, lo que tenía también mi cuarto gemelo. Y cosas cambiadas, como en el pasatiempo de las diez diferencias: las butacas y la mesita, sí, pero patas arriba, arrumbadas contra la pared; la cama de la colcha beige, sí, pero sin colcha. Y casi sin sábanas ni mantas, arrugadas a los pies. Me pareció que los grabados de firmas tristes eran, en cambio, idénticos a los míos. Las lamparitas de cabecera, como en mi cuarto, estaban encendidas.

Pero casi no lucían, porque a la altura del hombro de la mujer brillaba el foco de una cámara digital sobre su trípode. Una luz que no se sabía si agrandaba o encogía el tamaño del cuarto y de la cama, lo mismo que la presencia de la cámara deformaba de pronto el significado y las posibilidades de la situación. Hacía muy visibles los lamparones antiguos de un colchón sin duda anterior a la reforma. A esa luz dolía de puro desnudo. Casi más bien desollado: los colchones de hotel son una de esas cosas que no están pensadas para ser vistas y no deberían verse nunca.

El *qué quiere* de la mujer no era una pregunta. En realidad mataba de raíz cualquier conversación posible. En el baño el hombre seguía reclinado sobre el chico, que no se había levantado. Me miraban los dos sin decir nada y no parecían mucho más sorprendidos que ella.

Y aunque para ganar tiempo hubiese elegido tomarme aquello como una pregunta, me pareció difícil dar con la buena respuesta. ¿Qué quería, en realidad? Era complicado saberlo. ¿Qué esperaba, en aquella habitación, de las tres personas que me miraban en silencio? A falta de algo mejor acabé por dar los detalles que ella seguramente hubiera preferido -casi tanto como yo- ahorrarse: estaba en la habitación de al lado, había oído gritos, ruidos, salido al pasillo, encontrado la puerta abierta, pensado en posibles heridos.

Me miró seria. Por sus ojos saltó un chispazo furioso o divertido, visto y no visto. Por sus ojos o alrededor de sus ojos: hablamos de ellos pero leemos en realidad en lo que los rodea: el ceño, los párpados, el haz innumerable de músculos sin nombre que tensa las comisuras que los cierran o la fracción de mejilla que los sostienen.

Quiero creer que al menos entendió que tampoco yo veía necesario pulir mucho aquellas mentiras de trámite. En el baño resopló el hombre. Parecía que iba a decir algo, pero ella se le adelantó.

-Ya. Gracias. Pero no pasa nada. Buenas noches.

La mujer sonreía con educación, y definitivamente ahora sus ojos se estaban burlando. ¿Se reía de mí por cobarde? Me seguía de buena gana el juego sin dejar de despreciarme por recurrir a él.

Yo dudé. Miré otra vez hacia el baño, esquivando los ojos del chico y del hombre; y luego el dormitorio, el trípode y la cámara enfocando la cama. Ella dio un paso más.

-Buenas noches.

El hombre del cuarto de baño se incorporó. Eso era todo lo que había que decir.

-Buenas noches.

Todo lo que yo podía decir, por lo menos. Me di la vuelta para salir de la habitación; se me echaron encima antes de que cerrase la puerta el pasillo desierto, los cuadritos en sus marcos de lujo falso, la moqueta.

-Espere.

Me volví sintiéndome salvado. La miré tratando de no poner ningún gesto para facilitarle las cosas. Porque ya se veía que era orgullosa.

-¿Ha avisado a Recepción? ¿Va a subir alguien?

Me dolió aquello: la pregunta, y que no me tutease. ¿De verdad me creía capaz?

-No.

Le aguanté la mirada hasta que por primera vez fue ella quien bajó los ojos.

-Claro que no he llamado.

Lo dije en voz baja, y a mí mismo me sonó incongruente el *claro que*. ¿Por qué *claro que*? ¿Qué era lo que estaba claro, si no nos conocíamos de nada?

Nadie dijo nada más. Esperé un poco, y luego no me quedó más remedio que volverme hacia el pasillo vacío. Ahora que lo recuerdo me gusta pensar que ella sabía bien que no había llamado a nadie, que yo no era de los que llaman a Recepción. Me gusta creer también que el *claro que* era compartido: «Claro que no has llamado», me había dicho, en realidad, al preguntarme si lo había hecho.

En el momento no pensé nada de esto. Justo cuando estaba cerrando la puerta se descolgó de mi encía el último pedacito microscópico de chocolate. El sabor nació en una esquina del paladar, se extendió veloz por la boca, brilló con fuerza y se apagó en menos de un segundo, sin dejar rastro -era ya el rastro de un rastro. Pero me bastó para recordar la otra chocolatina, la que seguía sin tocar sobre mi almohada; y el lado virgen de la cama, la mitad de las sábanas aún sin arrugar. El fantasma del chocolate en la boca, la visión de mi ausencia del cuarto: me di la vuelta, abrí de nuevo la puerta y entré en el vestíbulo.

Ella no se había movido. No cambió el gesto.

-Ya estuve aquí antes. Esta tarde.

No enarcó las cejas impenetrables.

-¿Sí?

En el baño el chico se levantó de un salto, sujetándose la toallita con una mano.

-Cierra la puerta.

Yo me volví para obedecer. Aún tenía el pomo en la mano.

-No, él.

Ella misma se acercó al baño y cerró la puerta sobre las caras de sorpresa del chico y el hombre.

-Es un momento. Yo os aviso.

Después se volvió hacia mí. Parecía otra persona, de pronto, al sonreír.

-A usted todavía no lo tuteo.

Me dio la espalda y entró en el dormitorio. La seguí, sopesando aquel *todavía*.

-Podemos hablar aquí. Aunque está muy desordenado.

El aire del cuarto estaba muy cargado. Había botellitas de ginebra y whisky vacías en la mesilla de noche y la cama. En la televisión seguía mudo el trasiego de los actores porno. Me señaló la única butaca que quedaba en su sitio.

-Siéntese. Voy a abrir la ventana.

Me senté mientras ella apagaba la televisión y el foco de la cámara. A la luz de las lamparitas también el cuarto pareció algo menos hostil. De la calle entró aire frío y ruido de lluvia. Volvió a sentarse en el borde de la cama deshecha.

-¿Y cómo es eso?

Y cómo era qué. Tardé en entender que ella retomaba la conversación a partir de la última frase dicha en el vestíbulo.

-Se equivocaron en Recepción. Me dieron la llave de este cuarto.

Ella me miró sin cambiar el gesto.

-¿Y qué vio?

-Casi nada. No estuve mucho tiempo. Al chico. -Señalé con la barbilla en dirección al baño-. Y a la chica que ha salido.

-Ya.

Tardó un poco en añadir algo más.

-Se pelearon. Se puso muy nerviosa.

Me dijo aquello aprisa, sin particular interés por disimular que aquélla era una explicación en falso, que no explicaba nada ni decía más de lo que era ya evidente.

Hubiera querido preguntarle por qué, pero ni yo me sentía con derecho a hacerlo ni ella hubiera estado obligada a responderme. ¿O sí? Me pasaba con ella lo contrario que con mi vecino de página: no

sabía si teníamos la confianza necesaria. Habló ella.

-¿Es usted de la policía?

Yo sonreí. Si antes me había ofendido que me tomase por un chivato, ahora hubiera debido sentirme más molesto aún. Pero era divertida, la pregunta.

-No.

-¿Ni el detective de Seguridad del hotel?

Bajé la mirada y me alegró encontrar una coartada irrefutable.

-Si no llevo ni zapatos.

Nos miramos y nos reímos un poco.

-Pues tenga cuidado. Se ha roto un vaso y hay cristales en el suelo. Yo misma he tenido que calzarme.

El tono era precariamente amistoso. Me animó a decir algo más.

-He venido a hacer la crítica del hotel.

Me arrepentí según lo decía. Sonaba forzado y me pareció que ella no toleraría aquella simpatía postiza. Y quizá fuese peor si lo hiciera. Nunca hablo de mi trabajo con desconocidos. Siempre da pie a conversaciones estúpidas. Temí que sería yo quien tendría que hilar ahora las explicaciones tediosas.

-¿La crítica?

No me dio tiempo a resignarme, casi ni a asentir.

-¿Cómo firma usted?

No esperaba aquella pregunta. Quizá fuera siempre así hablar con ella. Conseguía que uno recordase que casi todo lo que se dice la gente son tanteos mecánicos. Al escuchar mi nombre ella se echó atrás, sonriente.

-Pero claro. Yo te leo. Hasta te he hecho caso en varios hoteles.

Recuerdo muy bien que fue en ese momento cuando llegó el tuteo. También que al oírla sentí un tonto picor de vanidad algo más intenso de lo habitual.

-¿SÍ?

Y al mismo tiempo también me impacienté. Una conversación así era absurda en aquella situación. Ya me conozco y he aprendido a resignarme: las réplicas oportunas, las preguntas pertinentes se me ocurren sólo a toro pasado. Pero incluso ahora me cuesta imaginar qué tema de conversación no hubiera sido disparatado en aquel momento. No sabía de qué quería hablar con ella allí. No tenía razones para seguir en aquel cuarto. No quería quedarme, no quería irme. No me extraña ahora que sintiera yo un principio de enfado. No con ella: conmigo.

Volví a mirar los muebles, la cámara, las botellitas del minibar vacías. No se veían los añicos de ningún vaso roto. Se levantó y cerró despacio la ventana. Ya no parecía tener prisa.

-¿Y qué vas a decir de éste?

-Me quejaré de la insonorización.

La broma no venía a cuento. Se hizo ella sola, en realidad. Ni siquiera puedo decir que bromease para ver cómo lo encajaba ella. Pero de todas formas fue interesante observarlo. Se volvió rápida. Durante un segundo sus ojos sonrieron como al principio. Le favorecía sonreír así, al revés que mi vecino de página: la boca seria, y toda la intención en la mirada. No hizo comentarios.

-Yo ya ves a lo que me dedico.

Yo fingí seguir con la broma. Era más fácil dicho en broma.

-¿A las pelis porno?

Se rió y yo me equivoqué dando por descontado que aquella risa sería toda su respuesta.

-Justo. Bueno, casi.

Respondió seria, casi pensativa. No desafiante. Se veía también que ahora era ella quien temía la retahíla tediosa de preguntas: se miró las manos, ajustó un botón de la cámara que no hacía falta ajustar. La puerta del baño chirrió al abrirse. Nos volvimos cuando entró el chico con su toalla. Pareció que ella agradecía la interrupción. Y también a mí me alegró que pasase algo, que entrase el chico. Pero antes de que fuese irremediable, la miré para protestar con los ojos. Quería dejar claro que yo tampoco iba a hacerle preguntas tontas. Ahora pienso que quizá pareció una mirada suplicante.

Estuvimos así un largo segundo y medio -¿nos estábamos entendiendo? ¿O lo imagino yo todo ahora?- y luego atendió al chico, que esperaba de pie junto a la puerta.

-Perdón. Me visto y me voy.

El chico me rozó sin mirarme, camino de la cama. Pescó unos pantalones del revoltijo de sábanas. Luego se arrodilló y tanteó el suelo bajo el somier. Sacó unos calzoncillos, los sacudió y se los puso con muchos remilgos antes de quitarse la toalla. De cerca y de perfil era menos corpulento.

Ella le tendió la camiseta con una mano.

-Ahora hablamos de lo tuyo.

Apareció el otro hombre en el quicio y acabó de desconcertarme. Había olvidado que también estaba él en el cuarto. Quedó de pronto muy claro que quien sobraba era yo. Fue como si el sentido común en persona se hubiese apoyado en el marco de la puerta y me hubiese mirado mal. Me levanté de la butaca casi de un salto. La mujer buscaba algo en los cajones de la mesilla de noche.

-Bueno, yo me voy.

Ella se dio la vuelta y casi pareció que se había olvidado de mí. Sonreía con la boca sólo.

-La verdad es que no te puedo ofrecer ni una copa.

Señaló con la cabeza el minibar vacío. Me hubiera gustado poder rechazar una invitación a quedarme.

Ella miraba al hombre. Al volverme le sorprendí un gesto de impaciencia.

-Ya. Bueno. Buenas noches.

Desde su borde de la cama el chico ni levantó la vista: estaba concentrado en atarse los cordones de sus zapatillas. Creo que tanta naturalidad no era natural: se mezclaba en ella mala educación, torpeza y timidez ansiosa por borrar pistas.

De camino a la puerta me rocé con el otro hombre. No se movió ni molestó en disimular la mala mirada. En el vestíbulo volví a oír la voz de ella.

-Pero si no te lo has bebido todo me puedes invitar tú en tu cuarto.

Me quedé muy quieto, ocupado en disimular que otra vez me había desconcertado.

-Se me ocurre tu cuarto porque el bar del hotel es un poco triste…, fúnebre, que dirías tú.

Sí que lo había dicho. Pensado, por lo menos. Y anotado en este mismo cuaderno, releo ahora. Algo de desconcierto al final sí debía de leérseme en la cara, porque ella sonrió un poco. Bromeaba seria, por lo visto.

-Y así te cuento.

Por segunda vez aquella mujer me salvaba del cuarto desolador, del embozo hipócrita y abierto a un lado. No esperó a que contestase.

-Muy bien. Pues ahora voy.

Sonrió y siguió trasteando en la mesilla. El chico acababa de vestirse: una camiseta holgada le tapaba sucesivamente el pecho, el vientre, el ombligo. Lució el logotipo de una aseguradora seria e impropia de la situación. El otro hombre seguía sin decir nada. Le lancé el «hasta luego» más impertinente que pude entonar y cerré la puerta de la habitación.

La vida de hotel

¿Túnel del tiempo o pozo sin fondo? A veces es arriesgado abusar del prestigio de un huésped ilustre. Viajamos hasta el sur con nuestro crítico para una visita de emergencia al Hotel Reina Amalia.

EL CUARTO DEL POETA ESCOCÉS

El tiempo y los hoteles echan partidas a un juego que no entendemos. Las reglas deben de ser complicadas. No duramos lo bastante para ganarnos derecho a participar ni perspectiva para dominar el tablero. Está claro que se traen desde siempre una apuesta entre manos, pero sólo ellos saben el montante y las condiciones.

A veces parece más bien una carrera: hace cien años los hoteles flamantes implantaban el futuro en lugares donde durante siglos no había pasado nada. Y menos que nada ese tiempo que, molesto, se veía obligado a acudir a toda prisa a la ciudad de provincias o el recodo en la selva de los que se había desentendido y daba por solucionados.

A veces el tiempo se toma la revancha haciendo a los hoteles un regalo maldito: los deja de lado y aprieta el paso hasta convertirlos en islas sin embarcadero o pantanos donde se estancan y empiezan a oler demasiado dulcemente los años que no han dejado de fluir con saña por fuera de sus cuartos.

Al principio eso parece una bendición: hasta el picaporte más tonto viene al mundo con un plazo secreto para redimirse. También, por desgracia, con una fecha de caducidad: un buen día acaba de cerrarse la trampa triste que atasca pestillos, tupe desagües, tulle interruptores y vuelve irrespirable el aire de unos salones donde se celebraron liturgias que nadie recuerda.

El Hotel Reina Amalia lleva a medias perdida su apuesta particular. Hace tiempo que la fachada delantera se dio por vencida y mira de frente el pueblote que creció mal y dejó de ser aliciente para las peregrinaciones pintorescas de principios de siglo. Pero la trasera sigue imponiendo al paisaje su perfil confuso y bávaro: moderno o absurdo en su momento, según el gusto de quien lo visitaba; anticuado después, y ahora ya inevitable.

El río seco durante medio año y encajonado en su tajo desde hace millones, los secarrales africanos, el mar intacto que uno ve a lo lejos con poca fe: cada urbanización de la costa, con casualidad exacta, toca a un

cerro para ocultarla a la vista de quien pasea por su jardín trasero.

Es un paisaje estólido, como si todo lo que le ha pasado -y pasado por encima, literalmente- desde los romanos hubiera sido el sueño raro de una siesta alargada. Después de batallas de libro de texto, de cismas y concilios incomprensibles, de siglos enteros sin nada que reseñar, sólo el hotel ha conseguido hacerle una muesca.

Desde las ventanas de los cuartos delanteros se ven los bloques de pisos, el oasis de antenas sobre el aparcamiento desierto. Nuestro presente, claro, es el futuro del viejo hotel desconcertado.

Yo les escribo desde uno de los cuartos traseros, y no ha sido fácil ni barato conseguirlo. Sin embargo, son los que deberá pedir el viajero sentimental: nunca un sobreprecio francamente abusivo estuvo más justificado. Desde aquí se ve el parque sin podar y el mismo paisaje pelado al que se asomó la reina portuguesa que inauguró y da nombre al hotel. Trajo un séquito de regeneracionistas que encontraron en él un símbolo de mil cosas. Por mi parte, yo jamás había visto nada más obstinado en negar cualquier símbolo que estos desmontes.

Y sí, claro, el poeta escocés que pasó aquí dos meses encerrado en un cuarto desde el que consternó a media Europa con cartas afligidas. Un caso claro de autor adelantado a su tiempo: cuánto le hubiera ayudado el e-mail en su esfuerzo por erigirse en poeta laureado de su nación remota y dolorida.

Me dicen en Recepción que el cuarto conserva los mismos muebles. Y distinto ocupante, parece: no es fácil visitarlo, y escribo la reseña de esta semana (los periódicos, ya saben, no esperan) sin la seguridad de poder verlo para contarlo. Estoy en la misma planta, a tres balcones de distancia. Por lo menos podemos suponer que veo desde mi ventana más o menos lo mismo que podrá verse desde la que fue suya.

Y desde luego exactamente el mismo paisaje que debió de ver él. Por poco tiempo, eso sí. Y no porque me vaya a quedar sólo una noche; ni porque las urbanizaciones vayan a colonizar los terraplenes de este lado, quedando como queda, del otro, llanura para aburrir.

Más bien porque el propio hotel dejará de serlo y hasta de asomarse al paisaje. Por unos y otros me han ido llegando noticias del cierre posible y la demolición no improbable del Reina Amalia. Así que aquí me tienen escribiendo esta crónica de emergencia. Y pensando si no debería titularse Muerte de hotel *esta entrega de* La vida de hotel.

Perdonen el chiste: por fúnebre y, peor, por malo y traído por los pelos. Qué vamos a hacerle: así acaban siendo casi todos, casi siempre.

La reseña del Imperial la salvé en el último minuto tirando de oficio. Y ésta tampoco va a quedar bien. Lo noto yo y lo notarán en el periódico, desde luego, aunque seguramente no digan nada. Nunca

critican ni felicitan: lo uno va por lo otro, después de tantos años. Un sistema de trabajo árido pero eficiente. Y el tiempo pasado me asegura el futuro: tengo margen y bula, creo, para varios malos artículos.

Quizá demasiado margen, quizá demasiada bula. Creía haber elegido un oficio sin fecha de caducidad, pero a lo mejor me equivocaba: puede que me esté pasando lo mismo que a este hotel.

Ahora que escribo parece que los cinco minutos en el cuarto de ella duraron más que la hora larga que estuvo luego en el mío. Confieso que esa noche la esperé sin llegar a creer que vendría. Me sorprendió que lo hiciera. Quizá más, es curioso, de lo que me sorprendería escucharla llamando a esta puerta, ahora que en lugar de unos metros deben de separarnos cientos o incluso miles de kilómetros. Fingiría sorpresa o susto, ante ella y ante mí mismo, por puro respeto a las formas. Pero en el fondo me parecería natural. Y quizá lo fuese: para qué fingir que estamos al corriente de las ordenanzas que fijan lo que puede y no puede suceder, si todos en el fondo sabemos que acabamos provocando el cumplimiento de todo: de lo que más deseamos y de lo que más tememos. Ni siquiera mucho deseo es necesario: a veces basta con pensar en ello, a ratos perdidos, un par de días.

En mi cuarto todo estaba, claro, como cinco minutos antes: las lamparitas, la chocolatina enemiga, los zapatos al pie de la cama como perritos de un sepulcro. No podía ser de otra manera, pero me sorprendió que las cosas siguieran idénticas a sí mismas, empeñadas en afirmar que sólo habían pasado, en efecto, cinco minutos. Y que se los habían pasado ellas sin sentir ni hacer nada.

Me calcé, comprobé que había de todo en el minibar, me serví un whisky. El alcohol me templó un poco por dentro y me reenganchó al ritmo del cuarto. Las manos seguí sintiéndolas heladas, pero al segundo trago dejaron de temblarme.

Di unos pasos y miré la habitación con los ojos con los que aquella mujer iba a mirarla. El colchón obscenamente a la vista del cuarto de ella; las sábanas arrugadas en la mitad de la cama donde yo había dormido; la otra mitad tersa, con su embozo y su almohada intactos. Tres edades de la vida de hotel que resultaba inevitable desandar. O anticipar: a lo mejor terminaba mi cama como la del otro cuarto. No sabía si mi visitante estaba a punto de llegar para acabar acostándose en ella. La verdad era que aquella mujer no había hecho nada que diese pie a la pregunta. Aparte de dirigir películas porno (*o bueno, casi*, había dicho). No era razón para darlo por hecho, desde luego. Pero hay preguntas que se preguntan solas y se saltan el orden que deberían observar si fueran sensatas. En ese momento, por ejemplo, todavía no me había preguntado si yo mismo esperaba acostarme con

ella. Ahora me extraña.

Supongo que ella llamó a la puerta justo cuando iba a considerarlo. Y a darlo por hecho y encontrármelo decidido: casi siempre resultan estar pensadas las cosas sobre las que quiero ponerme a pensar.

No fueron los dos toques tenues y llenos de sobrentendidos de la amante que se sabe bien recibida. Ni el morse festivo que pide o supone la respuesta trivial del otro lado. Ni mucho menos las cuatro notas del mismísimo Destino llamando a la puerta que abre la Quinta Sinfonía: hubiera sonado policial o peor, teatral; y ya con lo poco que habíamos hablado podía verse que ella no favorecía el melodrama.

Fueron tres golpes cortos, neutros, que hubiese envidiado el más profesional de los servicios de habitaciones.

-Hola.

Entró en el cuarto sin dudar, con una sonrisa distinta a todas las anteriores. También profesional: una sonrisa de negocios o de visita. Y de visita de médico, casi. Ahora que pienso en esa mujer me doy cuenta de que al hacerlo lo primero que flota en el aire es esa curva sin dueña, exacta, bien calibrada.

Con ella adivinaba, formulaba y contestaba mejor que yo mismo, desde el principio, la pregunta que yo no había llegado a hacerme: no íbamos a acostarnos en aquella cama. Y a lo mejor aquello respondía también a la segunda, la que sólo me hice después y me sigo haciendo ahora: quizá esa forma suya de dar por zanjada la cuestión fue lo que me impidió desear a mí claramente lo contrario. Hablamos mucho de gente que se acuesta aquella noche, y ahora me asombra ver cómo evitó sin esfuerzo lo inevitable: que en algún momento aletease por el cuarto la posibilidad de que lo hiciésemos nosotros.

De todo lo que había para ver en mi habitación (no mucho, desde luego, comparado con la suya), ella sólo se fijó en mi whisky.

-Me tomo yo otro, a ver si te alcanzo.

-Claro.

Siguió hablando mientras yo sacaba del minibar hielo, vaso y botellita.

-Te agradezco la invitación. O que me dejases invitarme. Ya viste que mi cuarto estaba hecho un desastre, y así le doy tiempo a Pedro para que ponga un poco de orden.

Le tendí el vaso. Ella lo cogió sin rozarme, lo alzó un poco, sonrió y no bebió.

-¿Cuál de los dos es Pedro?

-El mayor. El otro chico, si te digo la verdad, no me acuerdo cómo se llama. Lo hemos conocido hoy.

Nos quedamos de pie, frente a frente, cada uno con nuestro vaso. Creo que entendimos a la vez que en esa postura todo corría el riesgo

de volverse absurdo.

-Nos sentamos, si quieres.

En realidad ella ya lo estaba haciendo.

-En fin. También quería agradecerte el intento de ayuda. No hacía falta. Pero de todas formas. Y que no hayas llamado a Recepción. Por eso he venido.

Me pareció notar énfasis en el *por eso*. Me molestó.

-No hay nada que agradecer. Y no has venido por eso, me imagino.

Aquello me sonó tan mal entonces como ahora, al acordarme: a diálogo preliminar de peli porno del estilo de las que filmaban o al menos veían previo pago en el cuarto contiguo. Y sin embargo no lo dije con intención. Quería recordarle que antes había prometido contarme más cosas. Ella me miró divertida.

-Ya. He venido por eso. No sólo por eso. Teniendo en cuenta lo que viste cuando te colaste esta tarde…

-No me colé. Se equivocaron abajo.

-Pero me parece que alargaste la equivocación. Y querrás saber de qué va todo esto. Y luego eso de que yo lea tus reseñas. Que me gustan mucho, por cierto, no sé si te lo dije antes. ¿No te lo dije? Reconoce que la situación tiene su gracia. Merece una copa juntos, ¿no?

¿La merecía? Podía ser que sí, según algún baremo universal que quizá todo el mundo, sin yo saberlo, maneja y da por supuesto. Ella me tendió una tarjeta de visita.

-Éste es mi negocio. Es una página web, ya lo ves.

Sólo había una dirección de Internet: www.vidadehotel. com. Leí en voz alta el nombre inesperado para ganar tiempo. Ella se rió.

-Pues sí. Yo también hago una vida de hotel.

La miré sin saber qué decir.

-Espero que no te importe. Me gustaría decir que el nombre es un homenaje pero no sería del todo verdad. Lo escogí al empezar con la página, hace cinco años, un poco sobre la marcha. El chico que la diseñaba necesitaba un título de prueba, lo que yo hago también tiene que ver con hoteles y me acordé de tu columna. Probamos y tú no tenías el dominio registrado. Haces mal, por cierto: seguro que te funcionaba. Luego lo acabé dejando. Pregunté y me dijeron que no había problema de derechos, que la expresión era de dominio público. Ahora ya no se puede cambiar.

Yo no sabía si la coincidencia en el nombre era un halago o una burla encubierta. Preferí preguntarle por qué ya no podía cambiarlo.

-Bueno, ya veo por la cara que se te pone que a ti no te suena, pero la página ha tenido desde el principio mucho éxito. No pasa una semana sin que me escriban de alguna parte diciéndome que

vidadehotel.com ha sido votada «mejor página erótica del año» o «premiada por su labor de integración racial en la red». Parece que hasta la estudian en las universidades. Hace un par de años una chica muy callada que había posado para nosotros me envió toda la «documentación del proceso»: resultó que era un proyecto para un centro gallego de arte contemporáneo. Me invitaron a la inauguración. No fui, pero me hizo gracia. Así que el nombre se queda como está, con lo que cuesta dar con una buena marca sería una locura cambiarlo. Me debo a mi público.

Me miró seria después de aquella frase. Me vinieron a la cabeza los adjetivos descabellados que usa mi vecino de página en sus críticas. También ahora resultaba muy difícil distinguir si aquélla era una seriedad de broma. Preferí pensar que sí, aunque ella bien podía ser alguien capaz de decir sin sombra de humor aquel tipo de cosas. Uno tiene que obligarse a desconfiar de la impresión de conocer perfectamente a un desconocido. Me gustan quienes saben hablar bien en broma, pero esa parte es la fácil. No se conoce a alguien hasta ver qué cosas toma en serio. Muchos irónicos de currículo impecable acaban dando el paso en falso de una fatuidad demoledora. Le hablé a mi vaso de whisky.

-¿Y qué hay en la página?

-Chicos como los que has visto hoy. Bueno, chicos y chicas. El repertorio clásico, ya te imaginas: solos, en pareja o en grupo. Siempre no-profesionales, eso sí. Y siempre en cuartos de hotel, diferentes cada vez. El mercado está saturado, hay que distinguirse. Y a la gente le dan morbo los hoteles, les gusta ver mundo y comparar dormitorios y baños: es la marca de la casa. Para ver las fotos y los vídeos hay que abonarse y pagar todos los meses. Poco, no creas. Todo legal. A los modelos siempre se les piden, por lo menos, dos carnés para estar seguros de que son mayores de edad. En la oficina guardan copias por si acaso alguna vez las piden *las autoridades*. Aunque hasta ahora, la verdad, no han dado señales de vida. Al principio pensé que habría alguien vigilando todo lo que hacíamos en Internet, pero a estas alturas ya ni me acuerdo la mayor parte del tiempo. A lo mejor un buen día me llaman de la Policía, me llega una citación judicial por carta, o un e-mail. Puede que hasta se presente en casa la pareja de las películas para *charlar un rato* conmigo. Por un momento antes pensé que tú podrías serlo, al fin.

Casi ni se sonrió a sí misma la broma. Se le notaba prisa por seguir contándome. Si era a mí a quien de verdad se lo estaba contando. Ella también hablaba a su vaso. Quizá había olvidado que yo estaba también en el cuarto.

-En fin, por ahora, nada. Y la página ha ido cuajando mientras tanto. Sobre todo entre la gente que sólo habla español. Hay mucha

competencia de los americanos, pero fuimos rápidos en coger cuota de mercado. No diré que fuera pura suerte: yo ya suponía que el porno no tiene por qué ser distinto al cine y a las telenovelas: de vez en cuando, aunque sea para variar, a la gente le hace ilusión ver que también en su idioma se hacen cosas como las que hacen los americanos. Y si empiezas el primero y manejas bien el negocio, luego es difícil desbancarte. Para el porno, como para todo, la gente tiene sus costumbres y busca sus atajos: no pueden echarle horas a diario. Ya estamos los profesionales para facilitarles las cosas.

Mi vecino de página había dicho algo parecido. Quizá hubiera aceptado a aquella mujer como parte del gremio en un sentido amplio. En cualquier caso, por lo que fue contando y lo que después he visto, es una profesional en el suyo. Me contó que ya tenía a diez personas trabajando en la página, además de los colaboradores, los equipos de cásting y de rodaje. Todos viajando mucho para buscar actores y dar a la gente alguna novedad: caras nuevas, cuartos de hotel nuevos. En porno todo tiene que cambiar un poco, no mucho, todo el tiempo, dijo también.

-Al principio lo hacía yo sola, y me llevé más de una mala contestación y hasta más de un insulto cuando buscaba actores. Luego fui viendo que todo era cuestión de práctica. Enseguida se hace fácil adivinar a quién le gustará la idea y dirá que sí. Últimamente muchos a los que hablo ya han escuchado cosas sobre la página e incluso la han visitado. Eso, claro, facilita mucho. Y no sé por qué digo «incluso»: oír hablar de una página y visitarla son casi lo mismo. En Internet nunca se queda uno con la curiosidad de nada. Muchísimos espontáneos escriben y mandan fotos, aunque luego la criba no la pasa ni uno de cada cincuenta. Se proponen como modelos: a solas, pero también parejas y hasta familias y grupos. Nos invitan a visitar su ciudad, o se ofrecen a pagarse de su bolsillo el viaje. Algunos, muy simpáticos, nos recomiendan hoteles. Yo prefiero hacer cástings previos y mandar a alguien que prepare las cosas. A localizar, como se dice en cine.

Volvió a mirarme y sonrió. Cambió luego el tono, como quien apresura el final de un discurso que aburre o desconcierta. Yo no estaba aburrido ni creo que lo pareciera, pero entendí el porqué de esa prisa. Conozco esas conversaciones de hotel. Quienes viajan solos las traban pronto: en el bar, en el ascensor, en las butacas del lobby durante los tres cuartos de hora temibles que faltan para la cena. Suelo esquivarlas pero he escuchado muchas por encima del hombro. Las confidencias acaban de pronto o se prosiguen en uno de los cuartos. Cabía la primera posibilidad, en cualquier momento, para las nuestras. La segunda era sin embargo imposible: ya habíamos empezado en el sitio donde una charla así puede acabar. Y la verdad

es que estando como estoy siempre de paso en los hoteles -más de paso que nadie-, nunca he conseguido saber en qué quedan esos encuentros al día siguiente, tras la subida al cuarto. Me faltaba en ese momento un mapa para orientarme por mi habitación; quizá ella estaba menos extraviada.

-Así que ya ves. Yo podría ya quedarme en casa dirigiendo el negocio. Pero el trabajo de oficina es aburrido, y tengo gente mejor preparada para eso. Contratamos cada vez más publicidad. Y hasta hacemos camisetas. Muy buscadas, parece. Las revenden en eBay.

Hizo una pausa, y pensé que debía yo darle réplica. A ella el whisky la animaba. A mí me quitaba las ganas de hablar. Y ahora, la verdad, me alegro de haber dicho poco esa noche. No parecía que a ella le importase.

-Los viajes de placer a mí nunca me dieron ninguno. Cuando viajo sin motivos acabo perdiendo un poco la cabeza. Una se vuelve loca con decisiones mínimas que se vuelven de repente trágicas: si echar la siesta o no, si ir al museo o al parque. ¿No te pasa? Ahora siempre tengo algo que hacer, un sitio al que ir y una razón para hacerlo. Pedro viene conmigo para ayudarme con la otra cámara. Y para ayudarme en general. A veces las cosas se van un poco de las manos, y a él se le da muy bien poner orden. ¿Qué te parece?

Me incorporé en la butaca. Era justo la pregunta más difícil de contestar. Preferí ganar tiempo.

-¿Qué me parece Pedro?

-No. Qué te parece todo. Pedro ya me imagino que te parece mal. No es muy simpático, y en realidad su trabajo consiste en no serlo. Es quien nos libra de los cotillas, los mirones, los pesados.

-Vaya.

Ella rió y se levantó.

-No quería decir que fueses un pesado. Un mirón, puede.

Buscaba en el minibar otras dos botellitas de whisky. Me preguntó sin mirarme, con la cabeza aún a medias dentro del mueble.

-¿Te gustó lo que viste?

Yo me quedé mirando al vaso. Dejé que ella vaciara en él otra botellita. Bebí un trago y esperé a que se diluyese y bajase con él por la garganta la pregunta. Iba a ser yo, al final, quien tendría que probar a alcanzarla. Hice un esfuerzo sincero por contestar. He pensado después en la respuesta, y todavía no se me ha ocurrido ninguna convincente. Me doy cuenta ahora de que estaba mal planteada.

O era directamente injusta. Yo hablo, tú escuchas; yo propongo los temas, tú apuntas sus variaciones: hasta ese momento la conversación se había establecido así. En estos casos, una vez que alguien da el tono (y se hace muy pronto siempre, en el primer par de frases o antes

incluso de pronunciar palabra) es difícil forzar un cambio. Para mí era, la verdad, una solución ideal: ya pensaría más tarde sobre todo aquello. Ya sabría lo que pensaba, o si me gustaba o no lo que vi o lo que escuchaba, más adelante, al escribirlo. Me hacía trampa a mí mismo, claro. Creo que era una forma de hacerle trampa a ella, en realidad: escribo ahora sobre lo que pasó y sigo sin saberlo. Y eso ya lo adivinaba entonces.

-Ya te lo dije, no vi casi nada: el chico que no se excitaba, tenía frío… y luego ese Pedro cerró la puerta, y me fui. Ni siquiera me enteré de que estabas tú en la habitación.

Ella me miró a los ojos. Creo que calculaba hasta qué punto era yo, y no ella, quien marcaba secretamente el rumbo de la charla. Porque de eso también, o sobre todo de eso, trataba la conversación: como todas.

Noté cómo sopesaba hasta qué punto merecía la pena romper con lo pactado sin palabras y molestarse en pedirme que contestara a su pregunta sin rodeos, tan directamente como ella la había planteado. O a lo mejor lo imagino: a lo mejor esa noche ella sólo esperaba de mí las réplicas que pautasen su monólogo y le diesen aspecto de conversación.

Pienso ahora (quizá lo pensé en ese momento y lo he olvidado) que ella en su trabajo, como yo en el mío, hablará con muchas personas sin conversar con ninguna. A lo mejor ya no recuerda cómo se hace. A lo mejor nunca tuvo gran interés en hacerlo o lo fue perdiendo a fuerza de conocer gente y comprobar que su variedad aparentemente infinita se reduce a la combinación de unos pocos resortes, siempre los mismos.

En cualquier caso, después de un silencio corto dio por buena mi evasiva y siguió hablando. No sé si en aquel momento estaba siendo un poco más o un poco menos inteligente que yo.

-Ya. Hoy ha sido un desastre. No funcionaban bien. Habrá que ver qué se puede sacar en limpio.

-¿Qué pasó luego? ¿Por qué se enfadó la chica?

-Bueno, ya te darías cuenta de que tenía bastante mal genio. Estaba nerviosa, el chico no lo hacía bien. Reconozco que además a estas alturas yo he perdido paciencia. Se me olvida que cada sesión es la primera para los actores. En fin, peor para ella. Se fue sin cobrar.

-¿Cobrar?

Ella volvió a reír.

-Sí, claro. Los modelos cobran. Una cosa es que no hayan hecho esto antes, y otra es que no cobren. Yo misma se lo aclaro al principio: facilita las cosas. Y justo ella era la más interesada en el dinero. El chico sobre todo quería lucirse.

-¿No le pagaste a él?

-Sí, sí, claro que le pagué. Pero no contaba verdaderamente con el dinero, aunque fingía darle mucha importancia. Pasa con muchos, aunque debería ser al contrario: les parece que el dinero de por medio cubre las espaldas. Que hace más noble el asunto, menos sórdido. En fin.

Se hizo un silencio. Quizá, si hubiera contestado a su pregunta, si hubiera hecho un esfuerzo por decirle si me había gustado lo que había visto (o qué me había gustado de todo lo visto), habría seguido la conversación por ese rumbo y nos habríamos puesto a filosofar. Lo dudo: no me pareció su estilo, y ahora me lo parece menos aún. Pero ella parecía notar que mis precauciones la obligaban a tomar las suyas. Me dio rabia pensar que podría haberla defraudado. Más bien me dio rabia que me diera rabia: colocándome en la posición de quien defrauda o satisface le concedía a ella la ventaja definitiva.

Pero esa ventaja ya la tenía: me queda claro ahora, cuando recuerdo que al decir ella de nuevo *en fin* mientras se levantaba brusca de su butaca noté de golpe, por dentro, un deseo fortísimo (un deseo sin dudas ni precauciones, un gemido silencioso que me sorprendió a mí mismo) de que no se fuera.

Y no se fue. Se acercó al escritorio y desde allí me miró.

-Vamos a hacer una cosa. ¿Tienes un bolígrafo? Aquí no hay. Estos hoteles nuevos pierden las buenas costumbres.

Le tendí el mismo con el que ahora escribo esto. Ella apuntó sonriendo unos números en el margen de uno de los folletos del hotel.

-Te anoto aquí la clave para entrar en mi página. Es como una suscripción universal, y no caduca. Con ella puedes abrir cualquiera de las secciones, incluidas las de pago, claro, que son las buenas. Como la llave maestra que te dieron antes en Recepción. Es la que yo uso, y otros pocos socios de honor antes que tú.

Me tendió el papel, y yo lo dejé en la mesita sin mirarlo: hubiera sido como contar una propina. No dije gracias, pero fue por puro desconcierto. Eso me da rabia ahora, aunque no creo que a ella le importase demasiado: sonreía y de repente parecía decidida a cogerme simpatía o a mantener contra viento y marea la que ya me tenía. No me gustó aquello: o porque me sabía a poco, o porque de nuevo volvía a plantearse así, de una forma traidora, la cuestión de la ventaja. Tenerme simpatía iba a ser por lo visto su revancha.

-Será un honor que me devuelvas la visita. Aunque sea virtual. Me parece justo: al fin y al cabo ahora tengo ventaja.

Debí de poner cara de sorpresa. No me estaba leyendo la mente, pero por lo visto sí que pensábamos en los mismos términos. Ella sonrió.

-Porque yo a ti sí que te he leído. No tiene mucho sentido estar hablándote aquí de lo que hago si no lo has visto: ya sabes que en mi negocio es más verdad que en ninguno que una imagen vale más que mil palabras. De eso se trata, al fin y al cabo.

Volvió a sentarse.

-Y eso que fotos a secas tampoco era lo que yo quería ofrecer. Es curioso, pero no bastan. Hace falta siempre una línea, un parrafito bien elegido. El chico aquel, el diseñador, no había leído un libro desde que salió del colegio, y me dejaba decir sin hacerme ni caso. Y, sin embargo, sigue abonado a la página después de todos estos años. Es casi el cliente más antiguo. Así que me imagino que ya debe haberse dado cuenta de que lo que escribo, al final, sí que sirve para algo. Marca la diferencia.

Volvió a cogerme desprevenido aquella afición suya a los latiguillos. Se incorporó en la butaca y se rió.

-Así que ya sabes, si necesitas trabajo extra.

Nos reímos los dos. Bebimos un largo sorbo a la vez, y volvimos a reírnos. Le concedo a ella todo el mérito y la maña para introducir un nuevo tono en la conversación. Hablamos de mi trabajo, de aquel hotel, de hoteles. Le gustaban, como a mí, los grandes y los que llevan ya muchos años de rodaje. Y a falta de eso, prefería siempre un establecimiento impersonal a un hotel con encanto. Coincidimos en que era una plaga, el encanto. Ya lo pongo yo, el encanto, recuerdo que dijo. Elegía con cuidado los hoteles cuando preparaba sus viajes de trabajo: de esa parte le gustaba encargarse. Por gusto propio y por necesidades prácticas: le convenía encontrarse un personal más eficaz que afable, curado de espantos, buen entendedor, que no llevase la cuenta de las visitas a la habitación ni llamase a la puerta cada cinco minutos. Lamentamos ambos la extinción progresiva de esa especie de profesional hotelero.

Y le daba la impresión de que, si no todos sus suscriptores, algunos al menos sí apreciaban la elección cuidadosa del hotel adecuado. Le llegaban correos alabando el gusto para elegir un cuarto o una vista apenas adivinada tras las ventanas: también en el porno -sobre todo en el porno, por lo visto- había sibaritas.

Y para ellos, en realidad, trabaja. No da nombres de establecimientos, me dijo, ni filma fuera de las habitaciones (alguna vez se habían arriesgado en algún pasillo, brevemente, a filmar un preámbulo a la puerta del cuarto). Y nunca han escrito quejándose desde la dirección de ningún hotel: o nadie relacionado con ellos ve su página, o si la ven no se reconocen, o se reconocen pero prefieren no darse por enterados.

Le gusta pensar que consideran que la cosa, después de todo, no es mala publicidad para el establecimiento. No lo sabrá nunca, porque no

repite ciudades ni hoteles.

-Si entras en mi página, verás que cuando visito una ciudad donde hay alguno que tú hayas reseñado suelo quedarme en él. En realidad, nuestros trabajos se parecen.

Yo sonreí. Se me acababa de ocurrir que debía de registrarse, como yo, con nombre falso: en eso también se parecerían.

-¿Te parece?

-Sí. Aunque por la cara ya veo que no estás muy de acuerdo. Te diré, además, que alguna vez después de leer un artículo tuyo he querido discutirte un par de cosas. Recuerdo que escribiste muy mal de un hotel de las Azores que a mí me gustó mucho. Dedicabas media página a criticar los «obsequios cosméticos» del baño. Te hubiese matado.

Me reí. Recordaba aquella reseña. Y ella tenía razón: el hotel era excelente. Tenía un jardín que era casi un parque, una alberca de agua amarilla que humeaba y olía a azufre y un pabellón de baños con mosaicos mellados. Pero llegué después de un viaje largo y caótico para un número especial que pagaba la oficina de turismo de Portugal. Falló allí finalmente un ligue deslavazado que venía fraguándose de isla en isla a fuerza de casualidades tontas y que con desgana y todo me dejó mal sabor de boca al esfumarse. Durante toda la estancia noté a la espalda la misma amenaza de tristeza feroz que había asomado las orejas esa noche, en el salón de lectura, y que casi oía ahora rondando la puerta de la habitación, esperando a que ella se fuese.

Le dije que tenía razón, que estaba muy cansado cuando lo escribí. Ella hacía zozobrar con su índice el cubito de hielo sobre el whisky. Se veía ya muy disminuido: era casi pura agua. Lo hundía levemente, lo dejaba aflorar a la superficie y volvía a sumergirlo.

-Estamos todos cansados, ¿no?

Luego se puso de pie, sonriendo. La misma sonrisa del principio: como si no hubiéramos hablado apenas o como si no se hubiese dicho nada que mereciese un cambio en la graduación de la sonrisa.

-Cansados y con razón. Deben de ser más de las tres. Y no sé tú, pero yo mañana, hoy ya, madrugo.

En ese momento di por sentado que fingía su indiferencia. Ahora no estoy tan seguro. Tenía razón, era muy tarde. Y en realidad tenía razón en todo lo demás. Se le notaba la seguridad continua de tenerla. Un aplomo molesto que la hacía, claro, más deseable.

Nos miramos sin decir nada. En todo caso fue a causa de ese segundo de silencio por lo que dudé entonces y sigo dudando ahora. Una experta en hoteles como ella no podía dejar de imaginar lo que yo imaginaba -y ya decididamente deseaba- en ese momento. Sentí una ansiedad de la que fui consciente sólo al darme cuenta de que había

invocado su consuelo: la idea de que, pasara lo que pasara, antes o después se cerraría la puerta a sus espaldas y me quedaría solo y me sentaría a escribirlo todo en este cuadernito.

Fue un alivio cobarde. Escribir es de cobardes, creo. Me puse yo también de pie.

-En fin, ya nos leeremos.

Eso lo dijo ella apurando su copa y dejándola sobre la mesita. No supe si era verdadera aquella despedida. Le sostuve la mirada y no pude evitar pensar -con todas las palabras, absurdamente- una frase: «Esto no va a durar.» Y no duró. Dejó de durar mientras lo pensaba o porque lo había pensado. Dudé un segundo más, y resultó fatídico: quizá fue precisamente el que acabó de decidirla.

-Pedro ya ha debido de poner orden. Mejor te dejo. Es muy tarde.

No dije nada, paralizado como en un mal sueño. Ella me tendió la mano por fin, y me las arreglé para poder estrechársela.

No fue un apretón frío ni cálido ni lleno de sobrentendidos. No significó nada más de lo que tenía que significar: que nos habíamos conocido, que habíamos charlado, que nos dábamos la mano para despedirnos.

-Adiós.

-Adiós.

Salió del cuarto poniendo cuidado al cerrar la puerta. La idea de que ya sólo me quedaba sentarme a escribirlo y a entenderlo todo mejor dejó de parecerme un desquite aceptable.

No tienen conexión a Internet en las habitaciones del Reina Amalia: otro signo de desánimo ante su propio futuro. O de su poca fe en el futuro a secas: en este hotel se vive de embotellar el pasado. En Recepción, cuando pregunté al registrarme, presentaron la falta como una oferta y hasta una respuesta a exigencias de la clientela.

-La gente aquí viene a descansar de tanta pantalla.

A viajar al pasado, añadieron, poniéndose líricos. No sé si se referían al pasado supuestamente glorioso del hotel o a la época más reciente pero casi más remota -diez años, doce hará ya- en que no había *tanta pantalla*.

Los móviles están prohibidos o desaconsejados en las zonas comunes. Es verdad que tampoco los huéspedes aparentan ser del género fanático con ellos. En los sofás de cretona del salón principal y en los banquitos de hierro despintado del jardín se sientan, sobre todo, ancianas parejas de ingleses cultos y mal vestidos que a todo y a todos dedican sonrisas desalentadas. Desayunan temprano, dan por vistos enseguida los alrededores y pasean durante horas sus miradas críticas por los aligustres trasquilados del parque. Van sembrando repisas y veladores con libros de escritores ignotos y portadas estridentes. Pero ya se sabe lo que pasa con los libros así, sobre todo si son extranjeros. Lo mismo que a sus dueños y sus zapatillas de deporte incongruentes, no conviene juzgarlos por la cubierta. A veces ocultan más de lo que parece a primera vista.

Tampoco conviene sobrevalorarlos, sin embargo: al final libros y dueños traen a la mente probos clubes semanales de lectura y páginas escrupulosamente anotadas para el debate posterior.

Muchos de esos libros se han quedado para siempre varados en los anaqueles del cuarto de lectura del hotel, invenciblemente melancólico. Cría polvo allá una pequeña biblioteca de tomitos sueltos donde no faltan todos los que uno adivina desde lejos: Maurois, Malraux, Lajos Zilahy, Daphne du Maurier, Lawrence Durrells descabalados, Hemingways tardíos y sí, tirando ya por lo bajo, en la repisa a ras de suelo, Pearl S. Buck y un Papini desencuadernado.

También, claro, traducciones a varias lenguas de la correspondencia y el libro de impresiones sobre la comarca que escribió aquí el poeta escocés y huésped ilustre, de cuya estancia saca petróleo o lo intenta al menos la dirección del hotel.

Lo tienen en el pequeño expositor junto a la Recepción, donde lo venden a los huéspedes que no lo traen de casa. Pienso que debe de

ser el punto de venta más ajetreado en toda Europa de los libros del poeta: a todos nos suena y nadie lo ha leído. Con razón, quizá: yo lo he intentado aquí con su librito de viajes y se me ha caído de las manos. Qué poca gracia para las maldades y los insultos a los locales. Qué poco ojo también para los arrobamientos y las rijosidades patosas a propósito de mozas y efebos de la zona: casi todos nacidos de un error o una engañifa. Fue el primer turista en caer por esta zona en las trampas para turistas que se armaron a su paso con una celeridad y una intuición admirables. En lo esencial no se han mejorado, en realidad, desde entonces.

El hotel mismo es pura trampa, para qué negarlo. Y de eso me parece que sí se dan cuenta los otros huéspedes, lo bastante viajados o lo bastante británicos para detectar rápidos el desequilibrio entre sus pretensiones de buen tono, lo que realmente ofrece y los precios que cobra. «*No, not really good value*», comentaban mis vecinos de mesa esta mañana en el desayuno. La frase, con variaciones, ha pespunteado la conversación murmurada: cada cinco minutos se repetía de nuevo, como un estribillo que dicho con infinitas cautelas y matices y escrúpulos sirviese de ensalmo y mejorase el humor. Siempre alegra comprobar que era un timo lo que tanto deseábamos conocer y motivó nuestro viaje.

Por otra parte, el régimen libre de pantallas al que nos somete el hotel no debe de ser tan exigido por la clientela como me han dicho en Recepción. Desde primera hora hay cola para usar el ordenador antediluviano del cuartito sin ventanas que aquí llaman *business centre*. Sólo al tercer intento conseguí hacerme con el puesto. Estaba ocupado a la hora de esa siesta que esta clientela extranjera desconoce o desprecia; y también a la de la merienda y el té, cuando los salones encalados bullen (si no es eso mucho decir) de actividad antes de la cena. Tuve que esperar casi hasta las once de la noche para poder usarlo, y eso después de carraspear mucho sin que hicieran mella mis toses en un reconcentrado señor en shorts, con aire de lancero bengalí retirado de novela de Agatha Christie. Se eternizaba mirando fotos de los monumentos que le esperan en vano al otro lado de las puertas del hotel.

Más que sórdido, resulta insalubre el centro de negocios de este hotel. Tarda uno en acostumbrarse al olor rancio a tabaco del cuartuco (y eso que está prohibido fumar incluso en el jardín): flota en el aire y parece emanar del ordenador mismo. Es ya casi una pieza de arqueología y emite unas ondas electromagnéticas sedosas como telarañas que traté de apartarme de la cara por puro reflejo.

Abrí vidadehotel.com temiendo que hubieran instalado un filtro para las páginas porno. El cuarto no tiene puerta y cualquiera que pase puede ver la pantalla. Quizá ése es en realidad el filtro. El

ordenador se conectó después de dudar durante un minuto angustioso. Como tantas veces ya en estos tres días, tecleé la dirección de la página sin mirar: se acostumbran rápido los dedos.

Llevé la flechita del cursor hasta el ojo de la cerradura que aparece bajo el nombre de la página. Hay una advertencia poco taxativa a los menores de edad y los usuarios de países poco permisivos. La cerradura, como siempre, se iluminó y creció hasta ocupar toda la pantalla. Los cinco segundos de espera se me hacen cada vez más intolerables, casi insultantes.

Escribí la clave que me regaló ella. Me pregunto si al hacerlo dejo una huella en el sistema que ella podrá luego comprobar. No sé si me gusta o me avergüenza que sepa cuántas veces y durante cuánto tiempo he visitado su página en estos días. Y no sé si me alivia o me decepciona pensar que quizá no se moleste nunca en averiguarlo: que quizá esta manera precaria de comunicarnos es sólo imaginación mía.

Hace años el director de una cadena importante me pidió un prólogo para una antología de cuentos hoteleros: querían imprimir una gran tirada y dejar un ejemplar en todas las mesillas de noche de los establecimientos de su cadena. La idea no era mala, desde luego, y menos siniestra en cualquier caso que la Biblia de los americanos; pero los clientes de la cadena los robaban, y la cadena misma se volvió literal: para atar el lomo a la pata de la cama.

He olvidado todos los cuentos -y el prólogo no digamos- menos uno: un hombre y una mujer, tuberculosos incurables camino de sus sanatorios, coinciden por una noche en los cuartos contiguos de un hotel de viajantes. No llegan a verse ni a hablarse. Pero tosen y tosen toda la noche, y en el duermevela y el delirio de la fiebre creen entablar una conversación o entonar un dúo pared con pared. Los carraspeos y los espasmos se traducen en melodías de amor y promesas de consuelo. A la mañana siguiente el hombre sigue ruta y olvida todo. En su último hospital la mujer todavía alcanza a recordar alguna vez el dúo imaginario de esa noche.

Ahí estaban, tras el ábrete sésamo, las fotos y los vídeos congelados. Hay cientos, no he visto ni una pequeña parte aún. No sé quiénes son Candy, ni Steven & Susana, ni Dani & Leo; tampoco conozco las aventuras de la *Mañana de Carnaval en Río* ni qué habrá pasado durante las *Noches blancas en San Petersburgo* o la *Tarde de corridas en Ronda*. Pero ya reconozco el rostro de Linda y el cuerpo de Lewis; ya sé que Jennifer aparenta menos años de los que en realidad tiene, y cómo celebraron Joey & Billy su *Acción de Gracias con las gemelas*. Puedo reconstruir de memoria la decoración entrevista de muchas habitaciones de hotel, suites espectaculares y tabucos, bungalows de playa, terrazas con jacuzzis de aspecto clínico, vistas a

las azoteas de cientos de ciudades. También las camas, grandes, estrechas, redondas, dobles, con dosel, de agua, rodeadas de espejos; y los empapelados, los estucos y los trampantojos de buen o mal gusto, las vidrieras modernistas y los muebles más o menos anodinos, más o menos sofisticados, de tantos y tantos cuartos desperdigados por el mundo.

No es verdad lo que ella dijo. Nuestros trabajos no se parecen, y estamos en realidad en los lados opuestos del negocio. Yo visito hoteles, ella ha acabado por construir uno inmenso a base de retazos, laberíntico, a su medida y a la medida de cualquiera. Un hotel con todas sus puertas abiertas y todos sus cuartos siempre ocupados, con un servicio impecable, que ella dirige con pulso de profesional y en el que es tentador quedarse a vivir para siempre.

A veces me parece que reconozco algún cuarto en sus vídeos, e incluso creo recordarme entre cuatro paredes idénticas. Y luego descubro que menciona ciudades que no conozco. O miente ella o se equivoca o es mi memoria la que me engaña. También es verdad que por lo menos en los nombres de los que actúan no hay mentira: se da por hecho y todos aceptamos desde el principio que son falsos.

Bajé el cursor hasta el final de la página y vi lo que llevaba tres días esperando ver. Solidario, el ordenador mismo contuvo el aliento: amagó un hipo raro y se atragantó su zumbido radiactivo. En un cuadradito nuevo, sobre su rótulo correspondiente (Karinne & Leo), adiviné en miniatura la cara de la chica irascible del cuarto vecino, la que luchaba para ponerse la camiseta en el pasillo del Imperial y me había -¿o no?- insultado al pasar. Esperé un poco antes de hacer clic sobre su foto. Así que por fin Karinne. Empezaba a pensar que aquella mujer no habría sacado, al final, *nada en limpio* del rodaje (ésa es, releo y compruebo en mis notas, exactamente la expresión que usó en mi cuarto).

Pero no, allí estaba la chica de mal genio -Karinne, había que llamarla Karinne, también a falta de otro nombre-, mirando a cámara, con el gesto exacto de aburrimiento fingido que le había visto la primera vez, al otro lado de la puerta entornada.

Resultaba difícil reconocerla: salía más guapa de lo que me pareció en su momento. Más guapa o, sencillamente, más Karinne. Imposible explicar por qué y cómo la foto de la tal Karinne se parecía más a Karinne que ella misma. No porque saliese más favorecida ni porque la chica de carne y hueso que puedo imaginar resulte decepcionante o su recuerdo ya irremediablemente contaminado por la fotografía. Tampoco, eso pasa siempre y se da por descontado. La gente siempre decepciona en comparación con sus fotografías.

Me cansé de darle vueltas al asunto. Acostumbrarme a los

misterios de su página, me voy dando cuenta, se parece tanto a resolverlos que es fácil contentarse con eso. Moví el ratón y arrastré el cursor hasta la cabecita de Karinne. La flechita blanca se deslizó ágil y sin ruido. Todavía me sorprende tanta diligencia para encadenar consumaciones silenciosas.

Acabó por transformarse en una mano diminuta que dejé reposar sobre el rostro como una nariz postiza. Para ganar tiempo -tiempo para qué, me pregunto ahora- jugué a poner el minúsculo dedo índice sobre cada ojo, a subrayar con él el contorno de los labios. Esperé todavía un par de segundos, y luego hice clic.

Aparecieron en la pantalla muchas más fotos, la serie completa. Y el texto de acompañamiento como un cuento cortísimo, con la dosis justa de una vulgaridad que tal vez no fuese irónica. Me hace pensar en las entradillas que redactan en el periódico para mis reseñas: la misma jocosidad voluntariosa, la misma buena intención mecánica e increíble. Al principio me negué a escribirlas. Luego he acabado cediendo: a veces les imito el estilo y se las doy hechas. Es una venganza que quizá no perciben y en cualquier caso no comentan.

Me pregunto si escribirá ella también siempre sus textos.

Bajo los músculos y la cara de ángel de Leo, aunque nadie lo diría, hay un gran tímido. Y tampoco es fácil adivinar que la dulce Karinne puede llegar a enfadarse mucho… así que esta vez las cosas tardaron en funcionar entre nuestros dos nuevos fichajes.

Seguía explicando que Karinne acababa de pelearse con su novio y que Leo estaba ansioso por hacer buen papel y al final se había animado a una sesión en solitario. «Accidentada sesión», decía, sin explicar más.

Al leerlo me pareció respirar el aire enmoquetado del Imperial: ya para siempre el perfume de mi vecina de cuarto. Me pregunto si aquel *accidentado* me incluía como parte del accidente o me preveía incluso como lector. Me gustó pensar que aquélla era una broma a mi costa. Le pega gastarlas así: casi invisibles de puro afiladas.

Me fijé en detalles del cuerpo de la chica -de nuevo más alta, como la primera vez que la vi, en bragas, sobre la camasobre el cuerpo de él, en un brazo de él sobre la cadera de ella, sólo una mano, un antebrazo y un bíceps moreno.

También una esquina de la cama, y la colcha beige por el suelo, enredada en los pies de la chica. Había fotos de escenas reflejadas en el espejo del vestíbulo. La habitación que a base de fragmentos uno podía recomponer mentalmente se parecía muy poco a la que yo recordaba. Cambié de postura y esperé a que se cargaran las tomas de

vídeo.

-Buenas noches.

No estoy seguro de haber dado realmente un salto en la silla cuando he oído la voz a mis espaldas. En cualquier caso recuerdo así la escena. El cursor, sublevado en el peor momento, tardó una eternidad en obedecerme, ir a la esquina superior y cerrar la página. El corazón me latía muy fuerte y yo debía de estar muy pálido o muy sonrojado al volverme. Desde el quicio de la puerta me sonreía un hombre que hasta entonces no había visto por el hotel. Sin embargo, la cara me resultó familiar. Aparentaba unos sesenta mal llevados o unos setenta envidiables. Lucía un fular oscuro anudado al cuello, bajo una camisa blanca y un jersey de escote en pico. Todo prendas respetables, desde luego, aunque ya con sus años a la espalda. El pañuelo me desconcertó y hasta cierto punto resultó sospechoso: siempre lo son los pañuelos al cuello. En su caso exageraba casi hasta el disfraz un aspecto de director de cine, o de hotel, o incluso de dueño de todo aquello. No había entrado en el cuartito pero daba la impresión de poder hacerlo sin pedir permiso, de ser siempre legítimo propietario o heredero inminente de las cosas que le cayesen cerca. En realidad vestía como deberían vestir los ingleses jubilados que rondan por aquí: con un aire de veraneante otoñal poseído de su papel hasta resultar equívoco.

-Me dijeron en Recepción que estaba usted aquí.

Seguía sonriendo y sin mirar el ordenador, que quizá demasiado tarde mostraba el salvapantallas inofensivo de una foto antigua del hotel: la fachada del jardín y un hombre asomado a la ventana, todo en sepias y azules. En el momento no dudé de que había visto perfectamente la página porno. Quizá, pensándolo bien ahora, me equivoqué. Más que de tacto, su mirada desenfocada podía ser sencillamente signo del despiste tecnológico con toques de coquetería que suele aquejar a su edad.

Me sorprendió que en Recepción estuviesen tan informados de las idas y venidas de sus huéspedes. No me habían dado esa impresión, y por los salones y el bar no andan largos de personal al tanto. Se hizo un silencio incómodo. Sólo para mí, quizá: a él se le veía imperturbable. Y su placidez tenía algo de amenazadora. Acabé levantándome y preguntándole si quería usar Internet.

-No, no, en absoluto.

Pensé que podía ser aquel hombre una variante nueva de detective hotelero, encargado de velar por la moralidad de las páginas que se consultan en el establecimiento. Otro oficio improbable, desde luego; pero nunca hasta entonces había mirado yo páginas porno en un hotel.

Mi primer reflejo fue la culpa del niño pillado en falta. Luego me obligué a la actitud contraria: a defender, como adulto responsable que soy o en todo caso tengo derecho a aparentar ser, mi libertad para abrir las páginas que considere oportunas. Habló él antes de que dijese yo nada.

-Creo que quería usted subir a mi cuarto.

Volví a sentarme, desconcertado. La confusión total llegó cuando al hacerlo me fijé en sus zapatos. Ahora pienso que tendría que haberlos inspeccionado al principio de todo. Siempre olvido mirarle los zapatos a la gente, y hago mal. Ahorran tiempo y lo dicen todo.

No iba en calcetines, pero casi: calzaba pantuflas de fieltro. Quizá por pura casualidad -pero quizá no, y el detalle se volvía conmovedor- hacían juego con el fular al cuello. Unas zapatillas de posguerra, casi, vencidas hacia dentro tras el uso de muchos años. Supongo que se dio cuenta de que las miraba, pero no se dio prisa en despejar mi desconcierto. O no lo notaba o ni siquiera imaginaba que yo podía sentirlo. Durante el rato que pasamos juntos me dio la impresión de haber dejado para siempre atrás la capacidad para la extrañeza, la facultad de recordarla o de reconocerla en los otros. Al final resultó que ocupaba el famoso cuarto del poeta escocés. Yo había olvidado, la verdad, que había preguntado en Recepción si podía visitarse. Cuando me dijeron que estaba ocupado no quise insistir y lo di por visto. Podría haberme fingido estudioso o devoto del poeta, pero me cansó la idea de sumar otra mentira a las rutinarias de este trabajo.

El hombre del fular me explicó que salía poco de su habitación durante el día. Los recepcionistas le habían hablado de mi petición. Normalmente se escabullía y daba largas. Pero sabiendo que yo tenía tanto interés sentía mala conciencia al negarse. Si no me parecía demasiado tarde, ahora era un buen momento para hacer la visita. No había, prefería prevenirme, gran cosa para ver.

Se lo agradecí con más entusiasmo del que realmente sentía. La verdad es que lo que más me alegraba era salir del cuartito aquel, donde cada parpadeo de la pantalla era un guiño acusador. La puerta de su cuarto se abrió sin hacer ruido, tan discretas las bisagras como las luces bajas en el interior. Entró él primero. También me había precedido por las escaleras que llevaban a la habitación. Sin volverse para hablar, observando su llave con un ensimismamiento inquietante: como poseído de una rutina de guía turístico o la mala conciencia del guardés que enseña intimidades en ausencia de los dueños.

Por el camino yo también me fijé en su llave. O más bien en su llavero, que es distinto y más manejable que el medallón grueso de metal que cuelga por docenas en el casillero de recepción y lastra siniestro las llaves de los demás cuartos. Pesa tanto que parece

sobrenatural: llegado del espacio exterior, legado por una civilización perdida. Durante todo el trayecto noté el mío golpeando ominoso mi muslo.

Antes de entrar en el cuarto me preparé para encarar y desviar el latigazo de la intimidad ajena. El socavón de una cabeza en la almohada, la ropa revuelta -o peor, dobladasobre una silla, el charco acusador embalsado en un rincón del baño. Detalles que duelen el doble en los cuartos de hotel ajenos y frente a los que ya he aprendido a precaverme.

Me cogió desprevenido, sin embargo, la textura y el olor del aire allá adentro: trabajado, complejo, no necesariamente indicador de desaseo pero con la saturación de matices de los cuartos muy vividos. Sonaban de fondo, muy bajitos, los Cuarenta Principales en un transistor que no fui capaz de localizar.

Olores y música se apelmazaban en un solo efluvio que impregnaba todo, los muebles y los tapizados, la ropa y la piel misma. Hacía pensar en los objetos y las pieles ya invisibles que lo habrían emanado durante años y años. Más que entrar en la intimidad de este hombre ha sido al final su intimidad, indeseada, indiferente, avasalladora, la que ha entrado en mí. Me prohibí probar a descomponer en sus partes el aire cargado. Pero antes de poder evitarlo creí distinguir un aroma de infancia profunda y leche hervida.

Y es que había, en efecto, sobre una cómoda panzuda que no tiene mi cuarto, un hornillo eléctrico diminuto y un cuecelechesde bordes blancuzcos que tampoco hay en el mío.

Hubiera dado por vista la habitación a la primera ojeada, y el cazo me dio unas ganas enormes de salir de allí en ese mismo momento. El hombre me señaló unas butacas de horma más noble que las de mi habitación. Se sentó mientras anunciaba que desgraciadamente no bebía alcohol y no podía ofrecerme una copa.

No sólo las butacas: también las cortinas, el cabecero de la cama inmensa y el papel floreado de las paredes eran diferentes. El hombre me señaló el escritorio. Comentó sin particular unción que bien podía ser el mismo que usó el poeta escocés. No estoy yo tan seguro de que aquéllos fuesen los muebles de entonces, y en realidad me parece que tampoco él lo creía demasiado. Pero desde luego sí que pertenecían a una época anterior del hotel, como si el cuarto hubiese escapado a varios cambios de moda y reformas generales.

Quizá me leyó la duda en la cara. Descolgó de la pared un marquito con una pequeña foto, más amarillenta que sepia dentro de la orla ondulada de un revelado antiguo. Se veía la fachada trasera del hotel y el jardín recién plantado: unos cuantos arbustos enclenques y abrumados por una profusión de quincalla decimonónica. Cigüeñas de pacotilla pintada y bustos de flamante escayola y hasta una pequeña

gruta con su Virgen de Fátima. Por un segundo me agobió la sensación de haber visto aquello ya antes. Caí de pronto: era la misma imagen que servía, escaneada, de salvapantallas en el ordenador de abajo.

-Mire, aquí se ve al poeta. Es la única que se conserva de su estancia.

Me ha señalado la figurita minúscula asomada a una de las ventanas. Tan borrosa que sólo con muy buena voluntad se distinguían la barbita y la sonrisa de chivo famosas: las mismas de las cubiertas en cartoné de los libros que venden en Recepción. También presiden, ampliadas, el comedor de los desayunos. Debía de ser él, aunque no puede decirse que la barba o la sonrisa sean inconfundibles: las llevaban de ese estilo y enseñaban esos mismos dientes todos sus contemporáneos.

-¿Lo ve? Está asomado a esta misma ventana.

Anoche di por bueno de un vistazo todo aquello. Pero debo decir que hoy, después de desayunar, he salido al jardín con el cuaderno y me he sentado en un banco bajo la fachada trasera. No es difícil localizar la ventana del cuarto de anoche desde aquí: sus cortinas son las únicas que conservan un estampado más antiguo que el resto, y aunque son las once y media siguen echadas. No madruga mi anfitrión trasnochador, por lo visto. Me parece, la verdad, que la ventana está mucho más a la derecha que la de la foto. Quizá mi memoria no es tan fotográfica, quizá eran los cuartos más grandes en la época del poeta, quizá simplemente se asomó a otra ventana. Y ahora que lo pienso, lo de los pastores de Fátima es posterior en varias décadas a su estancia en este hotel. Debería cotejar las fechas.

Pero nunca lo haré y nunca lo sabré; ni me importa saberlo, ni en realidad puede decirse que importe en un sentido general: sucede como con el escritorio que supuestamente usó el poeta, como con el cabecero bajo el cual reposó en teoría su cabecita barbuda. Basta con creer que aquél era su cuarto, que sobre aquella mesa escribió sus cartas, para sentir el escalofrío del reconocimiento o sentir que se siente: es casi lo mismo.

Lo sentí yo anoche, para qué negarlo, al ver la foto aquella y pensar que estábamos ese hombre y yo del lado interior, que las piernas y los zapatos que no se veían en ella correspondían a los que hace años y años se habrían apoyado contra aquel alfeizar. Los mismos que hubiera visto yo de haberme sentado entonces en la butaca que ocupaba ahora.

Pensé que aquel cuarto se parecía a los cuartos que esa mujer colecciona en su página: que allí, como en su página, siempre estaba

sucediendo todo lo ya sucedido. Pura sugestión, desde luego. «¡Claro! ¡Como todo!», habrían dicho si hablasen la foto, el alféizar y la butaca y todo el ejército innumerable de las cosas impávidas que nunca hablarán, que no conocen más que su presente eterno de objetos e ignoran nuestra manía de adjudicarles un pasado.

El hombre de las pantuflas dejó la foto sobre la mesita que nos separaba y me habló dando por supuesto que soy un gran conocedor de la obra del poeta. No quise desengañarle.

-Yo, en cambio, después de todo este tiempo viviendo en su cuarto, no he leído ni una sola línea suya. No es pereza, no crea. Pero lo prefiero así: mejor no saber demasiado de él. Me daría miedo sentir que estoy de prestado o que podría volver ese señor en cualquier momento a reclamar su derecho. Una tontería, ya ve.

El hombre aquel tenía la virtud de desconcertarme sin perder nunca su aire de placidez. Le pregunté cuánto tiempo pensaba quedarse.

-Ah, ¿no le han explicado en Recepción? Yo vivo aquí.

Desde hace años, ha añadido, sin especificar cuántos. Vino por trabajo, le gustó el sitio, decidió alargar la estancia. Poco a poco se fue acostumbrando, adquiriendo sus rutinas, pactando con las cocinas unos almuerzos y cenas muy sencillos, muy caseros, cogiendo gusto a la vida de hotel, a sus comodidades. Como un resumen o un esquema de la vida que llevaba antes.

Siempre había sido, me ha dicho, un hombre sin sentido práctico. De alquileres precarios y pocos muebles y caseros abusones. Y haciendo números y apalabrando precios con la Dirección vio que le traía cuenta instalarse allá. A través de un escalafón ya algo desvencijado de gestores y gerentes, la familia propietaria aceptó su propuesta: ocupar de por vida y a un precio razonable el cuarto del poeta, que en esa época se conservaba vacío como pequeño museo (el orinal, el tintero, el palillero en pequeñas vitrinas). Le pedían sólo que se comprometiera a enseñar de vez en cuando el cuarto histórico a los turistas. El hotel ya pasaba apuros por entonces y de esa forma le podían sacar un rédito razonable a la habitación. Con su jubilación y alguna rentita le daba para pagar la pensión completa que acordaron.

-Ya se habrá dado cuenta de que he añadido alguna cosa. Y quitado las vitrinas, desde luego. De todas formas aquello era puro trasto, todo falso o casi. Acordamos que le ahorrarían a este cuarto las reformas, y fui trayéndome de los otros algún mueble a mi gusto.

Volví a fijarme en el cazo y el hornillo de la esquina. Después de escucharle me pareció que se habían transfigurado, ellos y en general el aspecto y hasta el olor del cuarto -que ya no olía yo pero que ahí debía de seguir, claro-: noté fraguarse en torno a mí una nueva atmósfera doméstica y permanente. Todo seguía en su sitio y sin

embargo me encontraba yo de pronto en las antípodas de donde había creído encontrarme. Ni sanctasanctórum del poeta remoto, ni habitación de hotel con pasado: estaba de visita en la casa de alguien.

-No se crea, para salvar el papel de la pared tuve que luchar y hasta amenazar con marcharme. Han acabado agradeciéndomelo: ya sabe que en este país gusta mucho hacer reformas, pero con los años se han dado cuenta de que estas cosas las entienden muy bien los extranjeros. Más adelante les vendrá bien este recuerdo del aspecto que tuvo el resto del hotel. Cuando yo falte lo pueden convertir en museo de mí, les digo en broma.

Ahora que recuerdo la conversación, vuelve a admirarme la habilidad que tenía para ofrecer un acceso vertiginoso a su intimidad sin desvelar más que su periferia. Supongo que es fruto de la soltura para los equilibrios que acaba desarrollando alguien que ha hecho de un hotel un hogar. Este hombre vive día a día instalado en la condición incierta del huésped permanente.

Ha enumerado las ventajas de su situación: el periódico matinal amaneciendo en su puerta, el almuerzo de puntualidad perfecta, las sábanas, las coladas y mudas diarias en las que ni siquiera piensa ya, el acople impecable de las señoras de la limpieza a su hora del paseo y el aperitivo en el jardín. Todo tentador, desde luego, y hasta cierto punto admirable. He vuelto a pensar en lo mucho que seduce la idea de convertirse en cliente eterno del hotel que ha construido ella en su página: en lo fácil que sería pasarse la vida entera explorando sus habitaciones.

En realidad, más que las comodidades lo que le he envidiado a este hombre es la solidez renovada a diario de su vida monacal: la dulzura casi insoportable de su retiro contemplativo, de ermitaño que como en el cuento famoso deja pasar lustros y siglos transido por el canto de unos pájaros transmutados en timbres antiguos de Recepción.

Me pareció que me daba pie para preguntarle por su trabajo anterior. Y sin embargo en el momento mismo de hacerlo la pregunta sonó indiscreta. Y perdonable, por lo visto y por suerte: me sonrió mientras se levantaba y se acercaba a su neverita.

-Un puesto de esos que ahora llaman *creativos*.

Se ha inclinado sobre el mueble abierto y ha sacado un bote de lata antigua.

-¿Quiere usted una infusión? Siempre tomo, a estas horas. Para coger el sueño.

Vi por un momento en las repisas del minibar las pruebas que corroboraban lo que me decía: fruta, media lechuga, un platito con el pedazo de tarta que le falta a la que emerge intacta todas las mañanas en el bufé del desayuno. En aquel momento, en aquel cuarto,

cobraban un aspecto alucinante.

Acepté por educación una tisana supuestamente somnífera, yo que tengo horror a las tisanas. Me revolvió el estómago y aún ahora me noto el destemple de la noche que he pasado en blanco.

El hombre aquel esperó de perfil, junto al hornillo, a que hirviese el agua que había cogido del grifo del baño. Se me hizo más intensa la sensación de haber visto ya aquella cara antes. Aquel lugar, ya lo he dicho, era propicio a las sugestiones, a la sedimentación de cosas sobre las cosas que lo ocupaban.

No di entonces con el parecido y sigo sin hacerlo ahora. Lo del trabajo *creativo* me hizo pensar anoche en actores, en artistas: plásticos y también de la canción ligera. Luego más bien en políticos y hasta atletas de diversas disciplinas que quizá asomaron la cara por las portadas de periódicos de hace muchos años. Probé sin resultado a imaginar su rostro proyectado en una pantalla, ante el atril de un mitin, sobre las tablas de un escenario, frente a las cámaras de una conferencia de prensa, incluso detrás de un mostrador al final. Pero no me sentí en la buena pista por ese camino. Más bien pienso esta mañana en alguien secundariamente famoso, por procuración o poderes, alguien que ha heredado la fama de alguien o la tramita y le da curso.

Quizá, se me ocurrió mientras bebíamos a sorbitos la infusión difusa, se trataba de un colega o un predecesor en mi oficio, un pionero olvidado de la crítica hotelera. A lo mejor hubiera debido estar yo al tanto de una leyenda del gremio que hablase de un padre primordial de todos los reseñistas de este país, un crítico errante misteriosamente desaparecido un buen día y con quien acababa yo de toparme. Escondido en el lugar más evidente y, por eso mismo, donde a nadie se le ocurriría buscarlo: retirado a su vejez en un hotel avejentado.

Hubiera sido grosero insistir, dejar caer un banal *su cara me suena*. El vapor del agua hervida volvió a reencarnarse como vaho melancólico en los cristales. Un poco por vencer la tristeza tonta de las tisanas, un poco por romper el silencio que parecía incomodarme sólo a mí, un poco por ver si así despertaba su confianza y le animaba a resolver el misterio, decidí confesarle el mío.

Expliqué las razones de mi estancia en el hotel y de mi interés por ver su cuarto. Por segunda vez en menos de una semana rompí el incógnito que hasta ahora he llevado a rajatabla. Las dos con perfectos desconocidos. O casi: la verdad es que no sabría en qué puesto de la escala del desconocimiento mutuo se sitúan quienes están unidos por un vínculo que quizá sea el más tenue posible más allá o más acá del extrañamiento total: el de los vecinos de cuarto de hotel.

En este caso ni siquiera teníamos en común una pared divisoria. Y

al contrario que mi vecina del Imperial, ni reconoció mi nombre ni recordó haberme leído. Y desde luego no se reveló como colega o crítico primigenio.

Sonrió sin mirarme y sopló innecesariamente sobre su taza, que ya debía de estar tan horriblemente tibia como la mía. Luego alzó de repente la cabeza y aguzó el oído y me pidió silencio por gestos. Nos quedamos callados y volví yo a escuchar el ruido de fondo de una canción trivial de radiofórmula en el transistor escondido.

Me miró después con una sonrisa astuta.

-Qué curioso. Están poniendo la misma canción dos veces seguidas. ¿Se ha fijado?

Yo, por supuesto, no me había fijado. Me había llamado la atención la música al entrar -una atención relativa: no es extraño que alguien se deje la radio encendida al salir de un cuarto o que la tenga siempre puesta como ruido de fondo y compañía- y luego había acabado dejando de escucharla y perdiendo el hilo musical de sus canciones: igual que, inmerso en él, ya no notaba el olor peculiar del cuarto. Me desconcertó descubrir que aquel hombre había estado tan pendiente de mi visita como de lo que sonaba en el transistor.

-Pues no, la verdad, no me he fijado.

El hombre no me miró al contestar.

-Sí, sí, acaban de ponerla.

Nos quedamos los dos callados de nuevo, y al cabo de unos segundos, en mitad del estribillo, la canción se cortó. Se hizo de pronto un silencio total: nos miramos y sentí un escalofrío. Nunca se escucha, pensé, el silencio en una radio.

Pareció que iba a durar para siempre, que nos íbamos a quedar eternamente así, callados, quietos, pendientes de la radio muda. Y luego hubo un carraspeo y un golpe seco y empezó a sonar una canción distinta. Creo que se saltaron varios puestos, porque sobre la melodía una voz anunció, brusca y sin la prosopopeya conveniente, el número uno de la semana.

El hombre de las pantuflas dejó escapar una risita.

-Qué gracia. Ha debido de quedarse dormido el locutor.

Luego removió su tisana, dio un último sorbo, dejó la taza sobre la mesa y volvió a hablarme.

-Ah. Pues qué trabajo tan bonito. Y qué difícil, ¿verdad?

Tardé en darme cuenta de que retomaba la conversación donde la había interrumpido el silencio de la radio.

-Entonces me alegro aún más de haberle invitado. Hágame el favor usted de hablar bien de este hotel. A ver si ayuda y no lo cierran. Qué haría yo, si cierran. Imagínese: adónde iba a ir a estas alturas.

No sé muy bien qué hora era anoche cuando salí de aquel cuarto, pero al echar las cortinas del mío ya renqueaba esta mañana de falsa primavera que me ha sacado al jardín con trucos de principiante. Me pasé horas dando en la cama mil vueltas que no me llevaron lejos. Ahora luce el sol, sí, pero noto en la espalda, bajo el jersey, el mismo viento delgado y gélido del que tanto se queja en sus cartas el poeta escocés, tan dotado para glosar la más imperceptible corriente de aire.

Porque antes de volver a mi habitación pasé anoche de nuevo por el cuarto de Internet. Crucé los pasillos silenciosos, iluminados sólo por las rendijas de luz bajo las puertas de los huéspedes ingleses, insospechadamente trasnochadores. Atravesé los salones del piso bajo, vastos como no aparentaban ser de día, congelados en un aire desaprobador a la luz naranja de las farolas del jardín que entraba por los ventanales. Encendí yo la del cuartito aquel del ordenador, y encendí el ordenador rogando para que la melodía estúpida del programa de arranque no turbara el sueño del recepcionista de guardia en su butaca tras el mostrador. Ni el del hotel mismo, que sentía respirar pesadamente a mi alrededor con los pulmones de todos sus huéspedes al unísono, exhausto tras cien años de guardia y servicio ininterrumpido.

Pude al fin abrir el vídeo rodado en el Imperial. Sin sonido se volvía más furtiva aquella repetición aumentada y mejorada de lo que había visto -y lo que sólo había imaginado- la otra noche en el otro hotel. Volví a tener la impresión de estar espiando al otro lado de la puerta. Más que por una rendija, vi a la chica y al chico como a través de un agujero de una cerradura imaginaria y perfectamente situada para abarcarlo todo. Vi cómo se había deshecho la cama y por qué había acabado sin sábanas el colchón. Nada realmente muy digno de ver, nada que no hubiera visto ya. Nada de lo que yo hubiese querido ver, en cualquier caso: los verdaderos misterios que aquella escena resolvía en falso. No vi las dificultades del chico para excitarse, no olí la moqueta nueva y hostil, no sentí el frío del cuarto ni oí la lluvia cayendo tras los cristales. En aquella peliculita parecía todo soleado y fácil. Escamoteaba un enigma a cambio de un acertijo archisabido.

No vi ni rastro del tal Pedro en el vídeo. Y no la vi, desde luego, a ella. Nada en toda la escena dejaba adivinar su presencia. En realidad estaba rodada para anular la idea de que estaba ella presente y aun de que existía. Salvo por el rastro indeleble, claro, del rodaje mismo: la cámara indispensable, el ojo que tras la cámara había registrado todo aquello. Algo que había que esforzarse en recordar y que quizá yo mismo hubiese olvidado, en otras circunstancias, si no tuviese tan presentes su cara y su conversación, si no pudiese imaginar con tanta claridad como lo hago ahora sus gestos y sus palabras, su tono preciso,

sus instrucciones técnicas.

Vi, en todo caso, lo que ella vio. O mejor dicho, lo que ella quiso que yo -y otros miles de abonados- viésemos. Por sus ojos uno lo veía todo. Todos los pliegues, las muecas, las posturas. Y sin embargo cuando acabó el vídeo me sentí decepcionado. Había encontrado ella el escondite perfecto.

No sé cuánto tiempo me quedé después mirando la imagen congelada de la página de inicio. Tardé en descubrir un rótulo rojo con letras blancas:

Nuestra hoja de ruta

Supongo que hasta entonces no lo había visto de puro evidente: presidía claramente la pantalla, junto al recuadro donde uno debía introducir el nombre y la contraseña. Está claro que esta mujer domina como nadie el arte de ocultar bien las cosas. Al pulsarlo se abrió una nueva ventana.

> *Éstas son las ciudades que visitaremos durante el próximo mes. Si vives en alguna de ellas y te apetece trabajar con nosotros, no dudes en escribirnos. Adjunta tres fotos recientes y recuerda que en la entrevista personal exigiremos al menos dos documentos que prueben que eres mayor de edad.*

Seguía una lista de varias ciudades con sus respectivas fechas. Una ruta errática, al menos a primera vista. Si se uniesen sus puntos sobre un mapa imaginario, la línea dibujaría la marca de un zorro particularmente astuto; un garabato en el que costaría desentrañar una firma o una intención. Quizá no las tenga.

Copié la lista en una hojita aparte y la metí antes de acostarme entre las hojas de este cuaderno. La tengo ahora al lado, sobre la mesa: seis nombres de ciudades bajo el membrete azul y melancólico de este hotel que tan caro se cobra el papel de escribir con pedigrí. He tenido que sujetarla con una piedra del jardín para que no se la lleve el aire. En realidad no importaría que saliese volando o ardiese por milagro en este mismo momento. Esta mañana me he dado cuenta de que en algún momento de la madrugada, durante el duermevela de ideas extrañas que ya he olvidado pero deben de haberse almacenado en algún cuarto contiguo del recuerdo, la aprendí de memoria.

Acaba de asomarse mi anfitrión de anoche a su ventana. Ha descorrido las cortinas y se ha apoyado sobre el alféizar, como si copiara la posición del poeta borroso en su foto amarilla. Podría estar yo ahora en la de quien hace cien años le enfocó desde abajo y dio

para siempre testimonio (dudoso, pero imborrable) de su estancia aquí. Son las doce pasadas. No madruga. No tiene razones para hacerlo: le esperarán puntuales para su desayuno fuera de horario, y para todo lo demás. Todo lo que contiene el mundo pequeño de este hotel se adaptará a su ritmo y a sus deseos a lo largo de este día y de todos los días idénticos que le sigan. Todo sucederá a su hora. Es aquí el rey de su tiempo y ejerce como huésped de las cosas más dominio que ningún dueño.

«Buenos días», me ha gritado. Desde los bancos vecinos del jardín nos han mirado molestos los escoceses lectores. El viento mismo ha sonado casi como un siseo bibliotecario.

Me ha preguntado si quería esperarle en el jardín para tomar a la una el aperitivo. Ha sido una oferta amable y tentadora. El aperitivo a una vida amable y tentadora, quizá: siempre de aperitivo en este jardín, durante este otoño y todos los que le sigan. Pasaría los días instalado bajo la ventana del poeta que sirve de dios tutelar postizo y eficaz al establecimiento. Y por las noches, también como huésped perpetuo, volvería puntual al otro hotel, el hotel de ella. He sentido en la boca un último regusto a la poción inútil que me dio a beber este hombre anoche.

Le he devuelto yo a voces el saludo, feliz por molestar a los ingleses y feliz, en realidad, por la conciencia eufórica de estar de paso. Anticipando el placer puro de irse del que se va, con la alegría de encontrarme de pronto una hoja de ruta ya preparada que me permite despedirme a la francesa de este hotel falsamente británico.

-No puedo, gracias. Salgo ahora mismo.

Claro que en cuestión de hoteles las despedidas son siempre a la francesa. Es verdad que sus cuartos y sus armarios ofrecen sumisos el placer de su ocupación. Las baldas y los cajones acogen los símbolos de nuestra existencia y en sus perchas flamean nuestras camisas como banderas sobre islas conquistadas sin esfuerzo. Pero ella acertaba: viajar con un propósito lo cambia todo. El placer de ocupar habitaciones vírgenes ahora mismo me parece pobre, comparado con la alegría de vaciarlos y la felicidad contraria de irse sin mirar atrás: hacer las maletas, consultar el mapa y marcharse.

La vida de hotel

Esta semana nuestro crítico alarga el verano viajando a la playa a destiempo. Decidan si es buena idea aprovechar las ofertas de otoño del Hotel Marina Real para engañar al calendario.

FUERA DE TEMPORADA

¿Recuerdan ustedes que hace un par de años ya reseñé el Marina Real en un extra Verano? Lo han olvidado en todo caso en el hotel, donde no me ha parecido que el personal se acordase de mí (yo sí de ellos: ya saben que tengo memoria fotográfica cuando se trata de un buen recepcionista). Vuelvo ahora y ya aviso de que nada por aquí, a primera vista, ha cambiado mucho. Salvo la época del año: eso, en esta clase de hoteles, lo cambia todo. No ha sido difícil esta vez conseguir un cuarto con vistas al mar. Demasiadas vistas, quizá, y demasiado mar: sube la humedad hasta este piso y ahora, mientras escribo, una marea viva de otoño acaba de tragarse la playa bajo el promontorio.

La habitación combina muchos lujos anticuados y pocas comodidades modernas. En su día fue el último grito del veraneo selecto y a la moda. Me recuerda un poco el hotel desde el que les escribí la semana pasada. Pero en el aire húmedo del Marina no se respira por ahora peligro de quiebra ni cierre inminente. Con sus mansardas de pizarra y sus balcones historiados, con sus repintes cicateros en varios tonos de blanco, a falta de castillo y catedral, acaba siendo sobre su colina el monumento más sólido de esta ciudad con alma hotelera y enemiga de los sobresaltos. El mar y el puerto no le han inspirado nunca ínfulas aventureras.

Cuando llegue el momento de la reforma no faltarán concejales voluntariosos, licencias rápidas, filántropos locales. Se añadirá un spa *o un* resort *al letrero venerable sobre la fachada, se alicatarán todos los baños hasta el techo.*

Las austeridades y el remoloneo a la hora de acometerla nacen en este caso de la inercia de buen tono que preside la vida entera de la ciudad. Y del apego a la rutina de una clientela a la que desconcertaría volver un enésimo verano para encontrar las cosas cambiadas de sitio, repuestos los radiadores, suprimidas las corrientes e incomodidades que tanto juego dan en las conversaciones.

Éste no fue, al principio, un hotel sin pretensiones. Pero las que le quedan hoy son heredadas. Las aristas y estridencias han acabado pulidas

por los casi cien años de uso que limaron peldaños y destiñeron tapizados. Fíjense bien si lo visitan: no hay nada aquí que no esconda un zurcido, un parche, un repinte, un remiendo. Tras los dorados y los estucos, en este Marina Real reinan en la sombra el pegamento universal y el 3 en 1.

Habrá a quien deprima este apego al apaño. A mi me cayó bien la primera vez su destartalamiento discreto y hacendoso. Aquel verano paseé mucho por el jardín de hortensias desmadradas. La cizaña asomaba entre las calvas de los setos. Se jugaba a las cartas, se oía el rebote de pelotas de tenis y zambullidas en la piscina absurdamente profunda. En esta segunda visita no lo he pisado, en cambio. Están apiladas bajo lonas verdes las mesas y las sillas, el césped siempre húmedo e impracticable para mi mal calzado.

Y dentro los salones vacíos y los pasillos huelen a un producto de limpieza antiguo, a algún ozonopino inencontrable ya en el mercado y procedente tal vez de fabulosas reservas acumuladas en los sótanos. Me han dado a mitad de precio una habitación más alta que amplia, con molduras inalcanzables y mirador a la playa. Por las rendijas entran la humedad y el aire salado. Todas las mañanas los muebles aparecen cubiertos de un polvillo blanco que sabe a mar y a medicina, y me he acostumbrado a dejar resbalar el dedo por el respaldo de las sillas y a llevarme la sal a los labios en los tiempos muertos que paso en el cuarto.

No fueron muchos, por otro lado, porque me dolía cada minuto perdido lejos de ella o de la posibilidad de encontrarla. Llegué a aquella ciudad, la primera de su lista, cuando según sus fechas ya estaría a punto de irse. Sería difícil descubrirla y casi lo preferí así. No contaba con hacerlo a la primera y en el fondo me habría desconcertado. Quizá más que a ella.

Atardecía temprano, lloviznaba a ratos y el sol sólo lucía de vez en cuando, sin secar las aceras ni calentar el aire. Me alojé sin dudar en el Marina Real: mi reseña de hace tres veranos hubiera podido servirle de orientación y guía. Al fin y al cabo resultaba más perdonable seguir su pista si era ella quien creía estar siguiendo la mía.

No pregunté por ella en Recepción: temí la consabida perorata sobre el respeto a la intimidad de la clientela, y temí que luego la pusieran a ella sobre aviso. Además, qué podía preguntar, si sólo sabía que era alta y elegante y de unos cuarenta. Pero durante un par de días me pareció que estaba a punto de topármela en el vestíbulo o en el comedor, en cada vuelta de un pasillo. Al subir o bajar en ascensor me ponía nervioso cuando se abrían las puertas. Me preparaba, componía el gesto. Y luego nada, el corredor vacío o el aire estancado y mortecino del vestíbulo.

Al principio me obligué a pasar tiempo en los salones del hotel. Después, cuando quedó claro que ella no los pisaba, me dediqué a

pasear por las calles paralelas a la sarta de playas y peñas en que terminaba la ciudad de aquel lado. Fisgué en otros hoteles posibles. Quizá ella, al final, había preferido no seguir mi consejo sobre el Marina Real. Por caro, por incómodo, por poco práctico, por razones entre las que no quise incluir la posibilidad de que estuviese huyéndome: ni siquiera, en realidad, debía de imaginar ella que yo estaba allí. Mucho menos que iba siguiéndola.

Porque ni yo mismo acababa de confesarme que lo hacía. Todo lo contrario: más bien traté mientras estuve en el Marina de adelantarme a ella y sus gustos, de pasarme a su lado y enfocar las cosas tratando de adivinar el encuadre que hubiese elegido. Al salir de mi cuarto cada mañana ponía manos a la obra y acometía la tarea de ser ella: a fuerza de trazar a pie los mapas de sus posibles trayectorias acabé volviendo a mi cuarto cada noche convencido de conocerla un poco mejor.

Tardé en darme cuenta de que aquella forma de estar en la ciudad y verla por sus ojos era una variante nueva de un juego secreto que me inventé durante mi infancia de hijo único. Lo llamaba -o quizá no llegué a llamarlo nunca de ninguna forma y el nombre se sedimentó sobre el recuerdo en algún momento posterior que ahora he olvidado- «Camino del cadalso». Debió de nacer de lecturas inadecuadas o de películas truculentas que seguramente no hubiera debido ver. El juego era sencillo: consistía en imaginar que veía por última vez lo que me rodeaba. En convencerme de que el paseo tedioso hasta el colegio o la caminata hasta el parque o el recorrido en autobús para cumplir con algún recado eran en realidad el último trayecto que hacía yo, un condenado a muerte en ruta hacia la ejecución.

Permitía ejercitar el don ilimitado para la autocompasión de todos los niños -y sobre todo de los niños sabihondos que aprenden pronto a mirarlo todo y a mirarse a sí mismos a través de libros mal entendidos. Teniendo en cuenta la modestia y simplicidad de sus medios, nunca dejaba de sorprenderme la potencia de sus efectos. Bastaba con decidir que el juego empezaba, bastaba con obligarme a imaginar que nunca volvería a doblar tal esquina o a pasar ante tal escaparate o a saludar a tal tendero, para que esquina y escaparate anodinos se transfigurasen en cosas de trascendencia abrumadora. El paisaje cotidiano, la previsible sucesión de bocacalles y alcorques, se volvía de pronto dolorosamente real y se grababa en mi retina. No tenía pudor, como no lo tienen los niños, a la hora de emplear la sensiblería para autosugestionarme hasta las lágrimas. ¡Adiós, calles! ¡Adiós, portales y porteros! Aquélla era la última vez -¡Ah, de veras *la última!*- que veía las cosas ya tan vistas. Lo más portentoso era que al fingir esto, por un segundo, cuando el juego llegaba a su cumbre silenciosa y secreta, se convertían en cosas que yo veía por primera

vez.

Camino del cadalso imaginario, yo mismo era el oyente al que contaba mis propias historias, el espectador para quien filmaba y proyectaba mis impresiones. Se me ocurre que esta persecución es, quizá, una variante más complicada del mismo juego, inventada por una variante más complicada del mismo niño, que se ha cansado de entretenerse a solas y ha acabado buscándose otras compañías.

Había muchos hoteles en la ciudad. La mayoría los descarté al primer vistazo. Por íntimos, por indiscretos. Con sus jardines en miniatura y sus diez o quince habitaciones, imitaban las grandes casas de veraneo que la alta burguesía de las provincias de secano construyó por la zona hace cien años. Las imitaban o directamente las ocupaban: muchos de aquellos chalés pretenciosos -*hoteles, hotelitos*, los habían llamado en su día sus dueños aunque fueran casas privadas, tomando prestada la acepción francesa de la palabra: *chalet* no se decía entonces- no habían sobrevivido al reparto de la herencia del patricio fundador. Se habían malvendido y convertido en hoteles de los de verdad por fin, más o menos pretenciosos a su vez, en un alarde curioso de justicia etimológica.

Los gustos de esa burguesía habían cambiado, por otra parte. O nunca volvió a ser tan alta. Muchas casas se habían derribado, y ocupaban su solar bloques de pisos con la pintura roída por el salitre y tristísimas tiendas de artículos de playa en los bajos.

A la playa no fui apenas. A ella le habría deprimido la arena siempre húmeda, el mar soso, las olas batiendo tontamente contra las rocas. Ofrecía, sí, la ventaja estratégica de la visibilidad en cientos de metros a la redonda, a pesar del vaho que emborronaba las cosas por la tarde. Pero nunca me crucé con ella. Sólo los jubilados la recorrían de punta a cabo durante la marea baja, con las perneras arremangadas y los pies morados de frío.

Me fui retirando hacia el centro, lejos del barrio de veraneo, de las calles desiertas y los chaletitos cerrados a cal y canto. Porque había también una ciudad de invierno que fingía creerse a cientos de kilómetros de la costa. Allá los nativos ponían mucho cuidado en mostrarse condescendientes con la playa. Muy pocas veces pisaban el paseo marítimo -jamás antes del atardecer- y ni en agosto vestían manga corta. Recordé que ya en mi primera visita me había resultado fácil distinguirlos por su palidez cristalina, atrincherados tras rebecas y fulares en pleno junio frente al moreno despechugado de los forasteros.

El centro no era bonito ni feo. Volvió a cansarme enseguida todo, el parque copudo y relamido, las cafeterías cegadoras rebosando a la hora de la merienda, los grumos que formaban las horas al escurrirse despacio por una ciudad que se sabía sin interés fuera de temporada y

adoptaba medidas para afrontar el invierno. No me dejé engañar por tanta fingida resignación colectiva: sabía tan bien como sus propios habitantes que tampoco en verano llegan a quitarse plazas ni playas el velo de ñoñez que no ha dejado de cubrirlas ni un solo día de los últimos cien años, desde la era supuestamente gloriosa de los larguísimos veraneos por lo fino.

Solía volver al hotel cuando se iba haciendo de noche. A la hora en que se encendían las farolas llegaba del mar una humedad que acababa en llovizna. Uno sólo la notaba al descubrirse la chaqueta empapada o cuando una gota de agua, condensada en secreto, rodaba lenta por la mejilla.

Sólo una tarde hizo bueno. A última hora se abrieron las nubes eternas, salió el sol y calentó como quien llega tarde y se hace perdonar con aspavientos. Empezó a picarme el jersey. Las farolas se encendieron a su pesar y lucieron inútiles en el aire tibio. Yo mismo me sentí molesto, casi ofendido. El buen tiempo me alcanzaba con el paso cambiado y sin ganas de desabrigarme. Volver al hotel y encerrarme en la habitación me parecía odioso. Y con las cafeterías tampoco se podía contar, porque veía desde la calle que se habían quedado vacías: la clientela, como quien no quiere la cosa, se acercaba al paseo marítimo por bocacalles discretas, a solas o en grupitos que disimulaban que iban a ver la puesta de sol frente a la playa. Piaron los gorriones intempestivos en las aceras y se secó la tierra de los alcorques. Me pareció que todo aquello alejaba la posibilidad de encontrarla.

De mal humor, a la desesperada, me metí en un cine. La taquillera me avisó de que la sesión había empezado media hora antes. Yo ni me había fijado en la película que anunciaban. Sólo quería refugiarme en la sala a oscuras y empalmar, a la salida, con la noche de otoño.

El cine, como el hotel y la ciudad entera, posponía un poco aún su reforma: no le había llegado todavía la hora del despiece en multisalas. En el vestíbulo verde hospital colgaban carteles de películas inverosímiles. Olía a las chocolatinas mustias del puesto de palomitas y goteaba la cisterna de un retrete. Me sentí mejor. No vi por ningún lado rastros de acomodadores, y acabé por entrar en el ruido de explosiones y gritos de la sala.

Había poca gente y pude elegir asiento. La película llevaba ya media hora, sí, pero estaba pensada para que uno pudiese hacerse cargo de todo cinco minutos antes del final. También aquello me convenía, y me habría desentendido de lo que pasaba en la pantalla -un coche submarino que también volaba, gente que se moría al ver una foto- si no hubiese sido por una pandilla de chicos menos adolescentes que su ropa. Entraron armando bulla y trastabillando y

riéndose.

Ocuparon la fila de delante. La visera de la gorra del más alto me tapaba la parte de la pantalla en la que pasaban las cosas. La había copiado de películas como aquélla, y se le iba pasando ya la edad de llevarla. A su lado, una chica no paraba de masticar y de dar gritos cuando él le hacía cosquillas.

Me noté el espíritu peleón que a veces se me despierta en los cines, y hasta un interés repentino por las aventuras del coche espacial. Hice crujir el asiento, resoplé, carraspeé, tosí y hasta chisté un par de veces: se redoblaron las cosquillas, los besos restallantes, las risitas. Acabé inclinándome hacia el chico para pedirle que se cambiase de sitio o se quitase la gorra.

Yo había dado por supuesto que esperaba el encontronazo, si no lo estaba provocando. Pero la verdad es que dio un brinco en su asiento y se volvió con asombro sincero. Yo mismo me llevé un susto mayor: a la luz de la pantalla reconocí, sobre la visera, el logotipo de vidadehotel.com, que a aquellas alturas ya hubiera podido dibujar de memoria. Nos sostuvimos la mirada un segundo. El chico, sin rechistar, digno hijo de una ciudad conjurada para no ahuyentar al forastero, se quitó la gorra; yo, mudo, me replegué a mi asiento.

En el Imperial ella había hablado de *merchandising* (y no, por cierto, con ironía), de gorras o camisetas. Pero no de cómo podían conseguirse. ¿Se comprarían en tiendas normales? A lo mejor vidadehotel.com tenía una tienda online que hasta ahora había pasado por alto. Lo dudé: ya me sabía de memoria todos los recovecos de la página.

A lo mejor ella misma las regalaba a sus actores o las sorteaba entre los abonados. El grupito fue olvidándome o envalentonándose. Yo me quedé muy quieto en el asiento, respirando hondo para calmar el pálpito que casi me dolía en el pecho, preparándome para el momento en que se encendiesen las luces.

La película tardó una eternidad en encontrar un final. Antes de que se iluminara la sala la pandilla entera saltó de sus asientos y se lanzó hacia la salida de emergencia. Corrí tras ellos. Al salir al pasillo casi me di de bruces con el chico de la gorra y su novia, que se habían quedado atrás y miraban absortos la pantalla de un móvil.

Los dos alzaron la mirada sin tiempo para cambiar la sonrisa de padres recientes que habían dedicado al teléfono. Les pedí permiso para preguntarles algo. El chico se puso serio y a la chica le dio la risa. No iban a facilitarme las cosas.

Mencioné la gorra y señalé con la barbilla hacia su frente. Ya no la llevaba, pero el chico, por pura inercia, también se la buscó con los ojos. Incluso ella, por un segundo, le miró el pelo. Luego volvieron a mirarme a mí, igual de impasibles aunque no exactamente hostiles:

más bien aturdidos, aún cortos de reflejos tras tantas pantallas sucesivas.

Acabaron reaccionando. El chico se rió y la chica se quedó muy seria.

-¿La gorra?

Volvió a reírse, y se rió esta vez también la chica. De la gorra, por otra parte, no había ni rastro: no la llevaba en la mano ni asomaba por ningún bolsillo.

-La gorra me la regaló ella.

La señaló con la barbilla, riéndose. La chica fingió sorpresa. No había nada que hacer. Improvisaron sobre la marcha una riña en broma, con risas e insultos. Al final ella fingió acordarse de que tenían público. Se puso seria para contestarme.

-No sé qué gorra.

Quise intentarlo hasta el final. Preveía ya la rabia y la noche larga en mi cuarto de hotel. Les dije que era importante, y yo mismo me soné a loco. Desde la calle se retorcían de risa y silbaban los demás. El chico y la chica les miraron de reojo, y se les contagió la risa mientras se abalanzaban hacia la acera.

Salí a la calle yo también, despacio. Me consoló ver que se había hecho de noche. Volvía a lloviznar y no era ya tan atroz la vuelta al hotel. Decidí que más que una ocasión perdida aquello había sido buen presagio e hito del buen camino. Recordé lo que ella me había contado, sus años de esfuerzo para perfeccionar la técnica de abordar a la gente. Quise tomarme aquel traspié como ella seguramente habría hecho: con deportividad. También yo tendré que ir aprendiendo a pulir mi técnica. Son, al fin y al cabo, gajes del oficio.

Por primera vez en todos estos años los del periódico se han negado a publicarme una reseña. No han querido la del Marina Real: la anterior está muy reciente y no hay razón para repetir. Tienen razón, desde luego. Al final, para salir del paso, sacarán una nota sobre un hotel de aeropuerto que ya ni recordaba haber enviado y que tenían, han dicho, *en la nevera*, para un caso imprevisto.

-En el minibar, como quien dice.

Han bromeado conciliadores sin dejar de recalcar lo del imprevisto, y ha quedado en el aire la pregunta sobre qué imprevisto podría estar siendo éste; y en el fondo la de dónde estaba yo metido. No han llegado a formularla y no me he sentido obligado a contestar.

Lo que sí han preguntado es cuál será el hotel de la semana próxima. Quedé en llamarles para decírselo. Pero quizá no lo haga. En esta segunda ciudad de la lista no hay, que yo sepa, ninguno interesante. Y en realidad sólo dos aceptables: uno es este Hotel Central en el que he decidido quedarme. Se parece a la ciudad: correcto, previsible, ni grande ni pequeño, céntrico e insípido como su nombre indica, menos funcional de lo que aparenta, ni siquiera lo bastante anodino para reclamar el derecho a su propia clase de misterio. El otro hotel está justo enfrente. Ésa es prácticamente su única diferencia. Y su gran ventaja: desde la ventana de mi cuarto veo todas las de su fachada y domino su puerta principal. Es como alojarse en los dos por el precio de uno. No será difícil, con un poco de paciencia y método en la vigilancia, averiguar al final si ella se queda en uno u otro.

No se me ocurre qué ha podido traerla hasta aquí. He llegado el mismo día que aparece marcado en su página. La víspera del viaje la pasé en la Estación Central de la otra ciudad, por si hubiese decidido viajar en coche cama. Consulté los horarios, llegué con tiempo de sobra y fingí despedir a alguien desde el andén mientras revisaba los compartimentos casi vacíos. Inspeccioné a los viajeros que subían, caminando aprisa de un vagón a otro. Si la hubiese descubierto en aquel tren me habría subido con lo puesto. Habría pagado la multa al revisor si había que pagarla, telefoneado al hotel para que me enviasen las maletas, comprado lo necesario para una o dos noches. En previsiones insensatas y prácticas como ésa, en realidad, se me van los días.

Me reparto entre los dos hoteles y duplico en salones, vestíbulos,

bares y comedores el ritual de acechanza que he ido perfeccionando. Me he asegurado con propinas y miradas torcidas las mesas y butacas estratégicas: las que dejan ver ascensores, mostradores, cabinas de teléfono, puertas giratorias. Casi no piso la calle. Estamos aquí más al norte, llueve ya sin pausa y las capuchas y los paraguas harán difícil distinguirla. Alguna mañana, después de desayunar, vuelvo a mi cuarto. Tumbado en la cama escucho el silencio del hotel, pautado por el gorgoteo de bañeras que se vacían. Cuando no puedo resistirlo más, me abrigo, salgo al balcón y se me van las horas asomado a la barandilla.

No la he visto a ella, pero sí muchas otras cosas, más de las que nunca esperé ver de niño desde la azotea de mi casa. Todas las mañanas llega a su cuarto en el hotel de enfrente, a la altura del mío, una pareja trasnochadora. Se asoman a la ventana malhumorados y corren las cortinas para todo el día. Sólo vuelven a abrirse al anochecer, cuando los dos, otra vez de buenas, salen al balcón en albornoz. Parece que la lluvia eterna les pone de mejor humor, y eso me los hace simpáticos. Tras ellos puede verse la cama revuelta y maletas abiertas sobre las butacas. Van y vienen por el cuarto durante un rato, secándose el pelo, abrochándose botones, y la luz naranja de las lamparitas tiñe el pedazo de alcoba que alcanzo a ver de una promesa de placeres por llegar que me encandila. Se van ya muy tarde, después de volver a por muchas cosas olvidadas. Hace dos noches, vigilando su salida del hotel vecino, vi que su trayecto era corto: cruzaron la calle sin abrir el paraguas y entraron en éste. Madrugué a propósito y a la mañana siguiente los encontré desayunando en una de las mesas contiguas. Subí corriendo a mi balcón para comprobar que efectivamente al poco rato desandaban su camino hasta el otro hotel. Los porteros de ambos se hicieron de acera a acera un gesto a sus espaldas.

Son mis favoritos, y todas las mañanas temo que no aparezcan a echar sus cortinas: me gusta saberlos escondidos en su hotel durante el día, de noche me consuela velar su sueño en alguno de los cuartos del mío.

Justo en la habitación contigua, a la hora en que ellos se acuestan, empieza a botar en la cama supletoria un niño que comparte habitación con sus padres: les obliga a tener siempre puesto el canal de los dibujos animados y a besarse a escondidas en el balcón, aprovechando sus raros descuidos. En otra, un piso por encima, se cambió una noche cinco veces de pendientes frente al espejo una mujer muy bien vestida que acabó por no salir del cuarto y que había desaparecido a la mañana siguiente, sustituida por un relevo inacabable de huéspedes anodinos con el aire de derrota que deja un largo vuelo nocturno.

En el primer piso suele desayunar -diseccionando los kiwis, bebiendo un café tras otro a sorbitos- y hablar por teléfono un hombre maduro con aspecto de galán de telenovela. Tiene muchos frascos encima de la cómoda y un ejército de trajes en el armario. Lo deja abierto de par en par durante la media hora larga que le lleva elegir la ropa del día. Cuando sale a la calle le está esperando un coche. El chófer copia o hereda sus corbatas.

A media mañana, cuando los cuartos se quedan vacíos, entra una legión de señoras de la limpieza. A la misma hora, exactamente, oigo a las de mi hotel trastear en los cuartos vecinos. Vacían papeleras y abren ventanas de par en par, ordenan todo aprisa, debaten si cambiar o no las sábanas de una noche y no siempre acaban por hacerlo. Se saludan a carcajadas de balcón a balcón al sacudir esterillas y remueven sin miramientos el aire doméstico que se habrá estancado en cada cuarto, meneándolo, desempolvándolo, barriéndolo, frotándolo y rociándolo con spray hasta obligarlo a replegarse al fondo de los armarios y a los últimos cajones de las cómodas -donde a veces, por milagro, se salva de la quema una horma desparejada, un libro con su marcapáginas, la tarjeta de un restaurante con un teléfono anotado o un estuche vacío de lentillas: cosas como las que yo he encontrado en los cajones de este y de otros cuartos. Cosas que ahora me arrepiento de no haber coleccionado: darían fe de toda una vida hotelera que empieza a parecerme un sueño largo o un paréntesis estirado sin razón.

El otro día volví a mi cuarto tras el desayuno y me encontré a una de las limpiadoras, de uniforme, tarareando mientras cambiaba mis sábanas. Sonreímos los dos, confusos, y como en los vodeviles iniciamos al tiempo un gesto de retirada. Tras una pantomima de interjecciones inarticuladas y de buena voluntad recíproca, acabé yo dejándola a solas en mi cuarto. No sé muy bien, la verdad, quién se había entrometido en la intimidad de quién.

Un día, a media tarde, entró en una de las habitaciones un hombre bien vestido que tomó posesión con gestos que traslucían una experiencia de años: entreabrió milimétricamente la ventana, enchufó su ordenador portátil, se sirvió una copa del minibar. Probó las luces y el somier, encendió y apagó la televisión después de zapear sin respiro de un canal a otro, colgó una camisa que le trajeron recién planchada.

Luego se sentó a escribir. Luego no hizo nada. Se quedó mirando la pantalla del ordenador, bebiéndose su copa mientras el cuarto se quedaba a oscuras y acababa disolviéndose en la penumbra del portátil. Me conmovió su pericia de solitario. Sus gestos me recordaron los míos.

Pero también veo el futuro sin moverme del cuarto: basta con asomarme al balcón que se abre sobre el chaflán de la fachada. Cinco pisos más abajo queda la puerta principal. Así que soy yo, antes que nadie, quien ve llegar por la bocacalle el taxi libre que esperan los clientes cargados de maletas; o a la guía turística atrasada que ya tiene a todo su grupo impaciente por visitar los improbables monumentos que sí esconde esta ciudad, después de todo; o a la pareja de amantes secretos, matutinos, noveleros, demasiado puntuales, que acordaron llegar por separado y esperarse en la habitación y fingen no conocerse al darse de bruces en la puerta del hotel.

Basta un poco de paciencia -a veces una cantidad sorprendentemente escasa de paciencia- para ver a esas mismas parejas separarse en la puerta sin adioses. Como un brujo en su bola mágica, contemplo yo muy bien lo que pasa luego y adivino lo que acabará pasando: cómo uno u otra o los dos, al doblar su esquina, llora desconsolado o enciende un cigarro o silba o habla por el móvil o mira el reloj y echa a correr mientras olvida el hotel y la habitación que deja atrás y lo que ha pasado en ella.

He ido perfeccionando mis poderes, o aguzando la vista. Hasta de noche, a la luz de las farolas, reflejado en los charcos, veo el porvenir: los solterones inverosímiles de anuncio por palabras, que llegan solos con su clavel en la solapa y su periódico en la mano, merodean ante la puerta y acaban por marcharse o por animarse a entrar y salir solos o emparejados al cabo de cinco minutos o de cinco horas; las parejas que se besan y palmean la espalda al principio y al final de la cena de matrimonios y que ya antes de perderse de vista se despellejan con una malignidad cuyos vapores llegan hasta mi quinto piso.

Y alguna tarde desabrida sólo veo el presente. La ciudad absorta en su ronroneo, las personas yendo y viniendo como en un dibujo de libro escolar: el frutero en su puesto, el albañil con sus ladrillos, la señora elegante mirándose en los escaparates, el guardia de la porra, casi hasta el muchachito con la bandeja de bollos en la cabeza que cruza por una esquina al fondo de todas las fotos de época. También me veo a mí, claro, en la estampa: el desocupado en su balcón, el personaje sin oficio reconocible ni beneficio aparente que rellena un hueco y se saltan las maestras en la explicación.

Me cuesta, sí, pero aún bajo a la calle cuando me canso de vagar por los pasillos o hacer tiempo en el salón, de mirar por la ventana y de esperar a que de un momento a otro sea ella quien doble la esquina o se baje de un taxi o descorra las cortinas en el hotel de enfrente. Voy a un café que queda al lado y mato las horas leyendo la prensa local y vigilando a la gente que pasa tras los ventanales. Me atiende una

camarera que da el tipo como modelo de vidadehotel.com. Si ella la hubiese visto la habría contratado. El café es céntrico y famoso: todos los forasteros acaban pasando por él. En realidad, al cabo de un par de días me he ido convenciendo yo de que ya había debido de hacerlo.

En sitios así bastan cuatro mañanas para hacerse habitual de la casa. A base de sentarme en la misma mesa, de buenas propinas y bromas fáciles, he acabado pegando la hebra con la camarera. Hoy, al quinto día, en su hora de almuerzo, la he esperado en la esquina del café y nos hemos subido a mi cuarto. No quería que la viesen conmigo los otros camareros, pero ha saludado a las recepcionistas al pasar ante el mostrador.

Le he preguntado si había posado alguna vez para vidadehotel.com al poco de entrar en el cuarto, mientras se desabotonaba la blusa. La falda ya se la había quitado, y se le veía en la cintura la marca de la hebilla de metal como un tatuaje en negativo: blanco y con los bordes rosados. Yo había decidido preguntárselo más adelante, aprovechando los diez minutos sobrantes antes de que ella tuviese que volver al trabajo: un rato durante el que se suelen decir verdades o al menos se pacta la licencia para fingirlas. Pero creo que he confiado demasiado en la desenvoltura de su saludo a las de Recepción. Pensé que podría pillarla desprevenida mientras me daba la espalda, aprovechando el flanco débil de su postura difícil. He tratado de preguntárselo como lo hubiera hecho mi vecina del Imperial, imitando aproximadamente el tono con que habló de su trabajo aquella noche.

Ella se ha dado la vuelta brusca y rígida, sentada aún en el borde de la cama. Ha dejado de desabrocharse. No le ha hecho falta entender la pregunta para captar perfectamente el tono: ha adivinado una trampa. Me he embrollado en explicaciones bochornosas. Se ha quedado muy quieta, siempre con las manos bajo la camisa, mirándome sin escucharme, decidida a no entender nada o a aparentarlo. Luego, bufando, se ha peleado por cerrar de nuevo la hebilla suelta de su falda. Ha creído (o ha querido hacerme creer que creía) que era yo quien le proponía rodar un vídeo. Me ha insultado sin gritos, y le reconozco el mérito de un efecto doblemente gélido y duradero: todavía ahora me baja por la espalda el escalofrío del «tú qué dices, payaso» del final. Ha salido, eso sí, dando un portazo.

No podré volver al café, desde luego. Y al bajar al comedor para la cena me ha parecido notar que las recepcionistas y hasta el camarero me miran mal.

Parece que la ciudad de los dos hoteles me reservaba todavía un golpe bajo. Esta noche, antes de subirme en este tren camino de la próxima, me he encontrado en su página con una nueva escena recién colgada. En las fotos he reconocido casi con terror la tapicería

desvaída del sofá, la madera blanquecina del cabecero, los azulejos de fondo de una escena de ducha bastante lograda en uno de los baños inconfundibles del Marina Real.

Lo tengo merecido, me he obligado a pensar y casi a decir en voz alta. La he buscado sin creer del todo que iba a encontrarla. La he seguido sin desprenderme, ahora lo veo, de una última reserva de ironía que me permitiese salvar mi orgullo siquiera ante mí mismo. Como si accediera a participar en un pasatiempo, un juego de mesa para mayores que no comprometía a nada y no me dejaba en mal lugar a mis propios ojos.

Ni, sobre todo, a los ojos de ella: a veces me daba la vuelta bruscamente, en la calle o en un bar, convencido de que la sorprendería observándome. Más de una vez al salir de una tienda o doblar una esquina he creído verla a lo lejos, caminando a mi encuentro o adelantándome por la acera opuesta. Nunca era ella o eso prefiero pensar: en dos ocasiones la mujer que hubiera podido serlo se esfumó sin dejar rastro, dejándome con dudas que todavía me quitan el sueño.

Y ahora lo voy entendiendo: temía en el fondo encontrarla y que se revelase de pronto en su rostro, en lo que ella dijese o callase, la descompensación abrupta y dolorosa entre sus pensamientos y los míos. Pero ya me canso de estar solo en mi sueño, de obligarme a no imaginar desenlaces para esta historia. Calculé mal mis fuerzas: pensé que seguirla así sería algo que podría hacer durante mucho tiempo. Que siempre, en el fondo, resultaría mayor el placer de hacerlo que el de dar con ella. Pero ya no sé si es tan buen arreglo esta forma de estar con ella sin estar del todo, tenerla casi a la vista y olvidarme de lo demás para poner todo el empeño en mantenerme a la distancia justa.

No sé cuándo ha dejado de parecerme razonable -y no se me escapa la ironía de la palabra en estas circunstanciasla posibilidad de que las cosas se queden para siempre así. Cuándo ha dejado de resultar suficiente esta forma de avanzar sin moverme, de sentir que me acerco sinuosamente a un desenlace, de pensar que seguramente un desenlace consiste en eso sólo, en irse acercando indefinidamente a un desenlace.

He hecho las maletas con un presentimiento de catástrofe muy distinto del que me hizo estar listo en un minuto en el Reina Amalia. He salido para la estación bajo el diluvio y la mirada reprobadora de los balcones y porteros dobles de los dos hoteles.

Es verdad que no he llegado aquí del mejor humor. Pero en mejores circunstancias también me habría resultado antipática esta ciudad. Tampoco me gusta el hotel, recién abierto sin reparar en gastos. Ofrece adminículos insospechados y se apresura en satisfacer necesidades que uno se desconocía. Y eso que yo recibo catálogos incesantes y creía estar al tanto de las chucherías tecnológicas que presentan todos los años en las ferias del ramo. Tras el tren nocturno han debido de verme cara de jet-lag en Recepción y me han ofrecido un *tratamiento posvuelo* en el *spa* subterráneo. Incluía bombona de oxígeno, masajes electromagnéticos y unas gafas de cristal líquido que proyectan imágenes relajantes.

Carísimo el tratamiento y carísimo el hotel, que no podré permitirme muchos días de mi bolsillo y no reseñaré para el periódico. No me siento capaz de escribir nada que no sean estas notas ni quiero poner a nadie en mi pista. Cuando venza el plazo para enviarles mi artículo, quizá le den doble espacio a mi vecino de página. Supongo que le alegrará, y no descartaría yo que haya estado acariciando la idea durante años.

Lo he escogido pensando en ella. Pensando como ella, en realidad. No sé si le gustará el hotel, pero desde luego es buen escenario. Este sitio se parece a su página. Sería un error de principiante tomar por crueldad el trato impecable, la previsión perfecta con la que se anticipan los deseos, la distancia medida al milímetro que se establece antes de cumplirlos. En realidad son los huéspedes los que la piden o la dan por descontada. Pagan su buen dinero por ella y se quedarían desconcertados si se suprimiese de pronto.

Y he tenido suerte de encontrar aquí una habitación. Alguien acababa de anular una reserva, y parece que todas las camas de la ciudad están ocupadas. Están ya en plena temporada de invierno las estaciones de esquí de los alrededores. Hay escarcha gris sobre los parabrisas y hielo en los alcorques. Se ven cubiertas de nieve las montañas inmensas que se asoman a la ciudad y el tren debió de atravesar durante la noche, mientras miraba yo la oscuridad tras las ventanillas, tan impenetrable que era difícil decir si no avanzábamos por un solo túnel durante todo el viaje.

Después de desayunar he salido a dar una vuelta. A la puerta legiones de huéspedes se embarcaban en minibuses y coches. Iban embutidos en ropas fluorescentes que deben de costar lo mismo que

semanas enteras de tratamientos antijet-lag. He vuelto pronto al hotel. Es el único refugio practicable en este paraíso definitivo de los deportes de invierno. Así se anuncia la ciudad por todas partes: hay revistas especializadas en todos los quioscos, rótulos con argumento -*Forfait, Snowboard, La pista negra*- en bares y discotecas, semanas blancas de oferta en las agencias de viaje. Se ven coches con esquís en las bacas, escaparates con la última moda nival, gafas de sol parecidas a las de cristal líquido que me ofrecieron en Recepción. Dejan un antifaz de piel blanca y desafiante sobre las caras morenas de la gente. Todo el mundo parece recién llegado o a punto de salir hacia las estaciones en las montañas. Hace frío y en este viaje siempre voy con un abrigo de retraso. Sopla por las calles un airecillo gélido y provisional, como si estuviésemos entre bambalinas y nada de esto importase mucho, como si la acción verdadera tuviese lugar lejos, allá arriba, donde se divierten los adultos.

Las otras ciudades, por lo menos, parecían al tanto de mi búsqueda. Participaban en ella aunque fuese para dificultarla. Pero me da la impresión de que ésta se niega incluso a darse por enterada. Teniendo en cuenta el resultado de mis corazonadas previas, podría ser una buena señal.

La cafetería del hotel estaba desierta, y preferí sentarme en el vestíbulo. Me entretuve observando a la mujer que ejercía de maestresala. Era la encarnación viviente de la eficacia. Evolucionaba experta, muy seria, nada fea, entre las mesas, ofreciendo café y té. Sus recorridos y sus gestos eran impecables, dignos de estudio, recuerdo de que todo tiene su arte, su forma de cumplirse con éxito. Vestía un traje sastre que sólo tenía de uniforme la pincelada de los colores corporativos en el cinturón y los zapatos.

Me he fijado en que ella misma, tras escuchar las peticiones, desaparecía y reaparecía con la bandeja cargada que depositaba sobre las mesitas bajas. Me ha sorprendido. Su tarea hubiera debido ser más bien la de comandar un ejército de camareros a los que transmitir los pedidos.

Apenas he necesitado hacerle un gesto -ni gesto ha sido: ha bastado con alzar la mirada y encontrar la suya- para atraerla a mi butaca. El café solo y los periódicos que le he pedido eran una excusa para verla de cerca y escucharle la voz. Ha sonreído -muy poco, pero muy bien- y se ha alejado hacia la pequeña barra de la esquina. Ha vuelto a sorprenderme ver que ella misma manejaba la máquina de los expresos. Y luego ha desaparecido a mitad de tarea. La diligencia que prometía sin palabras no ha estado a la altura de los quince minutos que ha tardado en reaparecer con un periódico en la mano. Sin bandeja, sin fajín de papel con el membrete del hotel: estaba claro que a ella le mortificaba mucho más que a mí la falta de esas formalidades

en un establecimiento que parece garantizarlos al huésped que llega y sin duda los cobra con creces al que se va. Me parece también que la simpatía o al menos el reconocimiento que me inspiraba ha sido mutua. Que ella apreciaba que yo apreciase la ausencia de esos detalles, como quien perdido en un país bárbaro encuentra al fin a quien habla la propia lengua.

Se ha disculpado al dármelo: hoy sólo era posible conseguir prensa local. En cuanto al café, la máquina se había quedado sin cartuchos y aún se retrasarían en reponerlos. No he llegado a preguntar por qué: ha bastado un gesto mío de muy moderada sorpresa para que ella me contase que a partir del mediodía se preveían algunos desajustes en la marcha habitual del hotel. Parece que la empresa propietaria y el director recién nombrado no han respetado lo que estipula el convenio sectorial. Por lo visto los sindicatos llevan semanas rumiando afrentas y planeando quejas formales. Justo para hoy estaban acordados paros y protestas.

Después de una pausa, con un gesto cómplice y dolido, me ha preguntado si no estaba oyendo nada. Me he acordado del hombre de las pantuflas en el hotel del poeta, de su radio inaudible atascada en un bucle de canciones repetidas. Yo, de nuevo, no oía nada, y se lo he dicho.

-Precisamente.

Ha contestado rápida, triunfal y amarga. Debería estar escuchando la música ambiente programada para sonar las veinticuatro horas del día en las áreas comunes del hotel.

Me ha señalado una taza sucia de café en una de las mesitas bajas.

-¿Ve? Pues eso en cambio no debería verlo. No tendría que estar ahí.

Pero no da ella abasto para cubrir las ausencias de personal. En realidad, me ha explicado, tampoco ella debería estar allí. No le corresponde a su cargo de mando intermedio. Pero parece que hoy muchos de esos mandos, y hasta *directivos* (pronunció las cursivas), han tenido que salir de sus despachos y ponerse a trabajar en Recepción y en planta. No es que se le cayeran por eso los anillos -aunque sí ha debido de quitárselos por un tiempo, porque he visto las marcas en sus dedos magníficos. A algunos con peor suerte les ha tocado hacer habitaciones o secar vasos en las cocinas. El Jefe de Banquetes estaba esta mañana sirviendo desayunos. Si las negociaciones no avanzan, me ha dicho solemne, el hotel descarrilará por la pendiente de la huelga encubierta hacia la guerra declarada contra los esquiroles.

Se ha interrumpido en ese momento y ha fijado los ojos en la puerta camuflada en un extremo del vestíbulo. Dos hombres vestidos de calle clavaban sobre ella un letrero en mayúsculas. Se podía leer

desde donde estábamos: era un folio común y corriente y estaba impreso en los caracteres de la tipografía estándar de cualquier procesador de textos. Tenía un aire casi artesanal que resultaba chocante en un lugar como éste, donde todo lo que se presenta al público ha sufrido un proceso previo de desnaturalización y acondicionamiento.

El cartel anunciaba paros de protesta del personal del hotel. También avisaba de que la contratación de personal de reemplazo era contraria a la legislación laboral vigente y se pondría en conocimiento inmediato de la Inspección de Trabajo.

Los otros clientes han empezado a levantarse. Sin despedirse, aquella mujer que me había ido pareciendo cada vez más guapa pero por la que ya no sentía yo la simpatía del principio se ha acercado a los hombres de paisano. Como artistas en la víspera de una inauguración comprobaban a distancia el efecto y la derechura del cartel recién clavado. Han hablado los tres en voz baja antes de desaparecer tras la puerta camuflada.

Tampoco he simpatizado con el personal y sus huelgas. No he dudado de la justicia de sus peticiones ni he negado sus derechos. Pero había avanzado demasiado en mi pugna para solidarizarme ahora con la suya. Si ella se alojaba en este hotel podría ahuyentarla el desorden. Obligarla a mudarse o, peor aún, a cambiar sobre la marcha esa hoja de ruta que ya he memorizado. Y en ese caso le perdería la pista para siempre.

La huelga inminente, los ruidos y voces que a falta de hilo musical sí que han empezado a oírse al otro lado de la puerta camuflada, la deserción de mis escasos vecinos en el vestíbulo: por primera vez en este viaje me he sentido huérfano y al cabo de mis recursos.

Y en vista de lo que ha pasado, ha sido una suerte que no estuviese yo a la altura de las circunstancias. No se me ha ocurrido qué hacer, dónde buscarla. No he visto otra posibilidad que la de obstinarme en la espera, ignorar los malos presagios y olvidar los desengaños sufridos ya tras tantas horas en balde en tantos vestíbulos. Creer sin fe y confiar sin esperanza en que apareciese ella de pronto en aquél, sentada a mi mesa como por arte de magia.

En cierta forma, pienso ahora, es justo eso lo que ha hecho.

Como en mi primera noche en el Imperial, he buscado en el periódico desplegado una última balsa salvavidas. Me he aferrado a la prensa local y su anestesia de certámenes de poesía invernal y maratones de esquí de fondo, a sus sedantes socavones y arcenes y trifulcas de concejales. Hubiera bebido con gusto el café pedido, pero no quedaba nadie a la vista para traerlo. Traté de olvidar la presencia acechante de aquella mujer en la ciudad, quizá en el hotel, en algún

lugar al otro lado del periódico, simultánea a mi lectura. Ella, que hacía quién sabía qué ni dónde, mientras yo evitaba alzar la vista y leía decidido a morir en el intento la sección de anuncios por palabras, sin perdonar uno solo.

> ***AMOR.*** *Recupéralo. Seriedad, rapidez. Pagarás después.*
> ***TATIANA****. Vidente desde niña. La verdad aunque haga daño.*
> ***FEDORA*** *Clínica. Abortos hasta 22 semanas*.
> ***URGEN*** *chicos/as no profesionales para vídeo y fotos.*

Ahora que escribo me sorprende que en el momento me saltase el resto del anuncio y siguiera leyendo. Me empeñé en fingir que no me había dado cuenta de nada, que de verdad pasaba de largo. Pero el corazón, delator, latía tan fuerte que me pareció que el eco haría temblar las paredes del vestíbulo. Creo que miré alrededor para ganar tiempo, con la excusa de asegurarme de que nadie se había dado cuenta de nada. Claro que no. Bien sabía yo que no había nadie en el vestíbulo; que, de haberlo, no estaría pendiente de mí; y que, aun de estarlo, ni el espía más perspicaz hubiera podido registrar nada en mi gesto. Me notaba petrificado. Pospuse todavía un poco el momento de releer el anuncio. Seguí terco con los ojos las líneas siguientes, una a una. Durante un tiempo eterno me entretuve en palpar mi angustia -era una angustia buena- y en probar sus límites, como un niño pospone el momento de acariciar el animalito prisionero en su cuarto.

> ***ESCÚCHAME*** *gemir y disfruta.*
> ***CASADA*** *paga. Sola en casa. Mayores.*

Leí sin enterarme de nada. Sabía, sí, por mucho que tardase todavía unos segundos eternos en reconocerlo, que había dado por fin con ella. Ese anuncio era de ella; era ella. Esperé todavía un segundo más, hasta que dolió demasiado. Y entonces, muy al tanto de que nadie en el mundo entero sospechaba nada ni podía seguirme en ese recorrido, volví despacio sobre mis pasos; desanduve con los ojos los senderos de letritas negras, aparté matorrales de números y lianas de señas y volví a encararme -con la magnanimidad olímpica que me pareció apropiada para mi triunfo y que ahora más bien me avergüenza- con el anuncio.

> ***URGEN*** *chicos/as no profesionales para vídeo y fotos. Sólo hasta el día 5. Sólo jóvenes, buena presencia*.

Seguía un número de teléfono móvil. *Urgen* y *buena presencia* me confirmaron que tenía que ser ella, tanto o más que el plazo coincidente con la fecha colgada en su página. Urgen. ¿Qué cosas urgen ya a nadie, quién exige ya buena presencia a nadie a quien vaya

a emplear? Sólo ella podía haber escrito aquello, tan ducha en el idioma de los anuncios por palabras como en el de sus pies de foto para su página. Sigo dudando si no soy yo quien le añade la ironía que creo adivinar.

Y la repetición tan fea del adverbio sólo, y el os/as ahorrativo y cursi. Tenía que ser ella. No debía de estar teniendo suerte en esta ciudad.

No quise dejar grabado en su móvil el rastro del mío, ni ocultar mi número al marcar el suyo. Supongo que estará acostumbrada a recibir llamadas sin remitente visible, pero esa cobardía podría darle de mí una mala imagen. Una estupidez, desde luego, pienso ahora: como si la propia llamada y la persecución previa que implicaba no diese ya, en realidad, la peor de las imágenes.

De camino al teléfono de mi cuarto he tenido que sortear montones de sábanas a la puerta de algunas habitaciones, bandejas de desayuno, hojas de lechuga, zapatos desparejados. A través de alguna puerta abierta se veían camas deshechas y cuartos abandonados a la carrera. Me he cruzado con un señor de corbata que llevaba en la mano un bote de spray. Ha evitado mirarme a los ojos y no ha saludado, contraviniendo todas las leyes de cortesía del personal hotelero. Su silencio ominoso era, por otra parte, el mismo que reinaba en todos los pasillos.

Era ella. He reconocido su voz en el seco sí con que ha contestado, aunque al otro lado del teléfono ha sonado distinta a mi recuerdo. La inquietud huelguista parecía haberse contagiado a la línea telefónica, alterada por zumbidos y vagos rumores. Me temblaba la mano con que sostenía el auricular, y he tenido que apoyar el codo en la mesita. Aparté de un manotazo los periódicos viejos y las dos botellitas de whisky del minibar recién vaciadas. Me había dado prisa en marcar después de beberlas de un trago, y ahora me arrepentía: tuve miedo de tartamudear, de encontrarme de pronto la lengua algodonosa y torpe.

Durante un segundo, absurdamente, he pensado que la conversación habría sido más fácil de haber ordenado antes la mesa. Por suerte, y ya que no exactamente fácil, sí ha resultado rápida. Al oírle la voz me he dado cuenta de que no pensaba decirle quién era. Me explicaría mejor cara a cara: había demasiado por contar y me arriesgaba a que me colgase sin contemplaciones. He contado con la línea defectuosa y con que no recordaría mi voz -y quizá sólo muy vagamente a mí mismo- al decirle que estaba interesado en el anuncio y con ganas de concertar una entrevista. Ella ha sido escueta. Me ha explicado la cosa en dos palabras -literalmente, «vídeos eróticos», dijo-, y me ha obligado a mentir cuando me ha preguntado por mis

años. Pude decir la verdad, en cambio, cuando reconocí que no tenía experiencia en ese campo. En eso estoy orgulloso de mi astucia: exageré la timidez como si no supiera que es en realidad una ventaja a sus ojos.

Se hizo un silencio durante el que intenté no pensar en nada. Leí una y otra vez, sin entender ni una palabra, el titular de la primera página de uno de los periódicos. Y justo entonces el timbre de otro teléfono -un *ring* rabioso de erres rudimentarias- resonó a la vez en mis dos oídos: el que mantenía pegado al auricular y el que me quedaba libre y abierto a los ruidos de mi cuarto. Perdí pie, como ante la versión sonora de esos dibujos de siluetas inextricables que no pueden verse a la vez y obligan al ojo a elegir. Luego habló ella al otro lado del auricular, por encima del -o más bien *junto al*- ruido del teléfono.

-Perdona un momento.

Entendí de golpe, como quien despierta de un sueño de caídas, que el timbrazo del otro teléfono venía a la vez de dentro y de fuera del que tenía yo en la mano. De fuera de mi cuarto, concretamente: llegaba amortiguado desde el piso de arriba, atravesando el techo.

El timbre doble dejó de sonar y la oí -ya sólo por mi auricular- contestar a la otra llamada.

-Sí.

¿Estaba ella justo encima de mí, entonces? Tampoco puedo descartar una casualidad telefónica o un efecto raro de los dos whiskys que llevaba encima, casi en ayunas. Se me fueron los ojos tontamente hacia el techo, como si pudieran atravesar tan fácilmente como el timbrazo el cielorraso de escayola y el hormigón escondido, el parqué intrincado y la alfombra de nudo que seguramente me separaban de las suelas de sus zapatos, quizá de las mismas sandalias de serpiente que calzaba en el Imperial. La imaginé sentada como yo en el borde de su cama, a un par de metros por encima de mi cabeza, en el piso de arriba, en el cuarto idéntico.

Ella habló brevemente por su fijo, sin bajar la voz ni molestarse en tapar el micrófono del móvil. Un breve morse de *síes* y *noes* bruscos. Agradecí, la verdad, cada segundo de aquella conversación brevísima que me daba tiempo a recuperar pie, aunque tengo que reconocer que la sensación de haber perdido el contacto con la superficie fiable de la tierra firme del mundo no era del todo desagradable: quizá no lo es nunca del todo en el segundo que precede al pánico, pienso ahora que recuerdo el golpecito traidor en la corva con que me saludó mi vecino de página en el hotel Imperial.

Hice memoria: no recordaba haber oído hasta entonces ningún ruido del piso de arriba. Ninguno de los trompazos y estampidos, corrimientos de muebles y rodar de canicas que acaban por llegar

siempre de los pisos de arriba en los hoteles y en las casas (hasta en los más silenciosos e insonorizados, incluso desde las más deshabitadas).

Dio finalmente las gracias a su interlocutor y colgó.

-Perdón. Por dónde íbamos.

No llegué a contestar. Me propuso enseguida una cita para el día siguiente, después de comer, en un café cercano.

-No es un café, exactamente.

También dan comidas, y es famoso por lo visto. Me ha dicho el nombre dando por hecho que yo habría oído hablar del sitio. Pero no ha parecido sorprenderse cuando le he dicho que no lo conocía.

-Bueno, pregunta. Las señas no las sé pero seguro que encuentras quien te diga.

Yo estaba desconcertado. Durante toda esta búsqueda había dado por hecho que sería yo quien iría a su encuentro. Por rebuscada querencia simétrica o sencillísima deformación profesional había imaginado nuestra segunda cita a solas, en otro cuarto de otro hotel. Me faltó valor para preguntarle dónde se alojaba y comprobar si realmente volvíamos a ser vecinos en éste. Accedí a todo y colgó ella casi inmediatamente, sin haber llegado a estar simpática en ningún momento.

En cualquier caso ha sido interesante y aun emocionantísimo escuchar cómo les habla ella a los aspirantes a modelo. Así exactamente imaginaba que lo haría, en realidad.

Pero esto se me ocurre ahora. En el momento no he tenido tiempo de pensar en nada: ha sonado de pronto el teléfono de mi cuarto. He dado un salto en la cama y he descolgado sabiendo que me esperaba su voz al otro lado de la línea, el juicio sumario y la sentencia en firme.

Pero no: llamaban de Recepción. Una voz apresurada, poco profesional, que confirmaba la huelga y ofrecía alternativas para pasar la noche en otros hoteles. Me he negado, aunque notaba que les disgustaba no desembarazarse de mí, y he colgado casi de malas maneras. No iba a alejarme de ella ahora que la tenía, quizá, tan cerca. En realidad esa llamada me ha parecido en el momento la prueba de que en verdad lo estaba, pisando el techo sobre mi cabeza. Han debido de ser ellos los que han interrumpido nuestra conversación para ofrecerle a ella lo mismo.

He respirado hondo y con ganas: me he dado cuenta de que había estado conteniendo la respiración. Me notaba algo mareado y he buscado un ancla en los muebles, la cama aún sin deshacer, la calle al otro lado de la ventana. Seguían en su sitio. Algo era algo, pero no

acabó de consolarme aquello. Ahí seguían, sí, pero no había manera de traspasarles un poco de mi vértigo, de desecharlos como el periódico viejo o la botella vacía en aquel cuarto y salir sin mirar atrás. Sentí que me miraban las cosas y me ninguneaba el paisaje de coches y semáforos en la calle como a un condenado. Pura exageración, desde luego. Pero realmente en ese momento el encuentro definitivo se me ha presentado como algo temible, y más temibles aún las horas que quedaban por pasar hasta la cita.

Entendí que siempre había contado con la posibilidad de hacerme el sorprendido cuando por fin nos viésemos. Pero había forzado las cosas y hecho trampa. La llamada me dejaba en mal lugar, y desde luego sin salidas airosas. En el café tendría que reconocer mi mentira. Ni hablar haría falta: bastaría con aparecer en la puerta o esperarla sentado a aquella mesa, justo en el último sitio del mundo donde hubiese debido estar. Sólo con verme allí adivinaría ella mis trucos de loco, mis cavilaciones, mi búsqueda insensata.

No supe, realmente, cuánto daría de sí su sentido del humor. Sospeché, para empeorar las cosas, que sería aún más terrible que ella se lo tomase todo a broma.

No me he visto capaz de esperar para comprobarlo. Sin darme tiempo a pensarlo he llamado yo a Recepción al minuto de haberles colgado. Han tardado mucho en contestar y lo han hecho de malos modos. Se oían de fondo ruidos raros, voces y pitos y cacerolazos. Casi grité al pedir que me pusieran con la habitación que quedase exactamente por encima de la mía. He tenido que repetirlo dos veces: al principio no oían, luego no entendían. Se han reído. Por primera vez tras toda una vida en este oficio, me han colgado sin miramientos en una Recepción.

He salido de mi cuarto a toda prisa. He caminado hasta el ascensor a la carrera, esquivando los platos y los cojines esparcidos por el pasillo: no era el primero que lo hacía, porque había ya trozos de loza y manchas de café en la moqueta y el zócalo. Los ascensores no funcionaban: parpadeaban desconcertadas las lucecitas de sus paneles y bostezaba rítmica una de las puertas automáticas, abriéndose y cerrándose ante la cabina vacía. No he caído en la trampa y he subido de dos en dos los peldaños de las escaleras de emergencia. Ascendía por el hueco el ruido de consignas coreadas por muchas gargantas, allá abajo.

En el piso de arriba, sin embargo, no se oía nada. Parecía pertenecer a otro hotel donde reinase la paz universal de los convenios colectivos. Una pareja anciana, muy seria, esperaba en pie, inmóvil, el ascensor, como si no viesen el desconcierto de sus paneles luminosos o no les desconcertase a ellos en absoluto. No había obstáculos en aquel pasillo, y todas sus puertas estaban cerradas. Lo recorrí calculando la

situación aproximada del cuarto que se superponía al mío. Llegué a una puerta idéntica a las otras. El último número sobre su dintel coincidía. No se repitió la suerte del Imperial: esta vez no había rendija por la que mirar. Tuve que contenerme para no aporrear la puerta cuando al fin llamé.

En realidad, para mi sorpresa, me salieron unos golpecitos correctísimos. Muy parecidos a los suyos cuando me devolvió la visita aquella noche. No se oía nada del otro lado. Y arruiné el efecto cuando al cabo de un minuto acabé dando otros, mucho más fuertes y ya francamente groseros, con los dos puños.

Sin resultado. El silencio absoluto me desorientó. Quizá mi cuarto no estaba justo debajo de aquél. Eché mano de un último recurso descabellado. En el momento me pareció una idea brillante, ahora veo que era propia de quien ya no se atiene a razones: saqué el móvil, marqué el número del anuncio, esperé a escuchar el tono de llamada al otro lado de la puerta. Incluso pegué el oído a la madera. No me importaba el aspecto lamentable que tendría si ella acababa abriendo.

Pero nadie ha contestado y ningún teléfono sonaba en ningún lugar. O más bien debía de estar sonando en un lugar inaudible casi en realidad inimaginable: el sitio donde ella quizá lo escuchaba sin cogerlo, en el centro de un laberinto al que no me unía ninguno de los hilos que aquella telefonía inalámbrica podía proporcionar. Ha saltado el contestador de serie de la compañía telefónica y he colgado. Por lo visto no ofrecía ni el consuelo de escuchar su voz grabada.

Muy despacio, uno a uno, he bajado los peldaños de la escalera de emergencia. El ruido de las protestas seguía subiendo desde el vestíbulo. De vuelta a mi cuarto no he tropezado con nada ni con nadie: ni siquiera estaban ya ante su ascensor los dos ancianos.

Ahora ya no me quedan ánimos para salir del cuarto. Y tengo que recordarme que no todo está perdido aún, que la veré mañana, para afrontar la noche que me espera. Es curioso cómo la perspectiva de la cita puede funcionar indistintamente como tormento y consuelo. Al oscurecer he visto desde mi ventana una larga hilera de clientes cargados con sus maletas: hombres y mujeres, ancianos y niños dejando el hotel en un éxodo penoso. Un mar de fotógrafos y curiosos se abría a su paso en las aceras. Los piquetes del personal del hotel no ayudaban: enarbolaban pancartas y coreaban eslóganes. Al principio a capela (y voz en grito). Ahora suenan ya más festivas sobre un fondo de panderetas y zambombas.

No sé cuántos huéspedes resistimos en nuestros cuartos: a media tarde había alguna cabecita asomada a las ventanas. Cuando el frío me ha hecho cerrar la ventana del cuarto no se veía ya a nadie. Desde la azotea del edificio, a mi derecha, dejaban caer un cartelón con letras pintadas a brochazos. Lo han fabricado con sábanas cosidas y me han recordado las que en el Imperial hubieran debido sugerir jaimas en la azotea del bar en las alturas.

Escribir mata el hambre y da frío: me noto los pies tan helados como el radiador del cuarto. Me he envuelto en el edredón para tomar estas notas. Algo abriga, pero no aplaca la desolación de mi propio vaho al respirar. Del mundo exterior no llegan buenas noticias; hace un rato alguien ha deslizado bajo mi puerta una octavilla con rimas ripiosas y exigencias a la dirección. Quizá razonables pero casi ilegibles: la calidad de la fotocopia es tan precaria como su gramática. Me he asomado al pasillo pero ya no había nadie. Ni nada nuevo en el paisaje desolador: los amasijos de toallas, las bandejas volcadas, las puertas abiertas de par en par.

Cuento con las reservas de alcohol del minibar para que al menos esta noche no consigan rendirme por el hambre. No han cortado, por suerte, la luz ni el agua: gélida pero corriente. Tampoco Internet: en el peor de los casos podré refugiarme en los cuartos siempre disponibles que ella tiene en su página.

Porque no creo que consiga dormir: sigue la juerga musical en el

vestíbulo, y ahora suenan risas, y gritos, y portazos, y carreras, y llamadas a puertas del otro lado del pasillo. Yo he atrancado con una silla la mía, por si a alguien se le ocurre usar la llave maestra de las gobernantas.

Suena una televisión a todo volumen en la habitación contigua; alguien, en el piso de abajo, debe de estar golpeando el techo con una escoba. Sólo desde el cuarto de arriba, entretejida con el propio frío, cae la manta espesa de un silencio de tumba.

Esta mañana me han despertado unos golpes a la puerta. Me dormí de madrugada, envuelto en el edredón y de bruces sobre el escritorio, delante del ordenador encendido. En realidad estaba tan amodorrado que al abrirla no se me ha ocurrido pensar que quizá era ella en persona quien venía a visitarme.

Me he ahorrado así una decepción o un alivio: era otra mujer, la misma que me atendió ayer en el vestíbulo del hotel. Con ojeras violetas y ojos brillantes, animada y afónica. Volvía a lucir anillos y había perdido el fular de los colores corporativos. Notaba yo la resaca de mi cena a base de botellitas del minibar y le he notado a ella los signos de otra monumental.

No me ha reconocido o ha fingido no hacerlo. Me ha avisado brusca de que el hotel se clausuraba. La dirección pedía a los clientes aún hospedados que abandonaran el establecimiento. Explicó algo sobre indemnizaciones y resarcimientos que no tuve humor de escuchar. La dejé con la palabra en la boca y no estaba ya cuando salí del baño.

He estado en muchos hoteles a cuenta del periódico, pero ésta ha sido la primera vez que me voy de alguno sin pagar. No hubiera podido hacerlo, por otra parte, aunque me hubiese empeñado: los mostradores de Recepción estaban desiertos y nadie en los corrillos de empleados me ha mirado al pasar por el vestíbulo. Era ya de día pero seguíamos en penumbra: no estaban encendidas las luces y había cartelones pegados a las cristaleras que daban a la calle.

La primera vez que no pago y la primera vez que robo, yo, que jamás me he llevado un cenicero. De camino a la salida me irritó la indiferencia del personal: quizá por comprobar que no me había vuelto invisible, y también porque de verdad tenía hambre, me he dado la vuelta y he entrado en el comedor de los desayunos. Estaba vacío. Alguien había apoyado dos sillas para impedir que se cerrasen las hojas de la puerta batiente que se abría a las cocinas. Del otro lado se apilaban cacharros sin fregar.

En el comedor había mesas sin recoger con restos de cenas, platos sucios, servilletas arrugadas. Me senté a una redonda e inmensa, puesta para muchos comensales. El mantel estaba manchado de vino. Tomé dos cucharadas de una tarta que nadie había probado. Flotaba como una isla desierta sobre un mar púrpura de helado derretido, y me he sentido yo como un náufrago.

Al fondo estaba el bufé del desayuno, intacto y perfectamente

dispuesto. Pero no ardían los infiernillos bajo las fuentes de metal. Las salchichas y el beicon lucían cristalizados bajo la grasa, como insectos en ámbar. Los cruasanes estaban gomosos, y mi robo fue modesto a la fuerza: me metí en el bolsillo de la americana un plátano que no tenía en realidad intención de comerme. Lo he olvidado luego y sólo al sentarme en este café de la cita me he dado cuenta de que aún lo llevaba conmigo. Aquí está, negro y acusador como un signo de interrogación sobre la mesita.

Ha sido difícil encontrar otra habitación para esta noche. Los rezagados del hotel en huelga -quizá era yo el último en rendirme- habíamos perdido derecho al apoyo logístico o la atención psicológica de los recepcionistas ausentes. Toda la mañana he peregrinado de hotel en hotel, apurando el descenso de estrellas y categorías. Sólo a la hora del almuerzo he encontrado un cuarto libre en un hostal de una calle oscura del centro. Resultaba invisible a ras de acera, pero lo delataba el rótulo en uno de los balcones del tercer piso que ocupa.

Han abierto desde arriba el portal sin preguntar. No había ascensor, y la puerta que daba a las escaleras estaba abierta. Se veía un mostrador diminuto encastrado en un recodo de lo que debió de ser el recibidor del piso familiar venido a menos. Servía de Recepción o más bien la simbolizaba. Me ha atendido sin sonreír un anciano. Parecía resignado a la inutilidad de todas las precauciones tomadas para desorientar a posibles clientes. De vez en cuando todavía debe de descubrir su escondite algún huésped desesperado.

-No tiene baño. Y está pensada para cuatro. Pero se la cobramos como doble.

La habitación era inmensa y gélida. La he pagado por adelantado a precio de oro. Y efectivamente me he encontrado en ella con cuatro camas, arrimada cada una a su pared correspondiente, en torno a un gran espacio vacío. Vacío e inútil: aparte de la ausencia del mueble de nombre y forma inimaginable que hubiese debido ocuparlo, en todo el cuarto sólo había un lavabo gris con marcas de cigarrillos y un armario que dificultaba el paso al único balcón a la calle.

En el espejito del lavabo me he visto ojeroso, pero me sentía incapaz de conciliar el sueño. He venido directamente al café de la cita, aunque falta todavía mucho para la hora. De camino a la calle pregunté por las señas al encargado. Luego, sin pensarlo, me he animado por primera vez en este viaje a preguntar por ella. Quizá había acabado dando allí con sus huesos. En su página se adivinan a veces habitaciones igual de extrañas y casi tan sórdidas como la que me han dado.

De cerca el recepcionista parecía menos anciano. La camisa arrugada y el mechón planchado me han hecho pensar que quizá

duerme a ratos perdidos en el cuartuco que queda a sus espaldas. Asomaba tras la puerta entreabierta un almanaque de vacas alpinas. Dolía de puro bucólico: alguna vez, por increíble que parezca, deben de fundirse las nieves perpetuas que nos rodean.

-De unos cuarenta, morena, alta, guapa, elegante.

Me ha dejado hablar sin mirarme. Releía sobre mi hombro las manchas del empapelado de la pared, con un interés que años y años allá plantado no han saciado aún del todo. Ha hablado cuando pensaba yo que tendría que repetir la pregunta.

-No. Una señora así, de las de verdad, no la hemos visto por aquí desde hace mucho.

Me ha mirado a la cara de pronto y me ha hecho bajar los ojos. Sólo entonces ha vuelto a fijar los suyos en las grecas de papel húmedo.

-Antes sí.

Lo ha dicho con tanta convicción que me ha hecho distinguir de pronto a mi alrededor reliquias de cierta prosperidad pretérita -de un pasado glorioso hubiese sido mucho decir-, migas del gusto de hotel discreto al que hace cuarenta años se hubiera podido llevar a señoras *de las de verdad* sin comprometerlas ni quedar como un miserable.

Me ha parecido que de eso se estaba acordando todo el tiempo, arrumbado contra la pared del fondo, un biombo de laca descascarillada. Y la puerta corredera y la esquina del saloncito tras ella, con sus ganchillos tejidos por quién sabe qué dueña de armas tomar, muchos años antes.

Ella no duerme en el hostal, pero he salido a la calle convencido de que le gustaría el sitio.

Llevo ya dos cafés, en ayunas y sin hambre. Diluvia afuera pero no parece que se deshaga por eso la nieve sucia de las aceras. El sitio ha resultado estar a la vuelta de la esquina (todo lo está, me parece: la ciudad es minúscula, aunque a la llegada se presenta como inmensa). Aquí estoy: mesas altas, reseñas enmarcadas entre las que no está la firma de mi competidor en el periódico. Iba a escribir vecino, pero me temo que a estas alturas el término ya es inexacto. También competidor, en realidad: nunca fui yo competencia para él.

Pasada la hora del almuerzo el sitio se ha ido llenando de ancianas de todas clases: solas y en grupos, discretas y gritonas, pulcras y desaliñadas. Debe de ser un clásico para las meriendas. Yo soy por ahora el único cliente varón y menor de sesenta años. El murmullo de sus conversaciones sumadas se alza y se adormila a ratos.

Faltan veinte minutos para la hora de la cita. El camarero ha venido a llevarse las tazas y a limpiar la mesa con un floreo de bayeta.

He pensado que así estará más presentable cuando ella llegue. Parece que esta vez estoy decidido a encontrarla.

He probado a imaginar lo que sucederá. A precaverme contra la decepción o tantear la intensidad del alivio que supondría que ella no viniese. Quizá haya encontrado ya a otros con quienes trabajar, quizá en el último momento le dé pereza entrevistar a un desconocido.

Quizá, simplemente, ella se dé la vuelta al verme, sin decir palabra. Quizá salga por la puerta apenas haya entrado y desaparezca sin darme siquiera la oportunidad de explicar nada. En el fondo no hay nada que yo pueda explicarle.

Pienso todo esto también, no me engaño, para simular el aplomo de quien lo da todo por perdido. Yo, que siempre he despreciado a quienes fingen renunciar a sus deseos sin dejar de seguirlos con el rabillo del ojo. Es un truco viejo y mezquino: resignarse ante la imposibilidad de algo para acelerar su cumplimiento.

He removido los posos del café. Ilegibles, claro. Tampoco importa mucho: el futuro que podrían predecir ya es casi presente. He enrollado y desenrollado varias veces el sobrecito del azúcar. Lo he colocado como un puente diminuto sobre una gota de agua que ha dejado la bayeta del camarero. Pasan ya unos minutos de la hora. Contaré hasta cinco, acabaré esta frase, miraré hacia la puerta y ella estará aquí.

Ella no estaba allí. Pero en la puerta del café plegaba el paraguas y miraba a su alrededor el hombre antipático del hotel Imperial. El que había cerrado la puerta de la habitación sin dejarse ver, el que soplaba en el ojo del chico sentado en la bañera y me había mirado mal desde la entrada al dormitorio. Ella me había dicho su nombre. El hombre me vio, enarcó las cejas en un gesto de sorpresa falso, armó con los labios una sonrisa torcida y caminó hacia mi mesa. Pedro, claro, Pedro, se llamaba Pedro. Cómo pude olvidarme del tal Pedro.

Mientras llegaba hasta mi sitio tuve tiempo de acordarme del *hasta luego* impertinente que le había dirigido yo al salir del cuarto del Imperial. Y hasta de improvisar un humor parecido. No estaba ligado a aquel tipo por ningún voto secreto de sinceridad. No me veía obligado a decirle a él la verdad ni a esforzarme por encontrarla. Me decidí a la desesperada: fingiría estar por casualidad allí, no tener nada que ver con la cita ni con la llamada telefónica.

El tal Pedro le contaría luego a ella, claro. También me dio tiempo a imaginar eso. Mejor. Quizá explicado por un tercero a ella le divertiría el asunto. A lo mejor así conseguiría ponerla de mi parte, a lo mejor fraguaba entre nosotros una especie de complicidad por persona interpuesta, frente al tal Pedro.

-Hola.

Se sentó a la mesa sin pedir permiso. Asentí y tuve que recomponer el gesto hosco del niño que espera que lo regañen. No quise adoptar la actitud que el otro debía de dar por descontada: la de quien admite merecer una reprimenda. Acabé contestando por eso.

-Hola.

El hombre miró al techo y suspiró antes de hablarme. Tenía un aire cansado.

-Mire, ella me ha encargado que le pida que no haga el tonto. Dile que parece mentira, me ha dicho. Textualmente.

Lo primero que me llamó la atención fue aquel *textualmente*, tan ramplón que parecía dicho con segundas. Se me escapó un ¿ella? que echó a perder mis pretensiones de impasibilidad.

-Sí. Tiene muy buen oído para las voces. Hasta por teléfono.

Llegó el camarero, y el tal Pedro pidió un café y me miró interrogante. Le devolví una mirada idéntica, enarqué las cejas por puro reflejo.

-¿Qué toma?

Parecía amable, y cansado de verdad. No a punto de decir *Mucho*

cuidadito o *La próxima te parto las piernas* o lo que sea que digan en casos así quienes se encargan de poner a raya a cotillas, mirones y pesados. No sabía si aquella deferencia era algo de agradecer o una forma particularmente insolente de echar sal en la herida.

La herida de que ella me hubiese reconocido. La seguridad de no merecer más que aquella benevolencia cansina por parte del tal Pedro.

-No, gracias, nada.

El camarero se fue. Sentí una nueva humillación, todavía más refinada. Ella no se había dignado a desenmascararme por teléfono. Había preferido enviar a aquel tipo.

-Hasta por teléfono. Sobre todo por teléfono, la verdad. Los cala enseguida, es increíble. Claro, la práctica. Es parte del trabajo. Y hay cada uno…

Parecía no darse cuenta de que quedaba yo incluido en el grupo de esos a quienes ella calaba enseguida. Que yo era uno de esos *cada uno* de los que hablaba con compasión extrañada. Quizá no estaba siendo cruel aposta. Me dio esa impresión entonces y sigo pensándolo ahora.

Le miré y no me vi capaz de decir nada. Tampoco, en realidad, había nada que decir.

-Así que mejor que lo deje. Eso dice ella, que mejor que lo deje.

Ni siquiera conseguí pensar en nada. Como siempre en las muy escasas ocasiones anteriores en que me ha sucedido algo terrible, una parte de mí no conseguía dejar de apreciar al mismo tiempo el viso estúpido que siempre tienen las situaciones como ésa. Era así como acababa todo. Aquél era entonces el desenlace que llevaba meses sin atreverme a anticipar. Estuve a punto de taparme la cara con las manos. Un gesto que es también un viejo truco: para que todo desaparezca, para ser uno el que se desvanece.

Lo impidió la vuelta del camarero. Dejó la taza sobre la mesa y vertió un chorrito de leche. Subió y bajó la jarrita con pericia odiosa. El tal Pedro se quedó callado. O al menos dejó de hablarme, porque al camarero sí le dijo «Cobre de aquí el café» mientras le daba unas monedas. Luego volvió a mirarme.

-Mejor cada uno lo suyo, ¿no?

No conseguía quitarle yo los ojos de encima. No fui capaz de levantarme y marcharme.

-Que mejor que vuelva a escribir, que echa de menos sus críticas.

Después de aquella frase se hizo otro silencio. El tal Pedro probó el café, dio un respingo, sopló en el borde la taza, volvió a llevarla a los labios, sorbió un poco, la dejó sobre la mesa, me miró, enarcó las cejas en un nuevo gesto de interrogación. Parecía considerar que ya tocaba alguna respuesta de mi parte. Y la verdad era que yo mismo me sentía obligado a decir algo. No por él: por mí. A emitir algún sonido, por lo

menos.

-Ya.

El tal Pedro sopesó aquello y se dio por satisfecho.

-Y tiene razón. Lo sabré yo. Hágame caso. Yo hace tiempo que trabajo en esto. Y sí, compensa. No sólo por el dinero, claro, aunque también. Se viaja mucho. Sí, compensa.

El tal Pedro me miraba como si intentase leer en mis ojos la respuesta, como si llevase yo escrito en la frente el balance entero, universal, definitivo, de lo que habrá compensado (o no) el día último en que se echen todas las cuentas.

-Mire, cansa. La verdad es que al final cansa. Claro que todo cansa. Esto también. Cansa.

Había cogido el plátano, sin mirarlo, y golpeaba despacio el canto de la mesa con él. Creo que eso fue lo que se me hizo más insoportable. Nos quedamos callados. Dio un golpe más fuerte que los otros mientras se levantaba.

-En fin. Me voy. Y ya le digo: de verdad, mejor que lo deje.

Habló ya de camino a la salida. Me quedé mirando cómo se alejaba. Se dio la vuelta de repente y desanduvo el camino hasta la mesa.

-El paraguas.

Me encontré sonriendo para responder a su sonrisa cómplice, mientras recogía el paraguas caído junto a su silla. Luego no sé cuánto tardé en darme cuenta de que seguía sonriendo en el vacío.

He vuelto empapado al hostal esta noche. Anduve por las calles durante horas, sin rumbo ni reloj. No he encontrado en su sitio al viejo de la mañana. En su lugar me ha atendido un chico que parecía su nieto: compartían un aire de familia, aunque era mucho más alto y tenía unos ojos diferentes, casi desagradablemente verdes. Me ha tendido la llave antes de que le dijese el número de mi habitación. El viejo debía de haberle hablado de mí. O a lo mejor soy el único cliente del hotel, a pesar de la temporada alta. Quizá soy yo la temporada alta del hotel.

También tenía en común con su abuelo probable una sonrisa convencida de que la frase más insignificante significa infinitas cosas.

-Aquí tiene. La seis.

Le he dado las gracias de camino al pasillo que lleva a este cuarto. El chico ha vuelto a hablar a mi espalda sin levantar la voz, como si aún me tuviese delante.

-Perdone.

He tardado en darme la vuelta. En realidad dudé si hacerme el sordo. El chico ha vuelto a llamarme.

-Perdone.

Estaba sonriéndome cuando me lo he encarado.

-Mi padre me ha dicho que buscaba a una mujer. A lo mejor le puedo ayudar.

He notado que se me aceleraba el pulso. Y he sabido por eso que era mentira todo lo que me estuve repitiendo durante horas, de calle en calle. No me he resignado a nada. Aquel chico la conocía, he pensado. A lo mejor ha posado para ella, era muy de su tipo. Podría decirme dónde encontrarla. A lo mejor ya se arrepentía de no haber querido verme. Tenía que aburrirse, al fin y al cabo, con la única compañía del tal Pedro. Y su trabajo cansaba, eso había dicho el tal Pedro: que cansa.

-¿Sí?

El chico ha sonreído ufano al notar mi interés.

-Yo creo que sí.

-¿La conoces?

-Conozco a muchas mujeres guapas. Todas las que quiera. No tiene mas que elegir.

Algo afilado se me clavaba en la boca del estómago.

-Y hasta pueden ir a su cuarto.

Me he dado la vuelta. No quería que el chico me viese el gesto torcido, de pura rabia.

-No, gracias. No es lo que busco.

He dado un par de pasos por el pasillo. El chico ha vuelto a hablarme.

-¿Y chicos? También conozco.

No he podido evitar darme la vuelta. Ya preveía la sonrisa de sobrentendidos que estaba luciendo. Esta vez también yo me he esforzado por sonreír.

-No, tampoco.

He llegado hasta la puerta de mi cuarto sin que dijese nada más. Me he quedado quieto, con la llave en la cerradura. Volvía a repelerme la idea de quedarme para siempre como ahora, sin saber si no me he esforzado lo suficiente en el fondo. Nunca he sabido cuándo toca parar. Prefiero avanzar hasta que sean las cosas las que me paren los pies. He vuelto al mostrador. Y pensar que no hace tanto, en las otras ciudades, me había dado pudor preguntar por ella a los otros recepcionistas.

-O mira, puede que sí.

El chico me ha mirado, sonriendo. Creo que en realidad no había dejado de sonreír.

-Claro que sí.

Ha sonado la puerta de la calle, y nos hemos vuelto los dos para ver entrar al viejo de la mañana. No tan viejo, por lo visto, porque quien ha resultado ser su hijo no debe de tener más de veintipocos. El chico se ha puesto serio y ha bajado la vista para concentrarse en el único papel que había sobre el mostrador. Me ha hablado entre dientes, sin mirarme.

-Luego subo y vemos eso.

He asentido y el mismo gesto me ha servido para saludar al viejo, que ya llegaba al mostrador y me ha devuelto en silencio la inclinación de cabeza.

Me he sentado a escribir en el borde de una de las cuatro camas. Otra vez de noche, en un hotel, esperando visita. Imagino que ella ya habrá hablado con el tal Pedro. *Cotillas y pesados*, había dicho. Me duele pensar que me he ganado a pulso la inclusión en alguna de las categorías, en las dos al mismo tiempo. Un mirón, puede. También eso lo dijo ella. Y puede que tuviera razón. Pero estoy deseando dejar de serlo. Ya me cansa que se me escapen entre los dedos la acción y la compañía cuando las tengo al alcance de la mano.

Al fin y al cabo, pienso, fue ella quien me invitó a mirar lo que había de su lado de la puerta. Me pregunto si seré capaz de hacerle ver que con eso se ha echado a los hombros una responsabilidad de la que ya le va tocando responder. Seguramente, claro, no estará de acuerdo ni considerará por ningún lado responsabilidad alguna. Pero tengo curiosidad por ver, al menos, cómo se desembaraza de ella; y de mí, a lo mejor, con el mismo gesto.

El chico ha tardado en subir; me adormilé sobre la cama mientras le esperaba. Cuando han llamado a la puerta me he despertado con la sensación de que debía de estar ya a punto de amanecer. He mirado el reloj y habían pasado veinte minutos. Me he incorporado y sacudido a manotazos la colcha.

-¿Sí?

No había echado el pestillo, y el chico ha entrado con un aplomo admirable: se ha llevado un dedo a su sonrisa de conspirador para pedir un silencio que nos evitaba a ambos más ceremonias. Al pasar junto a mí me ha apretado el hombro en un gesto forzado de complicidad a juego con la sonrisa.Todo, la verdad, molesto. Ha inspeccionado la habitación con los brazos en jarras, como si la pisara por primera vez. Luego se ha dejado caer en una de las camas con un suspiro exagerado de cansancio y ha vuelto a mirarme, aún sonriente.

-Bueno, y qué tal.

Por lo visto no le molestaban tanto las frases tontas. No le he devuelto la sonrisa. Me notaba el mal humor del despertar brusco.

Hacerle subir me empezó a parecer estúpido.

-¿Qué, te gusta la ciudad?

El chico no ha esperado a que contestase. Se ha dado cuenta de lo antipática que me estaba resultando la situación. Si seguíamos por ese camino descarrilaríamos pronto por la pendiente del ridículo. Se ha levantado de un salto, se ha puesto serio y ha optado por un tono profesional.

-Entonces, me decías que a lo mejor te interesaba algún chico.

Yo he preferido ganar tiempo.

-Sí, pero no cualquiera.

Ha vuelto a sonreír él.

-Hombre, claro que no. Yo no conozco a cualquiera.

He probado a desconcertarlo un poco.

-La verdad es que tú me vales.

El chico ha adivinado mi intento y se ha precavido: antes de que yo hablase ya estaba mirando por la ventana. No se ha dado la vuelta al oírme. Se ha echado a reír. Era difícil decir si había algo de desconcierto en esa risa.

Luego ha vuelto a dejarse caer sobre la cama, sonriente.

-¿Y para qué?

Ahora era él quien intentaba hacer que me sintiera incómodo. Y me he sentido incómodo. He imitado lo mejor que pude su sonrisa gatuna y he dado un par de pasos por la habitación.

-No para lo que crees.

El chico ha respondido al segundo.

-¿Y qué crees que creo?

Le convenía a él más que a mí una conversación de ese tipo, equívoca y pedestre y prolongable indefinidamente.

-Crees que quiero pagarte para follar contigo.

Me ha mirado ofendido. Una ofensa genuina: por la ruptura de las reglas tácitas de la conversación, creo, más que por la propuesta. Ha clavado los ojos en la colcha y seguido con el dedo el contorno de las flores estampadas.

-¿Y no es eso?

-No.

Se ha levantado, serio, y me ha tendido la mano.

-Ya. Bueno, tío, pues nada. Tan amigos. Me tengo que ir.

Ha calibrado mal el gesto. Demasiado brusco, demasiado teatral. Casi infantil. Los dos nos hemos dado cuenta. Se ha sonrojado al reconocer tan bien como yo su paso en falso. Pero también he sabido -hemos sabido ambos- que le iba a llevar muy poco tiempo recuperarse. Así que he sonreído y me he sentado en la cama

deshecha.

-Espera. Siéntate. Sí que te pagaría.

El chico no ha cambiado el gesto, impenetrable y duro. A lo mejor ése es su verdadero rostro.

-Te pagaría, pero no para follar. Siéntate.

Ha vuelto a sentarse. No lo ha hecho por ser en el fondo dócil, desde luego; y menos aún por curiosidad. A su edad casi nadie hace nada por pura curiosidad. Hay quien la aprende con los años, pero no creo yo que ése vaya a ser el caso de este chico que más bien envejecerá y morirá sin conocerla. Le he envidiado un poco por eso.

-Te pago si me ayudas a encontrar a una persona. Si la llamas por teléfono.

He esperado antes de seguir hablando. Tenía que elegir muy bien las palabras. Y luego me he negado a hacerlo. O no he sabido hacerlo. He notado un cansancio repentino, una especie de voluptuosidad ante la idea de rendirme a esa fatiga. De pronto estaba contándole todo a aquel chico desconocido. Todo y mal y desde luego sin elegir las palabras: atropellándome, saltándome episodios, perdiendo el hilo. Sin orden, a borbotones, arrastrado por mi propia incontinencia y por lo inadecuado de todo aquello.

El chico no me interrumpía, y no sé hasta qué punto estaba atendiendo: yo he preferido no mirarle a la cara. Hacía mucho que no hablaba tanto con nadie. Me doy cuenta ahora de algo que sólo he notado a medias hace un rato. Se ha repetido la situación de la primera noche en mi cuarto del Imperial. Alguien habla demasiado, alguien escucha más de lo que necesita oír. Quizá sintió ella esa noche tan poco aprecio por mí como yo, en el fondo, he sentido hace un rato por el chico. Quizá me necesitaba, sin embargo, tanto como yo a él. Quizá ha sentido también el chico que mis confidencias mataban de raíz cualquier posibilidad de confianza. Quizá ha aprendido esta noche que ciertas sinceridades transforman a dos desconocidos en irremediables extraños. Casi en contrincantes, si no en enemigos.

-Por eso me puedes ayudar. Tú podrías llamarla, no te conoce, quedar con ella y decirme dónde. Sólo eso. Luego ya veríamos.

Me he corregido.

-Ya veré yo. Tú no hará falta que vayas.

Iría yo a aquella cita. Tal vez apareciese ella, por fin. O el tal Pedro, claro: si ponía cuidado podría seguirle hasta el lugar donde ella se oculta o me empeño yo en pensar que se oculta. Es un plan trabajoso y absurdo a fuerza de seguir su propia lógica. También es verdad que a su manera extraña compensa. Como lo que dijo el tal Pedro y en realidad como todo últimamente.

El chico me ha mirado y sonreído a medias. Al final ha resultado

que sí era posible desconcertarlo.

-Vaya.

Ha vuelto a mirar la colcha, todavía sonriendo. Nos hemos quedado callados. Yo ya no tenía más que decir, y he esperado a que levantase la vista. Al hacerlo había recuperado la sonrisa de antes, la del principio. Se parapetaba tras ella como tras el mostrador de Recepción.

-¿Y cuánto pagas?

Me he acordado de lo que me dijo ella en el Imperial. El dinero por medio haciendo las cosas más llevaderas. He contestado rápido y sin pensar, yo, que soy tan torpe regateando. Me ha sorprendido mi instinto para dar con la respuesta justa.

-Lo que te ofrezca ella.

Se ha quedado mirándome antes de echarse a reír.

-Vaya.

Y luego se ha metido la mano en el bolsillo y ha sacado su móvil.

-A ver, dime el número.

Iba rápido, y he vuelto a ser yo el sorprendido. He perdido la costumbre de las consecuencias, parece, y me ha pillado desprevenido esa correspondencia acelerada de causas y efectos. Hacía mucho que las cosas no acababan de pasar del todo.

-¿No es un poco tarde?

El chico no ha mirado el reloj.

-No. Y por lo que dices éstos trabajan hasta tarde.

He dudado. El chico tenía razón. Yo había pedido acción y compañía sólo veinte minutos antes, a solas en este cuarto. Ahora tenía ocasión de averiguar hasta qué punto era eso lo que de verdad quería.

-Entonces qué.

No era una pregunta. He sacado mi propio teléfono y le he dicho en voz alta el número. El chico ha marcado, se ha puesto serio cuando han contestado y lo ha hecho todo sorprendentemente bien. No me ha mirado mientras duró la conversación, no hubo gestos de complicidad ni risa reprimida. Como yo mismo, mejor que yo mismo, ha fingido timidez mientras respondía a las que parecían ser las mismas preguntas que me habían hecho a mí. Antes de colgar, eso sí, preguntó por el dinero. He temido que aquello lo estropease todo, que ella le colgase o le diese largas. Pero se han puesto de acuerdo enseguida y se han despedido al cabo de un minuto. La conversación entera, en realidad, no ha durado más de tres.

El chico ha manipulado un poco su móvil, con la vista clavada en la pantalla, sin decir nada, dosificando hábil lo que podría llamarse tensión dramática. Luego me ha mirado, sonriente de nuevo.

-Pues ya está, ya lo has oído.

Los dos sabíamos que yo no había oído.

-No, no lo he oído. ¿Qué te ha dicho?

El chico ha sonreído. Y me ha dicho la cantidad que ella había ofrecido. Quizá hubiera debido yo regatear. Este chico, creo, respeta a quien respeta el dinero. Y la cifra era sorprendentemente alta. He sacado la cartera, he contado unos billetes y se los he dado. El chico los ha cogido sin mirarlos.

-Falta, ¿no?

Yo iba a decirle que el resto se lo daría si todo salía bien. No he llegado a hablar, sin embargo. Me ha cansado de antemano el regateo, y al fin y al cabo no me importa -me he obligado a recordar eso- contar con el respeto de este chico. Le he dado el resto sin decir nada y sin decir nada se lo ha metido él en el bolsillo.

-Hemos quedado en el café que me has dicho antes. Mañana por la tarde, a las ocho. He hablado con un tío, creo que el que va a ir es él.

Quizá al final sí que es capaz de sentir curiosidad este chico.

-Puedo ir yo, y luego te cuento.

-No hace falta.

-¿Qué pasa, no te fías?

-No, no me fío.

El chico ha vuelto a reírse.

-Pero que no te siente mal. A estas alturas ya no me fío ni de mí.

La verdad es que no parecía que le estuviese sentando mal.

-¿Y eso?

-Hace un par de horas creía que daba por terminada toda la historia. Y ahora ya ves.

El chico me ha contestado, rápido, antes casi de que acabara yo de decir aquello.

-Todavía estás a tiempo. Te coges mañana el primer avión, y a volar.

Yo me he sentado de nuevo en la cama. Me notaba cansado y he preferido ignorar la impertinencia del tono y fingir tomarme en serio lo que el chico, en el fondo, ha dicho sólo por fastidiar.

-Sí.

El chico ha dado un par de pasos hacia la puerta. No he llegado a saber si hubiera preferido que se quedase. Una vez roto el silencio del viaje se me ha hecho más difícil la idea de quedarme de nuevo a solas. Pero el chico no se iba. Me miró desde el centro del cuarto.

-Pero de ella sí te fías.

Hubiera podido pedirle que se fuera. O al menos protestar, jurar que tampoco de ella me fío, que de ella, en realidad, me fío menos que

de nadie. Pero el chico acertaba. Esta mujer es de fiar. Su página es tramposa y está llena de trucos: miente, sí, pero al menos no promete nada o promete sólo una cosa: regala -no, mejor aún: vende a un precio razonable- un espacio habitable, cuatro paredes a nuestra medida y un techo sobre nuestras cabezas. No creer en las promesas no significa que no queramos seguir escuchándolas.

-Bueno, hasta ahora ha dicho la verdad.

El chico se ha acercado hasta la cama donde yo estaba sentado. Se ha quedado de pie y muy cerca.

-La verdad.

Ha sonreído y se ha levantado la camiseta con una mano. Su vientre me quedaba a la altura de los ojos.

-Mira, la verdad.

Sonreía.

-Es la que hay.

No he dicho nada y por un momento ha parecido que tampoco tenía él más que añadir. Pero siempre se añaden cosas. Siempre se espera el añadido y siempre llega para encontrar ya listo nuestro deseo de escucharlo, de creerlo, de devolverlo con creces.

-Y tampoco está tan mal.

El chico me ha cogido la mano, la ha llevado a la altura del vientre y luego un poco más arriba, hasta su costado.

-Se puede tocar.

Me ha soltado la mano despacio. Y mi mano se ha quedado donde estaba. Latía bajo su piel el eco muy débil de otro corazón. Nos hemos quedado callados y he notado que mi pulso y el suyo se confundían.

El chico me miraba a la cara. Yo he preferido fijarme en lo que tenía a la altura de mis ojos, en el contraste entre su piel y la de mi propia mano. Me ha parecido descolorida, casi borrosa, mucho menos sólida que la del chico. Palpitaban, eso sí, a la par. Pero tampoco podía uno fiarse de aquello.

Me he echado hacia atrás. El chico también ha retrocedido. El borde de la camiseta ha vuelto a taparle la cintura. Se estaba riendo. Creo que sin desprecio, y definitivamente sin despecho.

-Bueno.

Se ha sentado en el borde de la cama más alejada y ha empezado a desatar los cordones de sus zapatillas.

-Pero me quedo a dormir igual. Se supone que me he ido a casa, y mi padre duerme en la Recepción y se despierta fácil. Mejor que no me vea saliendo de la habitación de un cliente a estas horas.

-¿No hay más cuartos libres?

-No traje llaves.

Se había quitado los pantalones y se metía ya en la cama.

-Apago la luz, ¿eh? Que mañana madrugo.

Se ha incorporado a medias y ha estirado el brazo para alcanzar el interruptor. En esa posición se ha quedado quieto y se ha vuelto para mirarme, más sonriente que nunca. He adivinado entonces y sigo pensando ahora que será ése el momento que dentro de años y años recordaré cuando piense en esta conversación: el chico a medias recostado, envuelto en su sábana, con el brazo en alto, como a punto de notificar una increíble buena noticia, un inesperado golpe de suerte.

-Y ya me contarás.

Apagó la luz y nos quedamos a oscuras. Le he oído suspirar un par de veces y dar un par de vueltas bajo las sábanas hasta coger la postura del sueño. Al cabo de un rato mis ojos se han acostumbrado a la penumbra. Escribo y lo veo todo ahora bien perfilado, a la luz naranja de las farolas en la calle. De la cama del chico llega ya el vaivén tranquilo de su respiración. Parece mentira, pero es verdad: se ha dormido. Llevo un rato sonriendo inútilmente en la oscuridad. Me ha tocado ser, por lo visto, el último en el desconcierto.

Me he quitado los zapatos, pero no los pantalones. Y desde luego la cartera se queda en mi bolsillo trasero. No estoy seguro de que la compañía del chico en la otra cama sea un alivio. En realidad no sé si esto es todo lo que puedo esperar, a estas alturas, en lo que hace a posibles compañías.

Y todo puede ser: aunque parezca increíble, quizá algo de este chico se me haya contagiado, quizá me duerma en cuanto cierre este cuaderno y toque la almohada.

Durante toda la noche, con los ojos cerrados, sobre el ruido de la respiración de mi vecino de cama, traté de seducir al sueño, de engatusarlo como un exhibicionista en cuyos trucos no caería ni la colegiala más pánfila: fingiendo indiferencia, siguiendo sus progresos con el rabillo del ojo, esperándolo a la vuelta de las esquinas, ofreciéndole señuelos, caramelos, ideas dulces que pudiesen tentarlo para acercarse a mí, abrir los brazos y envolverme. Varias veces simulé darme por vencido por acelerar las cosas. No hubo forma. Sólo cuando abandoné de verdad toda esperanza, cuando me resigné limpiamente y supe que no conseguiría dormir en toda la noche, caí en un sueño sin sueños, negro y espeso.

Me desperté de golpe y salí de la cama de un salto. Sin mirar el reloj, antes de sopesar la poca luz que dejaban pasar las cortinas aún echadas, supe que había dormido demasiado y que debía de ser tarde. La cama del chico estaba vacía. A trompicones esquivé el armario que estorbaba la salida al balcón y descorrí las cortinas. Se hacía de día. No, se hacía de noche, y sólo quedaba un rastro de luz sucia en el cielo. Las farolas se encendieron justo entonces para rematar la broma pesada que empezaba a notar urdiéndose a mi costa. Pasaron del rosa pálido al naranja. Me quedé mirándolas embobado y reaccioné cuando se pusieron amarillas. Una broma, una novatada: me habían estafado y robado el día entero. Nunca, ni a los quince años, había dormido yo hasta tan tarde.

El reloj confirmó el desastre: pasaba de las siete y media y quedaban veinte minutos escasos para la cita. Me abalancé sobre mi maleta, me cambié de ropa a tirones y cargué por el pasillo hasta el cuarto de baño común de la planta. Me lavé la cara mientras calculaba el tiempo que me llevaría llegar hasta el café. Apenas me alcanzaría a pie, pero preferí no arriesgarme con los taxis: se me hacía insoportable la idea de quedarme quieto, probando suerte en la acera.

Pasé ante el mostrador desierto y corrí a la desesperada por las calles. Las aceras resbalaban, y varias veces estuve a punto de caerme o de tirar a alguien. Corrí esforzándome por no pensar en nada. Y pronto realmente no pude pensar en nada. Llegué diez minutos tarde a la acera opuesta al café. Notaba en la boca sabor a sangre, me dolía el pecho y me corría el sudor por la espalda, bajo el abrigo. Al otro lado de la vidriera se veían las mesas ocupadas por la clientela de ancianas del día anterior. Un camarero aburrido se roía las uñas tras la barra. Ni rastro de ella, ni del tal Pedro.

Sí reconocí, de pronto, al chico del hotel. Salía del café y se abrochaba un anorak inmenso. Me sostuvo la mirada un segundo. No, desde luego, avergonzado, pero tampoco burlón: el gesto, hasta cierto punto simpático, me proponía que me tomase las cosas como venían y me resignase deportivamente ante lo inevitable. Luego entró en un coche que esperaba en doble fila, justo a la puerta del café. Del lado del conductor los cristales estaban empañados, pero mientras echaba a rodar alcancé a ver el perfil del tal Pedro, muy serio. No con seriedad de secuestrador o gángster: más bien con la seriedad de serie que transfigura a los conductores cuando se ponen al volante.

Dudé entre el insulto a gritos, la persecución inútil, el pataleo infantil, las lágrimas de rabia. A la desesperada y por esquivarlas, sin pensar, salté a la calzada, levanté no uno sino dos brazos a un tiempo y casi me hice atropellar por un taxi libre. Abrí la puerta y me lancé al asiento trasero. Sabía ya que no me quedaba más remedio que pronunciar la frase fatídica, la frase más inverosímil del mundo, la misma a la que -hubiera debido adivinarlo mucho antes- me abocaba sin remedio mi búsqueda desde el principio.

-Por favor, siga a ese coche.

El taxista, claro, se rió. Sin sorpresa, como quien escucha un chiste manido que fue gracioso en su día (luego me explicaría que realmente lo tenía muy oído: no pasaba una semana sin que a él o a algún compañero les hiciesen seguir a un coche).

Y siguió al coche sin hacer preguntas ni poner pegas. Nos mantuvimos muy cerca de sus faros traseros mientras duraron las calles de la ciudad, llenas de tráfico a aquellas horas, de tiendas aún abiertas y gente haciendo últimas compras. Circulamos despacio, de semáforo en semáforo, hasta que dejamos atrás el centro y sus escaparates. Todo pasaba al ralentí tras las ventanillas. Se conduce como se es, y el tal Pedro lo hacía con parsimonia y método, sin imaginación, sin perdonar un ceda el paso.

Pronto se aburrió el taxista de aquella persecución sin gracia. Me dio conversación con casos parecidos sin pedir, por suerte, detalles del mío. Al principio me sentí obligado a contestar, por agradecimiento y por puro miedo a que de buenas a primeras el hombre se cansara y decidiese dar por terminada la aventura. Fuimos quedándonos callados mientras enfilábamos la salida de la ciudad por calles cada vez más anchas. Se convirtieron en rondas de circunvalación donde el tráfico raleaba y luego en autopista desierta. Resultaba fácil mantenerse a la distancia justa del otro coche, que seguía respetando la letra y el espíritu del código de circulación completo y ponía el intermitente sin falta cada vez que cambiaba de carril.

Acabó de anochecer. Dejamos atrás barrios dormitorio, polígonos industriales, bares, descampados. Con cada raya blanca sobre el

asfalto que se tragaba el parabrisas se difuminaba un poco más el resplandor de la ciudad tras nosotros. Por las ventanillas desfilaban mojones con el mensaje monótono del kilómetro que cargaban a nuestras espaldas. Me puse a contarlos para no pensar en nada, con un éxito relativo. A la altura del treinta y dos el conductor paró el taxímetro. Cuando habló fue como si en el interior de aquel coche resonase una voz humana por primera vez en siglos.

-A partir de aquí ya no es tarifa urbana.

Era toda una amenaza.

-Le va a salir por un pico.

-No se preocupe, llevo de sobra.

Ensayé la jovialidad para congraciarme. Pero soné poco convincente: el taxista se encastillaba en un silencio casi tan negro como la noche a nuestro alrededor. Notaba cómo su disgusto empezaba a volver irrespirable el aire del coche. Abrí un poco la ventanilla y volví a cerrarla. Y volví a abrirla y volví a cerrarla y recorrimos aún unos cuantos kilómetros en la oscuridad cada vez más densa que bordeaba la autopista. Ya no había casas ni luces ni nada de nada en las cunetas. Yo clavaba los ojos en los faros traseros del otro coche para imantarlos con la mirada y evitar que de un segundo al siguiente se esfumasen en la tiniebla. En cualquier momento, aprovechando cualquier excusa, al taxista se le iba a acabar la paciencia.

Y creí que la excusa había llegado cuando el tal Pedro se pasó al carril derecho para coger la salida que anunciaba un cartelón a quinientos metros. Me dio tiempo a ver dibujado un monigote esquiador sobre un subtítulo que volvía el conjunto redundante: «Estaciones de esquí». El taxista dudó.

-Bueno, qué hacemos.

A la desesperada le convencí para que continuase. Casi tuve la sensación de que le torcía el volante con la mirada. Tenía dinero de sobra, aquello era asunto de vida o muerte y el taxi un servicio público, al bajar la bandera las dos partes firmaban un contrato, si volvíamos ahora consideraría inmerecido el pago.

Al oír lo del pago el taxista dio un respingo y frenó. Temí que quisiera discutir, que me echase del taxi allí mismo, en plena vía de servicio. Me sentí capaz de pelear con él en serio, de arrebatarle el volante, de dejarlo en la cuneta o encerrarlo en el maletero. Al cabo de unos segundos eternos -el otro coche se alejaba, sus faros se volvían diminutos- pisó el acelerador. Subió de golpe el marcador de velocidad y el precio que pensaba cobrarme.

Recuperamos el terreno perdido. Trepábamos ahora por una carretera estrecha y de puras curvas, sin tráfico de frente ni señal de

vida a los lados. A la luz de los faros se veían tras las cunetas los troncos idénticos de grandes abetos de montaña.

Empezó a lloviznar. La carretera no dejaba de subir, y las manchas de nieve terminaron formando un manto continuo que fosforescía sin fuerza. Las curvas constantes -derecha, izquierda, derecha-, el vaivén de los limpiaparabrisas, la lluvia y el guiño intermitente de los faros rojos del otro coche acabaron por adormilarme.

La ciudad del hostal -y no digamos las ciudades anteriores y lo que me había pasado en ellas- parecía ya muy lejana. Y la misma mujer a la que perseguía se desmenuzaba en mi memoria. Esta vez sí estaba seguro de ir a su encuentro, y sentí hasta qué punto no había acabado de creerlo hasta entonces. Probé a recordar su cara y no pude: empezaba bien, veía el óvalo del rostro, el pelo negro, esbozaba incluso las cejas, la nariz. Pero la imagen descarrilaba y acababa por dar con otra cara, extraña, inventada, o con la de gente que no me importaba nada y en quien no pensaba desde hacía mucho tiempo.

A mi derecha apareció muy lejos y muy abajo, intermitente tras los troncos que se iban relevando, el resplandor de la ciudad diminuta. Enfilamos otra curva y la oscuridad se tragó el montoncito de luces temblonas. Me gustó verlas desaparecer. Volví a desear, como al principio del viaje, de camino al Imperial, que el trayecto se alargase, que el taxi se convirtiera en una casa en la que vivir para siempre. Estiré las piernas y recordé la felicidad violenta que a veces me sofocaba de niño al acostarme, cuando notaba a mi alrededor el vasto territorio de la cama virgen bajo un cielo de sábanas bien remetidas. Si hubiese dependido de mí, quizá habríamos seguido conduciendo para siempre.

Pero no dependía de mí. La pendiente se allanaba; entre curva y curva se intercalaban ahora muchas rectas; los árboles raleaban y la capa de nieve se hacía más espesa y latía con luz propia bajo el cielo sin luna ni estrellas. Doblamos una última curva. Y cuando parecía que habíamos llegado a lo más alto y flotábamos sobre todas las montañas del mundo, apareció ante el coche la cumbre más afilada. En la ladera brillaba una fabulosa ciudad extraterrestre, como una avanzadilla humana en los cráteres de la Luna o de Júpiter o de planetas sin nombre tan remotos que a su lado la Luna o Júpiter se convierten de pronto casi en un segundo hogar.

Brillaban luces blancas en los rascacielos desperdigados por la nieve, naranjas en los caminos que los unían, amarillas en los vehículos que subían y bajaban por esos caminos, azules sobre los funiculares y teleféricos que iban y venían entre la cumbre y el asentamiento. Y focos inmensos que sacaban de la oscuridad porciones enteras de terreno por las que se deslizaban muchísimas figuritas, negras sobre la nieve como letras diminutas, descendiendo en amplias

curvas, agrupándose y disgregándose, subiendo trabajosamente, apelotonándose sin razón aparente en torno a puntos cuyo interés resultaba imposible adivinar a aquella distancia.

Por segunda vez casi me olvidé del coche que perseguíamos. No lo hizo el taxista, por suerte. Antes de que pudiésemos acercarnos mucho a la estación giró brusco a la derecha y enfiló un camino de grava festoneado por farolitos rojos. El camino volvía a subir en zigzag, y el otro coche desaparecía y reaparecía con cada curva.

Arriba, casi en la cima, asomó la masa oscura de un gran edificio, mucho más negra que el cielo de color café. Fue sumando un aire industrial de cementera o sala de turbinas a su primer aspecto de castillo de irás y no volverás. Habló el taxista, apaciguado ahora que llegábamos al final del viaje.

-El Piolet Palace. No se privan de nada, éstos.

Reuní los últimos restos de pundonor profesional para enfadarme conmigo mismo. El Piolet Palace. Llevaba años queriendo visitarlo, y más de una vez había estado a punto de hacerlo. Era famoso, y cómodo, y discretísimo, un modelo en su género: perfecto para ella y en realidad para cualquiera que pudiese pagarlo. Hubiera debido de ocurrírseme. Me juré que jamás volvería a pisar la ciudad liliputiense que habíamos dejado atrás. Lo hice sin necesidad, por pura retórica: bien sabía yo que no volvería a pisarla.

El camino desembocó en una explanada de la que habían barrido hasta el último copo de nieve. El coche vacío del tal Pedro estaba aparcado entre otros dos bajo una marquesina a la derecha de la plazoleta. El edificio principal del hotel abría dos alas como brazos justo ante nosotros. El taxista apagó el motor. Se hizo un silencio que terminó de robarme toda la inercia del viaje y me dejó un poco aturdido, casi avergonzado. Cuando el hombre se volvió para hablarme tuve que hacer un esfuerzo para atenderle.

-Hasta aquí hemos llegado.

-Sí.

Pagué sin rechistar la prevista cantidad exorbitante y contemplé como en un sueño las maniobras del taxi para retomar el caminito por el que habíamos subido. Me encontré de repente a solas y desabrigado en la noche gélida, ante la puerta principal del hotel como un sonámbulo que despierta muy lejos de su cama. Antes de que pudiese decidir nada las puertas de cristal opaco -con dos pes mayúsculas de oro enlazado- hicieron lo que al fin y al cabo corresponde a las puertas de lugares así. Se abrieron sin ruido y me invitaron a entrar.

Pasé al calor africano de un vestíbulo más silencioso todavía que la noche de afuera. A mi derecha humeaba una chimenea en la que hubieran cabido todos los muebles de un cuarto de estar mediano.

Palpitaban las cenizas de lo que debía de haber sido una fogata imponente. Había sillones y sofás y mesitas bajas en torno, y periódicos desperdigados, extranjeros y casi ilegibles a la luz de las brasas y las dos lámparas de pie que alumbraban el rincón. Al fondo había más luz: al pie de una escalinata se veía un mostrador de madera con otras dos lámparas idénticas.

Me acerqué despacio, notando que a cada paso estorbaba la eternidad de silencio en que se habían sumergido todas las cosas de aquella sala. En cualquier momento una voz de ultratumba resonaría bajo la bóveda de piedra preguntándose quién osaba turbar un sueño de siglos.

Se abrió una pequeña puerta muy bien disimulada en los paneles de madera tras el mostrador y un hombrecito encorbatado me sonrió.

-¿Buenas noches?

La profesionalidad impecable del tono me hizo reaccionar. Sobre la marcha me decidí a pedir habitación y dejar para luego las averiguaciones. No iba a preguntar, de momento, por ella, por el tal Pedro o por el chico, aunque debían de haber subido a su cuarto sólo un par de minutos antes. Bastante sospechosa era ya mi llegada en plena noche, sin coche a la puerta ni maletas visibles.

Quizá lo bastante sospechosa como para que el recepcionista me anunciara, cortés pero parco, que el hotel estaba completo. Era, en efecto, un gran profesional: ni por un momento fingió sinceridad al decirme lo mucho que lo sentía. Así, claro, me ponía muy difícil sospechar una mentira.

Iba a apelar a su humanidad, a pedir la habitación libre y secreta que siempre, siempre, reservan en hoteles así, hasta en plena catástrofe, incluso ante avalanchas de refugiados de guerra o víctimas de hecatombes. El cuarto impecable y dispuesto, siempre limpio, con sábanas tersas, a la espera de la llegada imprevista del monarca en exilio, el millonario en desgracia, la celebridad en fuga: los diversos avatares que puede adoptar en establecimientos así el mesías secreto de las leyendas hoteleras.

Se me ocurrieron mil súplicas peregrinas, mil mentiras absurdas. Me contuve porque supe que no podría reprimir un tono de desesperación que me haría aún más sospechoso.

Y luego, por primera vez en todos estos años de oficio, recurrí a la verdad y di mi nombre falso al recepcionista. Lo hice justo cuando aquella verdad del seudónimo -mi única verdad- dejaba de serla. Usé por primera vez el nombre con que firmo mis reseñas sabiendo que era la última.

El ensalmo no habría sido tan fulminante en otro lugar. Recordé a la pareja odiosa de recepcionistas recién estrenados que me habían

recibido en el Imperial. Pero aquel hombre era de veras un artista de la vieja escuela.

Resultó admirable. No parpadeó, no cotejó mi cara con la foto del carnet del periódico que le mostré, no llamó a nadie ni se retiró a las profundidades de la oficina tras la puerta camuflada. Debíamos de tener una edad parecida. Quizá cumplíamos los mismos años en el oficio. Quizá yo llevaba tantos escribiendo como él preparándose para mi visita. Quizá para cuando pensé todo esto yo ya estaba perdiendo la cabeza, porque me descubrí tomando nota mental de su eficiencia para una reseña que nunca escribiré.

-Claro que sí. Sólo firmar entonces la ficha de registro.

Firmé sin mirar, como un primer ministro. El hombre se excusaba, y ahora sonaba sincera la desolación en sus disculpas.

-Mañana recibimos a un expresidente del gobierno y tiene toda la planta reservada.

El plazo me pareció justo. En sitios así nadie dispone de más de una noche para resolver misterios. Y pasado el trámite me esforcé por estar simpático, quizá demasiado. Acabé embalándome y contándole incluso, para acabar de ganármelo, la historia del recepcionista del Plaza que respondió «Desde luego, señor. ¿Cuál de todas?» al periodista que pedía línea con el cuarto donde se alojaba Su Majestad.

Quizá aquel hombre conocía la historia: la apreció en cualquier caso con una exacta ausencia de sonrisa. Después los trámites fueron mínimos. En un segundo había yo cogido el llavero de mi cuarto -tenía forma de piolet diminuto y llevaba el número inscrito en el mango-, recibido las instrucciones para llegar, rechazado la oferta de un botones para cargar mi equipaje inexistente. Me retiré hacia el ascensor, reconciliado en ese momento con todos los años de trabajo, con la sucesión de cuartos amueblados y la procesión de recepcionistas que me habían llevado hasta aquel hotel y aquel hombre en quien tenía, sin duda, un aliado.

El ascensor subió sin ruido hasta el piso noveno. La puerta se abrió para mostrar un pasillo de luces tenues y aspecto infinito. No llegaba a verse su final, perdido en la penumbra. No era nada alentador, y sin embargo no me quitó del todo la sensación de que por fin las cosas se confabulaban en mi favor.

Quizá no lo hacían, o ponían un fatal exceso de celo en hacerlo: pensé que un gran espejo debía de rematar el final del pasillo, porque no había avanzado cinco metros cuando vi una silueta que avanzó hacia mí y se detuvo cuando yo lo hice. No era un reflejo: la luz de uno de los apliques le dio en la cara y vi el gesto de sorpresa -distinto del mío, supongo, e idéntico más bien al que había esbozado al verme en la mesa del café de la cita- del tal Pedro.

Reaccionó antes que yo. Avanzó a zancadas sin decir palabra. Sonreía ahora, y eso era quizá lo peor de todo. Yo también avancé un par de pasos. Luego me quedé muy quieto, como si mi inmovilidad pudiera detenerlo a él.

Y sí se paró a unos dos metros de mí. Una distancia rara: ni lejos ni cerca, obviamente inadecuada para tener una conversación. Quizá era una forma de trazar una línea invisible que más me valía no cruzar.

Habló con el mismo tono de la cafetería: el de quien hace mucho que perdió la facultad de sorprenderse. Parecía que continuaba la charla del café exactamente en el punto en que la habíamos dejado, como si aún estuviésemos sentados a la misma mesa, en la misma ciudad.

-Ya nos contó, el chico. Te vio subirte al taxi.

Seguía sonriendo y su voz resonó en el pasillo desierto. Pero fue el tuteo lo que de verdad me inquietó.

-Te lo dije. Que no compensa.

Dejó de sonreír. También el fondo de cansancio en su voz era idéntico al de la otra vez.

-¿Tú qué quieres?

Además del cansancio me pareció notar interés verdadero, casi solicitud. Como si estuviera en su mano proporcionarme lo que pidiera, a poco que fuese yo capaz de pedirlo. Sentí rabia por no tener una contestación preparada y a tono con su amabilidad repentina, quizá sincera. Era lo mismo que me había preguntado ella, claro, al principio de todo. Desde entonces me había movido mucho sin avanzar ni un paso hacia la respuesta. Seguía tan incapaz de contestar como aquella primera noche en el Imperial. Hay quien persigue lo que quiere y hay quien tiene que conformarse con perseguir la contestación a esa pregunta.

Pero no era cuestión de explicar todo aquello. Un impulso lamentable, seguramente el mismo que me había hecho esconderme aquella primera noche en el Imperial, me hizo darme la vuelta y entrar de nuevo en el ascensor. Pulsé la L del lobby. Las puertas se cerraron justo en el momento en que me volví para ver que el tal Pedro se acercaba: sin prisa, sonriendo de nuevo.

El trayecto se me hizo eterno. Sentí a mi alrededor el hotel indiferente y alrededor del hotel la noche gélida y la nieve petrificada en la cima de la montaña. La persecución se había convertido en huida y no tuve más reflejos que para buscar animalmente la compañía humana y la solidaridad precaria del recepcionista como un último refugio.

Salí al vestíbulo temiendo encontrarme a ese hombre allá de nuevo, esperando ante la puerta del ascensor, materializado por arte

de magia. Recorrí los diez pasos que me separaban del mostrador procurando no echar a correr.

Conseguí devolverle la sonrisa al recepcionista. Saludé con un *buenas noches* absurdo que parecía devolvernos al punto de partida y condenarnos a repetir de nuevo el ritual del registro, del nombre verdadero y la habitación vacante.

No pareció sorprendido al verme.

-Iba a llamar ahora a su cuarto.

Debí de mirarle con ojos enloquecidos, pero él no se inmutó.

-No caí en preguntarle si querría usted encontrarse con su colega. Llegó ayer.

Y entonces noté que me fallaban las piernas y la tierra bajo mis pies, porque en efecto mi colega de periódico y vecino de sección y probable usurpador de página estaba a mis espaldas y acababa de golpearme en la corva desde su silla de ruedas, exactamente de la misma forma que había hecho días o meses o siglos atrás, con un apretón idéntico que sí acabó por devolverme de pronto al punto de partida y a la noche en que nos encontramos en el Imperial.

Me volví para encontrarme los mismos ojos rigurosos, la misma sonrisa inexorable.

-Buenas noches, vecino.

Entendí al oírle que podríamos hablar mucho o poco, pero que ya estaba todo dicho. Que no iba a dejarme adivinar si estaba al tanto por los del periódico de mi desaparición misteriosa o si le había sorprendido la interrupción de mis artículos. Nunca los había comentado, y quizá tampoco leído. A lo mejor ni siquiera echado en falta. En cualquier caso iba a charlar conmigo como si nada hubiera pasado, como si acabáramos de vernos la víspera, como si de nuevo coincidiésemos allá por azares del trabajo. Y más: como si estos encuentros fueran en realidad frecuentes y previsibles. Y más aún: como si resultaran bienvenidos para ambos.

No supe, sin embargo, si lo hacía por astucia o por ensimismamiento. Como en la noche en el Imperial, dudé si su cordialidad nacía del cálculo o de la rutina. Quizá de ambos, en realidad: no tenían por qué excluirse. Podían fraguar en un cálculo rutinario, en una rutina calculada para amortiguar las molestias inevitables que conlleva vivir en el mundo.

La puerta del ascensor volvió a cerrarse a nuestras espaldas y se oyó el rumor suave de la cabina ascendiendo de nuevo. No me vi capaz de romper el encantamiento y faltar a la reciprocidad que la afabilidad despótica de aquel hombre daba por descontada. Tampoco, la verdad, hubiera sabido qué otra cosa hacer.

Una parte de mí acompañó al tal Pedro allá arriba mientras esperaba el ascensor y descendía en él hasta donde estábamos. Me pasó por la cabeza la idea de que el crítico gastronómico estaba allá por mi causa, como emisario o espía, encargado de averiguar en qué estaba metido. Cuando uno persigue a alguien es fácil que acabe sintiéndose también perseguido. De tanto mirar las cosas con los ojos de aquella mujer, quizá había acabado dejando que otro mirase con los míos.

Respondí a su saludo como buenamente pude y escuché sus explicaciones sin dejar de seguir, por el rabillo del ojo, la progresión de la lucecita roja de los mandos del ascensor. Dejó de parpadear por unos segundos eternos y luego volvió a hacerlo para anunciar que volvía a ponerse en marcha y estaba de camino.

Él estaba allí por uno de sus jurados: presidía el de unas famosas jornadas gastronómicas que el Piolet Palace llevaba organizando desde

hacía treinta años. El concurso iba a celebrarse, por lo visto, al día siguiente.

El recepcionista se había retirado, discreto, del mostrador, pero él alejó su silla de ruedas hacia el centro del vestíbulo antes de seguir hablando. Por un momento pensé que me había equivocado: que su forma expeditiva de dar por descontada mi presencia allí era un preámbulo y que ahora, cuando más podía desconcertarme, sí iba a preguntar por mis razones para estar allá.

Se abrieron las puertas del ascensor y el tal Pedro salió al vestíbulo. Había tenido tiempo de jurarme que no le miraría a la cara. Por supuesto, alcé la vista y busqué sus ojos con la mirada justo en el momento en que a él se le borraba la sonrisa.

El crítico también lo miró, sin detener el torrente de jovialidad que yo no escuchaba. Por un segundo o por muchísimo menos tiempo: luego volvió a mirarme a mí y lo que pudiera estar leyendo en mis ojos me resultó a mí ilegible en los suyos.

El tal Pedro perdió el impulso o lo desvió: se escoró a la derecha y acabó acercándose a las mesitas bajas del otro extremo del vestíbulo. Cogió un periódico y empezó a hojearlo sin sentarse, a la luz de las brasas que se apagaban. Volvía a envolverlo la penumbra, y sólo se distinguía su silueta. No pude decir si desde allá nos miraba.

Mi colega siguió hablando. Más que explicaciones, sin embargo, pidió ayuda.

-Iba ya a acostarme pero antes tengo que revisar las cocinas.

Ya las conocía de visitas anteriores. Pero durante la cena de bienvenida el director del hotel le había anunciado reformas para el concurso de este año. Había prometido acompañarle a visitarlas pero luego se lo impidieron malas noticias de trabajo. Parecía que en la ciudad, allá abajo, se extendían unas huelgas de personal hostelero que amenazaban con trepar laderas arriba y contagiarse a las estaciones de esquí. Y aquél era un premio importante, casi un Nobel trianual de los cocineros. Mañana llegarían de todo el mundo los chefs invitados y podían ser desquiciantemente puntillosos. A todos los conocía, algunos eran amigos. Se sentía responsable de que todo estuviese a punto.

-Iba a pedir que me acompañase alguien de personal, pero si lo haces tú te lo agradeceré. Con la silla a veces un escalón o una puerta se convierten en barreras infranqueables.

La propuesta llegaba en tan buen momento, estaba tan detallada y sonaba tan inocente que acepté alarmado. Le miré a la cara y vi todos los signos de una franqueza que en su caso, por desacostumbrada, resultaba inquietante. También era la primera vez que le oía hablar de su parálisis como un impedimento. En realidad era la primera vez que

la mencionaba. Y lo de las barreras infranqueables, creo, me sonaba de alguna campaña ministerial de concienciación.

Quizá aquella petición de ayuda era una oferta disimulada. Y elegante, desde luego: nadie niega nada a un inválido. Cogí al vuelo una posibilidad de zafarme del tal Pedro que dejaba además intactos los restos de mi dignidad ya muy maltrecha.

-Entonces vamos.

Aceptó mi aceptación sin aspavientos. No llevó su cortesía -si lo era- hasta el extremo de darme a mí las gracias. Ni dijo ya nada más antes de volverse hacia la esquina más alejada del vestíbulo, del lado opuesto al rincón a oscuras donde esperaba el tal Pedro, periódico en mano. Seguí el rumbo de la silla de ruedas sin volver la mirada: no me hacía falta para saber que estaría siguiéndonos con los ojos. Mi colega empujó una puerta camuflada en los paneles de madera que revestían la pared del fondo. Un letrero avisaba: «Prohibido el paso. Sólo personal autorizado».

-No te preocupes. Nosotros lo estamos.

Como presidente del jurado le habían dado carta blanca para pasearse por las instalaciones del hotel. Entré con la esperanza de que el cartelito aquel sí fuese, para el tal Pedro, una barrera infranqueable.

Al otro lado de la puerta se acababan las maderas finas y las luces lujosamente graduadas. Zumbaban los tubos de neón del techo. Al fondo del pasillo encalado había un gran montacargas. No se abrió hasta que giré yo en su cerradura una llave especial que se sacó mi guía del bolsillo.

-¿Ves? Por suerte estás tú para estas cosas.

No dije yo nada. La cerradura no estaba tan alta y él hubiera podido accionarla. Recordé la llave idéntica que había sido necesario conseguir para llegar hasta la azotea del Imperial. Ahora nos abría un camino inverso. Estábamos en el piso 0. Mi guía apretó el botón del −3.

-Muy bien, pues allá vamos.

Volvía aquel hombre a sonreír sólo con la boca, y evité su mirada durante el trayecto. Tampoco me dio la impresión de que él buscara la mía. Se quedó callado, mirando las puertas con aire ausente. El montacargas tardó una eternidad en bajar. Si realmente bajaba: lo hacía tan despacio que la única indicación de movimiento eran los números digitales en el panel de mandos. Bajamos sin sacudidas, acompañados sólo por una vibración ligerísima. Cuando se abrieron las puertas automáticas lo hicieron con el aire de cortinones de mago que desvelan por fin el baúl erizado de sables.

Y tuve la sensación decepcionante de que el truco había fallado: estábamos ante un pasillo idéntico. Las mismas paredes encaladas, los

mismos neones. Su zumbido, en cambio, se lo tragaba un latido sordo y mecánico que aumentó cuando aquel hombre abrió una puerta a la derecha. Tuvo que levantar la voz para hacerse oír.

-Podemos atajar por aquí a las cocinas.

Atravesamos el inmenso cuarto de máquinas. Estaba iluminadísimo, y muchas carcasas brillantes contra las paredes devolvían el pálpito de la luz desabrida. De puro escasos, los botones y bombillas sobre ellas sugerían una importancia crítica. Apretarlos, sin duda, podía ser cuestión de vida o muerte. Incluso para legos como yo -sobre todo para legos como yo- era inevitable pensar en la amenaza inminente de una explosión devastadora.

No conseguían atenuarla los colores con que estaban pintados los revestimientos de aquellas máquinas. Pretendían resultar sedantes, pero inquietaban tanto como el ronroneo maléfico que disimulaban. Bisbiseos beige, tableteos ocres, chasquidos verde hospital de los corazones mecánicos que mantenían con vida el hotel: los doscientos radiadores de sus cuartos allá arriba, las bombas de agua, los generadores de emergencia, los refrigeradores de aire. Olía a electricidad, a metal y a polvo, a la grasa negra que rezumaban algunas juntas. Brillaba ominosa sobre los pernos que asomaban como garras tras el camuflaje de las chapas de metal esmaltado. Recordé el cuartito que escondía las poleas susurrantes en la azotea de la casa de mis padres.

Vi todo aquello de pasada, siguiendo casi a la carrera la silla de mi guía. Justo al otro lado de la puerta de salida, sin embargo, alguien había intentado hacer habitable y hasta acogedora una sala sin ventanas. La amueblaban sofás desfondados, mesas cojas y sillas vacilantes que debían de haber sobrevivido a varias eras sucesivas de la decoración del hotel. Un cartel que felicitaba el 2001, un espumillón venenoso, ajedreces, damas, parchises y ocas con sus cubiletes y sus dados, unos pósters de cascadas alpinas daban a todo aquello un aire desconsolador de tentativa doméstica. En un rótulo de colores se leía «Sala de recreo». Olía igual que el cuarto de máquinas.

El crítico se volvió y nos miramos.

-¿Qué te parece?

Hice un esfuerzo por sonreír que compensara mi incapacidad para decir nada. Él también sonrió, pero no me pareció que fuese aquélla la sonrisa irónica o desdeñosa, mucho menos burlona, que yo había dado por descontada y hubiese preferido en aquel momento. Parecía que realmente se tomaba en serio todos los fracasos de aquel cuarto por hacerse acogedor: como si hubiese sido él mismo y no un director de recursos humanos o el mejor empleado del mes quien se hubiese ocupado de amueblarlo. Sonreía de pronto pensativo, como si en aquella habitación desoladora se condensasen de verdad todos los

fiascos del mundo, como si estuviéramos pisando el epicentro mismo del que emanan todas sus desolaciones.

Una vez más comprobé lo sorprendentes que resultan ser las cosas que los bromistas se toman en serio. Lo inoportunas, también.

-Me parece que esta sala es todo un incentivo a la productividad.

Lo dije forzando cuanto pude la jovialidad que el otro dominaba tan bien. No levantó la vista ni dejó de sonreír. En realidad, al cabo de un segundo sonrió incluso más, y desde luego con una sonrisa distinta. No me miró pero alcancé a ver yo en sus ojos el mismo brillo inclemente de las otras veces. Lo preferí, y creo que también él.

-Pues sí. Vaya un sitio para jugar al parchís.

Se había acercado a la mesa de los parchises. Sobre un tablero estaban las fichas de una partida abandonada a medias. Había cogido un cubilete y agitaba dentro el dado a conciencia, no muy rápido, como si contase uno a uno los golpes de muñeca necesarios para arrancar al dado el número que convenía.

-O a la oca. Como si no fueran ya ellos solos siempre tristísimos los juegos de mesa.

Al final lanzó el dado sobre el tablero del parchís. Di un paso adelante para alcanzar a ver el resultado.

Él lo miró, me notó el gesto y se rió.

-Y sin embargo algo tienen, ¿verdad? Uno les tiene horror, y nunca apetecen nada, hasta que se pone a jugar. Un seis.

Lo notificó mientras hacía avanzar una ficha, aunque yo mismo lo estaba viendo: como se hace siempre en el parchís. Y lo anunció sin alegría pero con convencimiento, como si considerase que había que cumplir con todos los pasos de un ritual superfluo y por eso precisamente justo y necesario.

-Y entonces es imposible no tomárselos en serio. Y uno cuenta los puntos y mueve las fichas y cruza de puente a puente o se va a la cárcel o a la casilla de salida. Vuelvo a tirar.

Recogió el dado, parsimonioso, y volvió a sacudir el cubilete. No le quitó los ojos de encima al tablero cuando lo lanzó.

-En ésas estás tú, me parece. No, no me cuentes nada. Aquí cada uno con su partida.

Entonces sí me miró, muy sonriente. Y había un punto de triunfo verdadero en la sonrisa. Por lograr desconcertarme, creo, y también por los puntos del dado.

-Otro seis.

Me tendió la mano con el cubilete.

-Venga, prueba tú. A ver cómo andas de suerte.

Por no desairarle cogí el cubilete y lo agité. Por no desairarle, sí, pero también, para qué negarlo, con la ilusión mecánica que despierta

infaliblemente el ruido infantil del dado en su vasito de plástico.

Lo lancé con una fuerza que me pilló a mí mismo desprevenido. El dado rodó por el tablero, saltó al suelo y se perdió bajó un sofá vencido.

Reconozco que sentí el impulso de agacharme a recogerlo. Me vi por un segundo acuclillado, con el brazo hasta el hombro dentro de la ranura negra bajo el sofá. Nos miramos y se rió él primero, como si me hubiera adivinado en la cara la intención.

-Bueno, nos quedamos con la duda.

Giró la silla y la hizo avanzar hacia la puerta que se abría en el lado opuesto de la sala. Le seguí sin decir nada, por puro instinto: toda dirección que se alejara del ascensor y del vestíbulo donde habíamos dejado al tal Pedro me parecía en ese momento buena. Y más que buena: la única posible.

-Igual es mejor.

Dijo aquello pensativo, sin volverse en su silla, casi como si hablase para sus adentros. No entendí ni quise darle la satisfacción de preguntar nada. Igualmente él se volvió a medias para que pudiera ver su media sonrisa.

-Otro seis y te ibas para casa.

Le seguí por el laberinto que se abría al otro lado de aquel cuarto, agarrado al respaldo de su silla de ruedas. Entrábamos en un hotel duplicado y desierto y secreto, enterrado bajo el otro hotel: a los lados del pasillo vimos dormitorios con literas para el personal de guardia y un pequeño comedor de empleados con mesas y sillas de plástico. Había despachitos con plantas escleróticas, cuadros de timbres conectados a cada una de las habitaciones allá arriba, paneles de corcho con tablas de horarios y fotos de fiestas celebradas muchos años antes. En un vestuario de taquillas desvencijadas colgaba de su percha una camisa solitaria. Contra las paredes de los pasillos se arrumbaban carritos de muchas baldas, más altos que yo. A veces obligaban a pasar de perfil entre ellos. Algunos sostenían bandejas con servicios usados de desayuno y almuerzo, servilletas sucias, timbales y cubiertos oxidados que parecían parte del ajuar de un rey enterrado con séquito y pertenencias.

Las habitaciones estaban desiertas y tenían las luces encendidas. Pero ni todas las bombillas del mundo hubieran conseguido quitarles aquel aire funerario. Olía a humedad y a aire gastado. El pálpito machacón del cuarto de máquinas me retumbaba en la garganta.

Llegamos al fin a las cocinas del hotel, en una sala inmensa con el suelo y las paredes revestidos de acero cromado. Refulgían los fogones industriales encastrados en encimeras de metal. De cerca se veían en

su superficie mil rastros de cuchillos entrecruzados, como líneas de la palma de una mano gigante. Los cuchillos mismos, por centenares, ordenados según el tamaño y la función, se mantenían suspendidos sobre el zócalo continuo de imanes que ceñía la sala a media altura.

Eran por otra parte el único utensilio reconocible, y en realidad lo único que hacía pensar que aquello pudiese ser una cocina: no había a la vista más cacharros ni menajes. Debían de estar escondidos tras las puertas de metal de los armarios del fondo, y uno les adivinaba mangos inmanejables y funciones imposibles. Aquella cocina hostil, con sus aires de quirófano o puente de mando de una nave extraterrestre, volvía de pronto ridícula y entrañable la idea de cazos y sartenes, de ollas familiares e inofensivas.

Mi guía suspiró satisfecho.

-Ah, muy bien, muy bien.

Me pareció que me había olvidado. Deambulaba ahora entre las hileras paralelas de pedestales macizos de metal que ocupaban el centro de la sala. Me llegaban a mí al pecho, y lo ocultaban a él y a su silla cuando pasaba tras ellos. Del techo colgaban unas lámparas de grandes bombillas que casi rozaban las mesas. Debajo de cada una se amontonaba una pequeña pila de platos blancos.

-Aquí trabajarán los concursantes.

Creo que prefirió fingir que malinterpretaba mi gesto.

-Las lámparas son útiles. Así se conservan calientes los platos hasta que los suben al comedor.

Había vuelto a meterse entre los podios rectangulares. Escuché su voz sin alcanzar a verle hasta que emergió en la otra punta de la sala. Me hizo señas para que me acercara a una de las tres grandes puertas de metal encastradas en la pared del fondo. En el centro de cada una se abría un ojo de buey acristalado que acentuaba la impresión submarina de todo aquello.

-Ven, que merece la pena.

Me hizo un gesto para que abriese la puerta de una de ellas. Me asomé y noté en la cara un vaho helado y mortífero que costaba respirar.

-Las mejores cámaras de este país.

El crítico echaba vapor por la boca, pero por primera vez vi arder una llamita de entusiasmo en sus ojos. Era la despensa escondida de una raza de gigantes: se apilaban en los estantes cartones descomunales de leche, botellas mastodónticas de aceite, frascos colosales de mayonesa. Había cajones con toneladas de zanahorias y repollos, bloques de mantequilla y chocolate con los que se podría levantar una torre de Babel comestible. De los rieles fijados al techo colgaban ganchos con reses enteras estriadas de blanco y rojo, como

trofeos de caza antediluvianos.

Noté la piel de gallina, y no sólo por culpa del frío. El recuerdo del tal Pedro pisándome los talones se volvió confuso o irrelevante. De un segundo para otro, como en el cuento, aparecerían los legítimos dueños de todo aquello a reclamar sus derechos y castigar nuestro fisgoneo.

El crítico, absorto, palpaba unas granadas enormes y entreabiertas. Retrocedí hacia la puerta y le hablé desde allí.

-Voy a volver arriba, si te parece.

Él se llevaba a la boca un grano escarlata del tamaño de una uva, y no levantó la vista. No sé si fingió no escucharme o si realmente no había podido oír mi susurro a esa distancia.

Me volví y caminé a zancadas hacia la puerta de la cocina. Escuché a mi espalda el chirrido de su silla de ruedas, y traté de alcanzar la salida antes de que él hablase.

Tuve que pararme antes de llegar a la puerta. Con puntualidad perfecta y obediencia exacta a mis temores, el tal Pedro y su sonrisa imperturbable me cerraron el paso bajo el quicio. Por un segundo jadeamos los dos sin decir nada, frente a frente.

Se recuperó él antes de la sorpresa. En realidad, creo, seguía sin estar sorprendido en absoluto.

Me di la vuelta y no vi rastro del crítico. La cámara frigorífica estaba abierta y vacía, las luces iluminaban más implacables que nunca las superficies de metal. Un resto de dignidad intempestiva o de cortesía demente me impidió decir nada. Me di cuenta de que estaba retrocediendo sin darle la espalda.

Él no se movió. Llegué de espaldas hasta el umbral de la gran nevera. Volví a notar el frío helador en la nuca. No recuerdo si estaba serio o si sonreía cuando empezó a avanzar hacia mí a grandes zancadas. Me sentí clavado al suelo. Alcé un brazo, por puro reflejo.

Y a través de los dedos de mi mano, a un metro de mí, cuando ya casi podía sentir en la cara el aliento de aquel hombre, contemplé una escena extraña, casi cómica. Le vi tropezar y perder pie y dar un gran salto hacia mí, estrafalario pero no del todo falto de gracia. Aletearon los faldones de su cazadora como si le sirvieran para impulsar el vuelo, y dejaron por el aire un rastro de llaves, de monedas, de papeles y cigarrillos. Una parte de mí celebró lo bien medido, lo exacto de aquella pirueta. Sentí la alegría del niño que comprueba que a veces, muy de vez en cuando, también las cosas ensayan los bucles y carambolas de un dibujo animado.

Me eché a un lado para esquivarlo. No llegó a rozarme. Sólo me hice cargo de la fuerza escondida en la inercia de aquel tropiezo que parecía pura broma cuando tras un segundo eterno de revoloteo

desangelado el tal Pedro aterrizó con un ruido seco y doloroso en el suelo de la cámara frigorífica.

Se quedó tendido y pensativo. Movió una mano despacio, como un ciego que comprueba si el camino está libre antes de dar el siguiente paso. Le supuse tan estupefacto como yo lo estaba. Enseguida llegó la euforia inevitable que producen las caídas ajenas. Sentí ganas de reír o por lo menos sentí que hubiera debido sentirlas.

Me volví hacia la cocina y busqué con los ojos al crítico desvanecido. El último de los plintos de metal del centro de la sala dejaba asomar el reposapiés de su silla y sus piececitos valgos, descabalgados ahora y torcidos a la derecha. Sonó el chasquido que liberaba el freno de su silla y avanzó hasta que nos vimos de nuevo las caras. La más lograda de sus sonrisas mefistofélicas debía de haber estado iluminándole la cara, pero sólo alcancé a ver su última sombra. Recolocó sus tobillos con las manos y cuando me miró a los ojos estaba ya serio.

-Cierra.

Dio la orden con toda calma, casi con fastidio, como si no mereciera la pena indicarme el curso de acción más práctico.

De dentro de la cámara no llegaba ningún ruido. El tal Pedro se estaba incorporando despacio, sin quejarse. Aún daba la espalda a la cocina. Tampoco se quejó la puerta al girar sobre sus goznes. Tenía un espesor de diez centímetros, pero me resultó sorprendentemente ligera. Bastó un empujoncito para que encajara en su marco con un chasquido mínimo, casi ridículo. No había picaporte del lado de dentro. Me pareció, como cierre de aquella escena, decepcionante: señal de que la realidad recomponía su circunspección acostumbrada e invitaba a olvidar una pirueta imprevista de la que ya empezaba a avergonzarse.

Si no hubiera sido por el rastro que el contenido de sus bolsillos había esparcido por el suelo, nadie hubiese dicho que un segundo antes la presencia agigantada del tal Pedro colmaba entera la cocina. A la luz implacable de los focos en el techo, entre las monedas y los papelitos doblados, brillaba el llavero en forma de piolet con su llave engarzada en el mango.

También lo estaba mirando el crítico. Nos sostuvimos la mirada, pero no leí en sus ojos el más mínimo rastro de complicidad. Ni siquiera de curiosidad, la verdad sea dicha. Cuando habló -y habló enseguida- no fue para preguntar nada.

-Ese montacargas sube a las habitaciones.

Recogí la llave del suelo y me acerqué a la puerta del ascensor empotrado en la pared que hacía esquina con la hilera de cámaras frigoríficas. Al apretar el botón de llamada se abrió dócil y sin ruido.

Me quedé quieto y esperé a que él entrase.

Tuve ganas de asomarme al ojo de buey de la cámara donde estaba el tal Pedro. Pero me pareció mezquino, y no quise dar esa impresión a mi vecino de página. A lo mejor a solas habría acabado haciéndolo. No voy a negar que me hubiera gustado ensayar con el tal Pedro el mismo gesto que el chico del hostal me había dedicado al subirse a su coche: un gesto en el que no había, desde luego, rastro de vergüenza, pero tampoco burla; un gesto hasta cierto punto simpático que proponía tomarse las cosas como venían y resignarse deportivamente ante lo que no puede evitarse. Quizá, en realidad, un gesto idéntico al que me hubiese dedicado a mí el tal Pedro si se hubiese asomado entonces del otro lado de la puerta.

Dentro del ascensor el crítico se rió con la carcajada de las cenas del periódico. No era, volví a comprobar, una risa contagiosa.

-Subimos, ¿no? Aquí ya veo que está todo en orden.

Por suerte dejó de reír cuando se cerraron las puertas. Nos quedamos serios los dos, y yo miré el llavero del tal Pedro. Tenía un 906 inscrito en su mango, y el nueve era el último piso del panel de mando de la cabina.

Dudé antes de apretar ningún botón, y él se dio cuenta. Pasada la peripecia, cristalizaba rápido entre nosotros una especie de intimidad incómoda. Justo ahora que dejábamos de serlo parecíamos de pronto de verdad dos vecinos. De esos que se conocen apenas y coinciden en un trayecto de ascensor demasiado largo.

-Yo voy al segundo.

Habló él por fin, y lo dijo imitando perfectamente el tono neutro con que se dicen en los ascensores cosas así. Digo *imitando* porque le miré de reojo -también como se suele mirar en los ascensores- y vi que seguía serio pero bailaba en sus ojos la última llamita de la carcajada de antes. Quizá, pensé, esa incomodidad vecinal la sentía, una vez más, sólo yo.

Porque estuvo serio y casi ausente hasta que llegamos a su piso. No hablamos. Sólo al salir me dedicó una última mueca, idéntica a la del principio del viaje: una sonrisa puramente bucal que desmentían y casi desautorizaban sus ojos. Pensé que nos despediríamos en silencio, pero todavía se volvió él, ya en el pasillo:

-Bueno, está claro que aquí no estás por trabajo. Una lástima. Sentiré mucho no leer esta reseña.

Era una forma muy suya de despedirse, aquella confesión esquinada o directamente retorcida. No iba a comentar nada de lo que había pasado en el hotel subterráneo, y entendí que había sido capaz de reconocer oblicuamente y por primera vez que me había leído sólo

por ser la última que nos veíamos.

Puso buen cuidado, desde luego, en no alcanzar a ver mi sonrisa. Antes de que se cerrasen las puertas ya había dado media vuelta y se alejaba en su silla hacia el fondo oscuro del pasillo.

El ascensor trepó muy despacio hasta el piso noveno. Y otra vez agradecí la eternidad que iba a durar el trayecto.

Me noté la boca seca y una sed fulminante, inaplacable. Arrumbada contra la pared del montacargas había una versión pequeña de los carros con baldas embarrancados en los pasillos de la zona de personal. Tenía también bandejas con restos de desayunos y cenas. De una jarrita de loza con dos pes azules enlazadas bebí dos grandes sorbos de leche. El espejo del fondo me devolvió la imagen de un bigote blanco sobre mis labios que me di prisa en borrar. Me quité con eso el aire envejecido que creí notarme, a la luz mortecina de la única bombilla en el techo de la cabina.

Por lo demás me vi el mismo aspecto de siempre. Quizá eso hubiera debido sorprenderme más todavía. El ascensor, seguro aunque lento, llegó entonces al último piso y se abrió sin ruido. Hice un esfuerzo por sustraerme a mi reflejo, recortado sobre la réplica exacta y tentadora de un pasillo como el que se abría a mi espalda, y salí de la cabina. Avancé despacio por el corredor silencioso. En el extremo estaba la puerta cuyo número coincidía con el del llavero.

Me quedé quieto un segundo, la llave ya en la cerradura: me sentí obligado a cumplir con todos los trámites y recordarme asimismo lo importantes que serían a partir de ese momento todos mis movimientos, todas mis palabras y mis gestos. Pero me molestó el intento de hacer solemne la ocasión, y sacudí la cabeza como el niño dócil que por primera vez esquiva el peine mojado en colonia que sirve de heraldo a las grandes ocasiones. Hice girar la llave, entreabrí la puerta y miré por la rendija.

Frente a la cama intacta el chico del hostal, desnudo a medias, le desabrochaba a ella la blusa. Seguía atenta el juego de sus dedos y se dejaba hacer sin moverse. Tenía la mano derecha sobre la nuca del chico. A lo mejor no llegaba a estar posada, porque vi que le temblaba un poco.

Empujé la puerta despacio y acabé de entrar en el cuarto. El chico me miró y sonrió. Una sonrisa angelical, cristalina, sin sombra de sobrentendidos. Separó los dedos del último botón, que se quedó prendido del ojal sólo a medias. Ella alzó la vista y siguió con los ojos la dirección de su mirada.

Tantas horas de imaginarla y darle voz habían tenido, sí, sus efectos. Estaba más guapa y parecía más joven, como si tanto

recordarla hubiese desvaído sus rasgos. Saltaba a la vista aquello, pero no era fácil de explicar. Empecé ya a buscar las palabras justas y a guardarlas para luego, para ahora.

Recordé al huésped eterno en el cuarto del poeta olvidado. Me gustó imaginar que también yo podría ser la ocasión que hace nacer y propalarse un misterio modesto, a medida de mi exiguo gremio; el chisme curioso que se oye en sobremesas de congresos y vestíbulos de hoteles, el cuento del crítico errante que un buen día desapareció en uno de sus viajes.

Di un paso adelante y ella inició un gesto de alarma o de advertencia. Miraba algo que quedaba a su espalda. Me volví. En el rincón esperaban, claro, el trípode y la cámara. Parpadeaba una luz. Acababa de entrar en el campo de visión del objetivo y estaba ya dentro de la película.

Acabé de escribir este libro durante una beca de residencia en la Fundación Santa Maddalena, en Toscana. Agradezco a Beatrice Monti della Corte su hospitalidad siempre generosa.